

LUIS RICARDO FORS

TIPOS Y TIERRAS

REGALO A LOS SUSCRIPTORES

DE

EL DIA

Tipografía de EL DIA

1904

LUIS RICARDO FORS

TIPOS Y TIERRAS

REGALO Á LOS SUSCRIPTORES

DE

EL DIA

Tipografía de EL DIA.
1904.

Tipos y Tierras



"El Día" hace a sus sus-
critores este modesto obsequio de
fin de año y les desea para el
futuro toda género de bienes.



EL VETERANO

El otoño despojaba los árboles de sus galas, cubriéndose las hojas con amarillento manto funerario.

Cumplía un mes del fallecimiento de uno de mis más predilectos amigos y era la tercera vez que trasponía sólo los umbrales de la ciudad de los muertos para aislarme algunas horas del bullicio de los vivos. Ante mi vista extendíase larga y solitaria una calle de sepulcros: en el centro de ella elevábase un obelisco guardador de los restos de ciudadanos víctimas de su deber, durante la terrible epidemia que diezmó á los barceloneses en los principios de este siglo; y á lo lejos, cortando la silueta del horizonte, destacábase el templo que santificaba aquellos sitios.

Envéuelto en mis sombríos pensamientos andaba por aquellas soledades, cuando el acaso me condujo á un extenso y alfombrado campo. Era el cementerio de los pobres.

Agradóme el sitio y me interné en él. Allí no había acacias ni cipreses ni sun-

tuosos panteones; ví tan solo rústicas cruces y una alfombra de musgo salpicada por brillantes amapolas. Inspiróme, aquel lugar más sentimiento religioso que el cementerio que dejaba, y desde entonces formé la creencia de que mi cuerpo ha de reposar mejor entre la madre tierra que encerrado por mármoles frios y lujosos, aunque fueran enriquecidos por las manos de Vinci ó de Cellini.

Una cruz de cuyos extendidos brazos pendían dos coronas de siemprevivas llamó mi atención. ¡Quizá la habia adornado el dolor acerbo de una madre! ¡Talvez el desconsuelo de una viuda ó la piedad filial! Conmoviéronme la ofrenda sencilla y la sencilla cruz, y me descubrí y oré. Ignoraba quién era el ser que yacia bajo mis pies, pero el Nazareno dijo: «orad por los que fueron», y en mi interior me decia una voz desconocida que orando en aquel sitio, obraba bien.

De pronto fué á herir mis oídos el eco leve de un suspiro, volvíme y me sorprendí. No lejos de donde yo me hallaba y medio oculto por un ancho y corpulento arbusto, distinguí un hombre á los pies de otra cruz. Al verle desvanecí un error, y me alegré por ello, porque me convenia de que todavia el culto y el amor á los difuntos no es un mito, sino una realidad.

Al volverme, me saludó el desconocido y yo le saludé tambien. Deduje por su aspecto que sufría; y aunque ignoraba su pena, compadecíme de ella. Traté de consolarle, y si bien fué en vano, quiso contestarme con una sonrisa y me dirigió estas frases:

—Señor no querrais tranquilizarme, pues estoy tranquilo y consolado. Os agradezco vuestra buena voluntad, pero sabed que á lo que he venido hoy como otras veces, es á rezar sobre la sepultura de una persona para mí muy querida, y cuyo recuerdo jamás podré borrar de la memoria.

—¿Es vuestro hijo?—le pregunté.

—No, señor. Nunca los he tenido. Tampoco es mi padre, ni mi hermano, ni mi madre, ni mi esposa; más si queréis que os lo descubra, y no llevais prisa, sentaos y oid.

La voz del desconocido tenia un pronunciadísimo acento extranjero y una entonacion tan melancólica que contribuian á despertar mi curiosidad. La noche mientras tanto, tendia presurosa sus tinieblas en lontananza. Las frescas auras del crepúsculo vespertino comenzaban á molestarme; repugnábame, contra mi deseo, permancecer por más tiempo en aquellos sitios, y propuse á mi desconocido que saliéramos de él.

Levantóse y echamos á andar.

No es fácil imaginar la fuerza pausada con que late la sangre y las ideas que acuden atropelladamente al cerebro, ni las emociones que bullen en el pecho, al pasar silenciosos por entre calles de sepulcros, do resuenan mil ruidos extraños, en los momentos en que las sombras de la noche principian á confundir los objetos, para que la imaginacion les dé formas y apariencias extraordinarias. A esa hora, pues, andaba yo por aquellos fúnebres lugares pensando en el hombre que me seguia, recordando su sosegada tristeza, y su original propuesta de sentarme á su

lado, en un paraje donde no habia más asiento que la verdura alimentada por la descomposicion de millares de cadáveres.

Por fin salimos del cementerio; y en la espaciosa plazoleta que hermosea su entrada, nos sentamos entrambos junto á la barandilla de un estanque. Casi al mismo tiempo el desconocido rompió bruscamente el silencio en estos términos:

—Soy francés. Nací en La Reole y una crueldad sin nombre hizome renegar de mi patria.

—¿Habeis servido? le pregunté.

—Mucho tiempo; me dijo. En los primeros meses del año ocho salí de mi pueblo alistado bajo los pliegues de la bandera imperial. Apenas contaba 14 años de edad cuando agregado á un pequeño destacamento, unas veces vencedor y otras vencido, principié la vida errante y azarosa del soldado. En julio del mismo año fuí incorporado como tambor al grueso del ejército que mandaba al general Duhesme; fuí herido gravemente en la cabeza, ante las murallas de Gerona, mientras mis redobles advertian á mis camaradas de las bombas del enemigo. Al dia siguiente, debiendo el ejército retirarse, metieronme en un carro entre otros 15 ó 16 heridos, y, revueltos de cualquier modo, debiamos sufrir las penalidades de la vergonzosa fuga de toda una division. Así nos condujeron durante dos dias, cuando en las tinieblas de una horrible noche nos despertaron los gritos de ¡fuego! y los resplandores siniestros de algunas teas que cruzaban junto al carro en que gemiamos nuestros dolores, los heridos. Creimos todos que el convoy habia sido sorprendido y atacado por los españoles

y nadie presumió el horror y la abominación de lo que allí pasaba.

Lo que entonces acontecía no lo sé por mi propio: no recuerdo sino que el humo negro y sofocante no tardó en ahogar mi garganta; que cien llamas, entrelazándose con los carros atestados de heridos, iban acercándose cada vez más al rincón donde yo trataba de arrastrarme entre cuerpos casi inertes y cabezas de rostro desencajado, que prorrumpían en los gritos más desgarradores. Mi memoria no ha podido nunca alcanzar á retener más.

Al volver en mí, noté que me hallaba cómodamente tendido en un lecho limpio y mullido y que á mi cabecera permanecía sentado un hombre de faz severa que vestía el uniforme de los militares españoles. Quise incorporarme creyéndome prisionero, pero los dolores que me ocasionaron mis esfuerzos impidieronme todo movimiento. Las fuerzas me faltaron por completo y mi desconocido, adivinando sin duda mis pensamientos, acercó la punta del dedo índice á sus poblados bigotes y salió de la estancia diciéndome en buen francés:

—Eres libre: tranquilízate.

Quedé solo durante algunas horas, y mientras tanto empezaron á agolparse á mi cabeza los pensamientos más extravagantes é incoherentes. Recordaba tan sólo mi penoso viaje al apartarnos de las murallas de Gerona; tenía presente todavía la escena de los carros de heridos envueltos entre llamas; comentaba las palabras de mi guardian y no hallaba forma de comprender cómo podía estar libre bajo la custodia de un español, ni como era posi-

ble que no me atendiesen ni rodeasen mis compatriotas. En estas y otras reflexiones y agitado por la incertidumbre de mi suerte pasóse no poco tiempo, hasta que por fin, abriéndose cuidadosamente la puerta del aposento que me servia de dormitorio, ví aparecer el mismo soldado de antes. Sus facciones, veladas por un tinte de melancolía y sombreadas por un espeso y larguísimo bigote, inspiróme la simpatía más irresistible. Preguntéle la causa de hallarme en aquel sitio y entonces supe de su boca todo el horror de unos hechos que jamás pudiera sospechar la conciencia humana. Mudo de sorpresa, oí contar toda la barbarie del feroz general Dumesme.

Embarazado este militar por los bagajes é impedita en su precipitada fuga, mejor que retirada, puesto que abandonó en poder de los españoles gran número de pertrechos y municiones, apeló al más inhumano medio que pudiera ocurrírsele á una fiera.

Apenas llegado su ejército á la villa de Calella, sobre la costa de Levante de Cataluña, y una vez cruzada la pintoresca llanura que se extiende entre aquella poblacion y la villa de Pineda, acosado en todas partes por los patriotas de la Península y ante la inminencia de tener que háberselas de un momento á otro con algun cuerpo de ejército que le disputase el paso á Barcelona, dió orden de reunir en una de las plazas del pueblo todos los carros que conducian enfermos y heridos y prenderles en seguida fuego junto con la desvalida carga, desembarazándose por este acto de iniquidad del mayor embarazo que tenia para la marcha de su ejército.

Al oír tan inesperada noticia, toda la sangre de mi cuerpo se agolpó á mi cabeza y, á pesar del estado de postracion en que me hallaba, no pude contener una imprecacion de ira.

—Cuando los franceses han salido de Calella, prosiguió el soldado, he ido con otras personas caritativas al sitio de la horrible escena; y viendo á un muchacho jóven, casi niño, herido, chamuscado su cuerpo y tendido sin conocimiento junto á la pared de un huerto y con los piés casi tocando las pavesas de una hoguera formada con ruedas, varas de carro, tollos y cuerpos humanos, no vacilé en recogerlo y traerlo acá para devolverlo á la vida.

Aquel desgraciado era yo. El dolor que sentia en todas las partes de mi cuerpo era grande: mi mano izquierda estaba negra de las quemaduras y la herida que ante Gerona recibí en la cabeza sentíala abierta otra vez y la encontraba nuevamente vendada.

Agradecí desde el fondo de mi alma su obra al desconocido, á quien quise desde aquel instante; horroricéme de la fiereza salvaje de mis compatriotas y juré vengarme de la patria que tan mal pagara el sacrificio de mi juventud y de mi sangre, renegando de ella y alistándome en las banderas de mis salvadores.

Cuando curé de mis heridas cumplí mi juramento. El hombre generoso que me recogió y amparó, sanó también de las suyas en la casa de unos parientes y en ella permanecimos más de dos meses, transcurridos los cuales volvió él á empuñar las armas en defensa de su patria y yo para vengarme de la mia.

Desde entonces Matias y yo no nos separamos más hasta el día en que una bala cortó la existencia del que fué mi salvador, mi padre y mi compañero. Era 37 años mayor que yo; y ya perteneciendo á este ó á aquel regimiento, siempre estuvimos juntos en victorias y derrotas, ora en el combate, ora en el servicio de guarnicion. Ni Matias me desamparó un momento, ni yo me alejé un instante de su lado. Juntos estuvimos en Albuera, en Salamanca y en otros sitios gloriosos; y juntos respiraron de placer nuestros pechos en febrero de 1814, cuando la conclusion de la guerra privaba de enemigos á su patria y á mi me evitaba combatir contra los que nacieron bajo el mismo cielo que cobijó mi cuna. Ya no debiamos verter más sangre francesa.

Al llegar á este punto de su relato, mi desconocido enjugó con la manga de su blusa azul una lágrima que resbaló por sus mejillas. Hizo una breve pausa y continuó de esta manera:

—La España atravesó despues un largo período de guerras intestinas que la destrozaron, y el partido liberal, á la sordina ya, ya al descubierto, no dejó de trabajar para su triunfo definitivo. Mientras tanto Matias y yo, soldados siempre del gobierno constituido, ora peleábamos por la Constitucion, ora por el poder absoluto de Don Fernando VII. Por fin murió el monarca y los partidarios del Infante, su hermano, comenzaron á alzar banderas contra el reinado de Doña Isabel II, cuya proclamacion se anunció para el 24 de Octubre de 1833.

Estábamos en aquel entonces Matias y yo de guarnicion en Pamplona, cuando

una noche, el Virrey de Navarra don Carlos Solá reunió toda la fuerza que en la ciudad habia. Nos anunció que era llegada la hora de pelear por el trono de la que dentro de poco habia de ser nuestra reina, pues los facciosos acaudillados por Ladron, habíanse levantado en Arcos y Lodosa. Encomendónos el valor y la serenidad y ordenó que descansáramos hasta el dia siguiente. Retirábame, cuando apenas llegado al extenso corredor de mi compañía y cerca ya de mi lecho una voz pronunció mi nombre. Era la de Matias. Un año hacia que mi compañero habia variado totalmente de carácter. Siempre taciturno, apenas pronunciaba palabra alguna ni aun con los camaradas de su mayor intimidad. En el regimiento se le habia puesto el apodo de *la fantasma*. A no ser por mí, hubiérase dicho que era mudo. Era el único sér con quien de tarde en tarde conversaba.

Aquella noche, pues, llamóme muy quedo á la hora del recogimiento antes de la campaña que iba á abrirse al dia siguiente. Apenas oí su voz fuí corriendo á su lado; y apenas me tuvo junto á sí, cogióme una mano, la acercó á su pecho y empezó á hablarme estas palabras:

— Víctor: tú sabes cuánto te quiero, desde que pude salvarte en Calella de la muerte á que te destinaron tus paisanos. No te he abandonado un solo instante y todos nuestros camaradas de armas te han respetado y querido á pesar de tu origen francés, porque yo te he defendido y acompañado siempre.

— Es cierto, le contesté.

— Pues bien; en cambio de todo lo que

por tí haya hecho, ha llegado la hora de que **hagas algo por mí**. Cumple poco más de un año que en Barcelona conocí á un labrador honrado y laborioso. Ese hombre tenia una hija bellísima y buena como un ángel, con la cual **me casé en secreto** de mis jefes. Desde que nos hallamos de guarnición en Pamplona, mi Antonia me ha dado un hijo que **no tengo la dicha de conocer**..... Mañana, á esta hora... agregó con acento conmovido, talvez ya no exista. Si esto sucede te exijo que cumplas mi postrera voluntad. Con toda suerte de privaciones y una gran constancia he podido reunir una pequeña suma en mi vida de soldado. Toma, me dijo alargando su mano temblorosa, con este papel, el sargento primero te entregará mis economías. Con este dinero trata de trasladar mi cuerpo á Barcelona para que sea enterrado allá. El resto dáselo á mi pobre Antonia junto con la medalla de la Virgen de Monserrat que encontrarás sobre mi pecho y que me entregó mi anciana madre el día que se despidió de mí para siempre. Dásela y dile que la cuelgue del cuello de mi hijo que no me ha sido dado conocer.

Es imposible pintar el dolor que me produjeron estas palabras y la sorpresa que, por lo inesperadas, me causaron. La firmeza del presentimiento que revelaban y la serenidad con que las pronunció Matias, me llenaron de consternacion. Con ellas descubrí un arcano que no habia ni siquiera vislumbrado, y al oirlas me eché á llorar, porque mi compañero me hablaba de su muerte y de su entierro. Quiso consolarme pero fué en vano. En toda la noche no pude conciliar el sueño, fija la

imaginacion en cuanto Matias me habia revelado y pedido.

Apenas habia alumbrado el sol las cumbres vecinas de Pamplona, las cornetas nos llamaron á nuestros puestos; y media hora más tarde, habia salido de la ciudad con la division, en número de unos 1500 soldados de todas las armas, al mando del brigadier Lorenzo. Todos íbamos silenciosos á donde aquel valeroso jefe nos conducia. Matias marchaba junto á mí, melancólico y sereno como siempre, animándome de vez en cuando, pues yo iba sobrecogido de terror, como bajo la presion de una gran desgraciá. Por fin, en las sierras de Estella encontramos á don Santos Ladrón y los suyos, que nos aguardaban á pié firme en las alturas. Comenzó el fuego y desde el primer disparo no aparté ni un instante la vista de Matias; mi corazon latia con violencia; las balas cruzaban á mi alrededor sin que me preocupara de ellas y siendo presa de un temblor invencible, sin darme siquiera cuenta de que me hallaba en lo más rudo del combate. ¡Tanto queria á mi salvador y compañero y hasta tal extremo me dominaba el presentimiento de su muerte!

Avanzábamos mientras tanto sobre las fuerzas carlistas, desalojándolas de sus posiciones con un impetuoso ataque á la bayoneta. Matias era de los primeros; yo seguía á su lado maquinalmente y sin conciencias de mis actos y, á poco, los gritos de mis compañeros, y el amortiguamiento del tiroteó enemigo, volviérame á la realidad de lo que pasaba, pudiendo entonces ver que la accion tocaba á su término. El caudillo carlista cayó prisionero; terminó el combate y mi alegría

era indecible. Matias estaba ileso á mi lado. No pude menos de dirigirle una mirada de extrema alegría, y él, estrechando con efusion mi mano, levantó sus ojos al cielo como para darle gracias. Pero ¡ay! que no tardaron en cumplirse sus presentimientos! Apenas hubimos andado una legua, oyéronse algunos tiros de fusil en el interior del bosque que bordeaba el camino en que nos encontrábamos. Instantáneamente cayó Matias bañado en sangre.

El dolor y la ira que se apoderaron de mí en aquel momento, son indescriptibles: arrojéme al suelo junto á su cuerpo y le apliqué mi pañuelo á una ancha herida que tenia en la parte posterior de la cabeza.

—¡Victor, me dijo entreabiendo los ojos y con voz desfallecida, me muero!

Y señalando con una mano el pecho y con la otra el horizonte:

—¡La medalla! dijo. A Barcelona... díles que les amo....

No pudo continuar. Inclino su cabeza sobre mi muslo y espiró.

Tuve que separarme de mi compañero para ocupar mi puesto en marcha, al paso que dos soldados lo colocaron sobre uno de los carros de bagajes, continuando la columna su jornada, afectados todos por aquel episodio, pues todos querian á Matias, desde el brigadier hasta el último soldado.

Interrumpió mi interlocutor su relato al llegar á este punto. Y mientras volvia la cabeza para dirigir una mirada al cementerio que se extendia á nuestra izquierda, ví cómo se deslizaba por sus mejillas una brillante lágrima. No le interrumpí.

Respeté su silencio y su pena. A los pocos momentos prosiguió:

—Matias, dijo nuevamente, presintió su muerte; y cuando le juzgué salvado, una traidora bala privó de estampar su primer beso en su hijo. Al llegar á Pamplona, entregóme el sargento de mi compañía mil doscientos reales, que eran todos los ahorros de mi compañero; y el coronel, que sintió profundamente la muerte de aquel veterano, hizo de manera que se me permitiese marchar á Barcelona con el fin de cumplir aquí el último deseo de Matias. Una vez en esta ciudad hice enterrar á éste en el sitio donde me habeis visto arrodillado; y con mis propias manos clavé la cruz que se eleva encima de sus restos. Poco me costó dar con la mujer de mi amigo y con su hijo. Entonces contaba bien pocos meses de edad: hoy mantiene ya á su pobre madre, trabajando en la misma fábrica de que soy mayordomo. ¿Veis aquel pueblo cuyas casas asoman á nuestra izquierda por sobre las paredes del cementerio? dijo alargando el brazo hácia el lugar que expresaba: pues allí viven Antonia y el hijo de Matias. Allí vivó yo con ellos desde el dia que me licenciaron del servicio militar. Hace 18 años que la tristeza no nos ha abandonado á Antonia ni á mí, porque ambos queriamos á Matias con toda la fuerza de nuestros corazones. Hoy ya veis que mi cabeza está nevada completamente y que camino con pesadez: pero no por esto dejo de venir á estos lugares ni un solo sábado al concluir mi trabajo, ni dejaré de seguir viniendo mientras viva y mis fuerzas me lo permitan!

Así concluyó su narracion aquel hom-

bre que ví aquel día por primera vez. La noche había cerrado por completo y recordé que en aquella hora esperaba mi regreso mi familia. Despedíme del anciano con voz conmovida y él hizo conmigo otro tanto. Dirigió una última y prolongada mirada de simpatía, mientras se alejaba por entre los campos, con rumbo al hogar de la viuda y el hijo de Matias, y á poco di vuelta emprendiendo el camino de la ciudad, por entre las sombras de dos frondosas hileras de plátanos.

Barcelona, octubre de 1861.



ESPEJO DE CURAS

Corria el invierno de 1828.

En un pueblecillo de la diócesis de Lyon, en Francia, vivia un jóven sacerdote recién ordenado, que tenia á su cargo la cura de almas de la parroquia. Afable y bueno con todos, sus consejos y su bolsillo se hallaban siempre á merced de los menesterosos. Rogaba á Dios y amaba á los hombres, formando en el número de aquellos nobles caractéres que dicen: «levantar las manos al Señor, es cosa buena; pero es todavía mejor abrirlas á los desgraciados».

En muchas ocasiones habia demostrado que la bondad de corazón y la dulzura en el trato social no suelen ser indicio siempre de debilidad de carácter.

No pocas veces se habia visto obligado á defender los derechos de la parroquia contra las usurpaciones del consejo municipal; y como se trataba de sus ovejas, el buen pastor habia logrado, conciliándolo todo, atraerse la simpatía general.

Jamás emprendian cosa alguna los ha-

bitantes de aquel rincón ignorado de la Francia, sin que fuesen á consultarla con el párroco.

Podía decirse que en la aldea, era el abogado, el notario, el médico y hasta el juez aceptado por todos. Era quien llevaba la correspondencia de su pequeño y tranquilo reino, en el cual apenas había quien supiera leer los evangelios en grandes letras.

—El señor cura, se decía en dos leguas á la redonda del pueblo, es el primer padre de los pobres y el segundo hijo de Dios.

Febrero tocaba á su fin.

El invierno había sido rudo; las montañas se hallaban cubiertas de nieve, y el valle semejava un inmenso velo blanco, bajo cuyos hielos dormían sepultadas las esperanzas de todo un año.

Los pobres que diariamente veían llegar á sus chozas al cura, le decían sin descanso:

—Pedid á Dios por nuestros campos, señor cura. Si el hielo no desaparece, se perderán todas las sementeras.

A lo cual el cura contestaba:

—Tened confianza, amigos míos, Dios hace bien todo lo que hace.

¡Dios hace bien todo lo que hace!

Hé aquí toda la lógica de su corazón y toda la elocuencia de su talento.

Y constantemente repetía esta máxima, que, aun cuando escrita por un autor profano, no deja de ser una buena y santa máxima para las almas cristianas.

Una mañana, la vieja y única campana de la aldea empezó á llamar á los vecinos, cuando apenas despuntaba la aurora.

Al oír el tañido alarmante de rebato,

sobresaltados todos, salían de sus chozas preguntándose unos á otros qué parte del pueblo era presa de las llamas.

Y mientras tanto, la campana seguía su toque apresurado, que no anunciaban al fuego, sino otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fuego se le combate, se le hace frente, se le corta y hasta se le domina y extingue: pero no era el fuego, sino el agua.

El agua, que sube, que crece, que se desparrama y rompe diques y murallas. La inundación, que se precipita desenfrenada al través de los montes y de los valles, nivelando las colinas, minando los terraplenes, y arrastrando árboles, animales y edificios; el empuje irresistible de sus ondas desencadenadas... ¡la inundación!

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas y carneros sobrenadaban relinchando, mugiendo y balando, arrastrados con sus establos y pesebres, por el torrente cuya presencia nadie había podido adivinar.

El buen cura, que había pasado la noche á la cabecera de sus enfermos, fué el primero en acudir al peligro; gracias á su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y á los pocos momentos, una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

De pronto, un grito terrible sale á la vez de todas las bocas.

El torrente impetuoso, declinando un poco su curso, acaba de precipitarse sobre una choza completamente aislada.

En un instante, el agua la bañó hasta el techo y en lo más elevado de éste apareció una mujer medio desnuda, con una criatura en los pechos y otra prendida de sus ropas.

Mientras tanto, el agua continuaba subiendo y subiendo, con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia y formando remolinos vertiginosos, fué arrastrando las débiles paredes de la choza construída sobre arena. Ya la base habia desaparecido y los barrotes y la argamasa sobrenadaban, precipitados en las corrientes de aquel borrascoso océano.

Nadie se atrevia á lanzarse al hervidero de ondas desbordadas, cuyas revueltas corrientes aguardaban séres que sepultar.

Sin embargo, Jacobo, el hercúleo herrero conocido en toda la comarca por su fuerza y valor, habia tentado por tres veces dirigirse á nado en auxilio de la desventurada familia... Peroo tras tantas vióse precisado á hacer seña á sus compañeros, para que tiraran de la cuerda que tenia atada, á fin de evitar que fuera arrastrado por la corriente.

Otros dos vecinos valerosos, el barquero Pedro y Juan el guarda-bosque, se arrojaron á las aguas con el mismo objeto y el mismo éxito, toda vez que no les fué posible abordar la choza.

Y las aguas subian, y subian cada vez con mayor violencia y rapidez,

Dos minutos más, y la madre y los niños serian tragados por el terrible remolino.

En esto, divisase un ginete que se acerca velozmente. Es el cura del lugar, mon-

tado en la jaca torda que cada domingo le prestan para ir á decir la segunda misa al anexo de la parroquia.

Rápido como el pensamiento, lanza el fogoso bruto á las ondas embravecidas, Rodeánlo éstas por todas partes; lucha el buen sacerdote animando á la cabalgadura; cúbrenlo y salpícanlo sin cesar las blanquísimas y mugientes espumas; no pocas veces se le ve casi sumergido del todo en la corriente, pero al fin llega á la flotante techumbre de la choza.

Cuatro personas, son un peso excesivo para una jaquita que, en medio de las aguas, ha de luchar contra la fuerza del devastador torrente. Es necesario, pues, que el pobre animal haga dos viajes. El cura toma en sus brazos los dos niños que la abnegacion maternal le alarga ansiosamente, y con la preciosa carga vuelve riendas hácia la orilla.

La violencia de las aguas crece por momentos y el peligro aumenta á cada paso, pero el heróico sacerdote triunfa de todo los obstáculos y consigue depositar en tierra las pobres criaturas arrebatadas á una muerte inminente.

Todos los espectadores quieren detenerle al ver que se dispone á entrar de nuevo en el desbordado torrente, yendo en busca de una muerte segura, toda vez que la furia de las olas crece sin cesar y que braman las aguas de una manera espantosa.

Todo es en vano.

De un salto se lanzó sobre la jaca y con ella á las ondas, exclamando:

—Amigos míos, rogad por mí. ¡Dios hace bien, todo lo que hace.

Hombres y mujeres, niños y ancianos,

todos cuantos presencian tanta abnegacion, caen postrados, rogando al cielo por el pastor que, abrasado de caridad y con desprecio de su vida, vuelve á salvar la de una de sus ovejas.

La lucha del héroe con las aguas, es inaudita. Mientras todos los ojos se fijan ansiosos en su marcha, suena un fuerte estrépito que sobrecoge de terror á todos los corazones. La techumbre en que se alzaba la pobre madre, se hunde con estruendo y es arrastrada violentamente por los remolinos. Un grito de espanto sale de todas las bocas, pero casi al mismo tiempo, la mano infatigable del cura ase fuertemente por los cabellos á la infeliz mujer y arrastrándola á flote consigue depositarla junto á sus hijos, entregándola al cuidado de los aldeanos, y cayendo él tambien exánime, rendido por la fatiga y la emocion, en brazos de sus feligreses, mientras sus labios murmuraban por lo bajo:

—¡Dios lo ha hecho! ¡Dios hace bien todas las cosas!

La admiracion, la gratitud, y el entusiasmo de todos raya en delirio.

Hasta entonces, le habian considerado un santo. Desde aquel momento, le miraban como á un héroe. Ni de un modo ni de otro se equivocaban.

No sabiendo el pueblo como darle una prueba acabada de su admiracion y agradecimiento, y de lo mucho que lo amaba, apeló á un medio tan nuevo como extravagante, elocuente y sencillo.

Pocos dias despues de la catástrofe y de la abnegacion, reuniéronse todas los aldeanos para votar, como cada año, las personas que habian de tener la honra de

desempeñar los puestos de oficiales de la compañía de zapadores-bomberos. El nombre de aquel ser tan querido, salió el primero y por unanimidad de la urna cívica: el cura fué elegido unánimemente capitán del cuerpo.

Admirado el sacerdote del nombramiento, y manifestando que no podía avenirse la sotana con el casco, el sable y el hacha, todos los electores contestaron sin discrepancia que el subprefecto del departamento vería como arreglaba el caso, porque ellos, de ninguna manera admitirían la renuncia ni la incompatibilidad.

Formóse un expediente administrativo con tal motivo; el expediente fué remitido á la prefectura, y siguiendo todos los trámites de costumbre, y sorprendidos los funcionarios todos por la extrañeza y novedad del caso, lo elevaban hasta el ministerio del Interior de la monarquía francesa.

Llegado á París el asunto, fué grande la risa que produjo en todas las reparticiones y negociados la noticia de tan original elección: el oficial dió cuenta á sus jefes, éstos al director y el director acabó por referirlo al ministro.

Este soltó también la carcajada y, queriendo dar con ello un rato divertido al rey, se dirigió á la cámara régia y relató el caso al monarca, que era entonces Carlos X.

En dos ó tres días no se habló en palacio de otra cosa que de la elección del capitán bombero eclesiástico.

La excentricidad del hecho movió la curiosidad de los altos funcionarios y se dispuso por mandato del soberano que se verificase una información muy seria y minuciosa de lo que había sucedido en la aldea.

Conocidos los hechos por el gobierno, se resolvió el conflicto de la elección, alejando al virtuoso cura de su parroquia. A este efecto, el rey de Francia, firmó su nombramiento de coadjutor del obispo de Nancy.

En esta dignidad, fué vivo ejemplo de todas las virtudes.

Actualmente el pobre cura de la aldea inundada y capitán de zapadores-bomberos, es uno de los hombres más influyentes de la iglesia francesa, por su vasto saber y sus reconocidas bondades.

El que viaje por este imperio y quiera conocerle, no tiene más que preguntar por el cardenal Dannel, arzobispo de Burdeos, cuyos actos que dejo referidos, me han sido narrados hace muy poco tiempo, por un hombre también virtuoso y sabio. Por el doctor Luis Companyó, fundador del Museo de Perpignan.

Perpignan, Febrero 1862.



CAPRICHOS

(BOCETO DE COSTUMBRES DE OGAÑO)

—¡Qué hombre! ¡Señor! ¡Qué hombre! ¡Qué obstinacion! exclamaba en el colmo de la sorpresa un amigo, tratando de convencer á otro. Y despues de tomar algun resuello para continuar sus esfuerzos exclamaba:

—¡Es imposible! Pronostico que tendrán éxito desgraciado cuántas tentativas se pongan en práctica.

—Eres muy niño contestaba el otro. Te recomiendo que sigas al pie de la letra mis consejos y cantarás victoria dentro de pocos dias. Te aseguro que Felicia se enamorará perdidamente de tí.

—Y si tanto confias en la bondad de tu sistema ¿porqué no sitias á Adela empleando la táctica que me aconsejas?

—¿Pues no te he dicho que desde mañana comienzo á maniobrar?

—¡Bueno! estoy decidido, para que veas que quiero apurar todos los recursos. Voy á emplear tu sistema, sin embargo de que va á perderse todo; hasta el honor.

—Entendidos. Dentro de un mes volveremos á vernos.

Tal era el diálogo entre Timoteo y su consejero, á propósito de los gustos de las mujeres y de los medios más seguros de apoderarse de su voluntad.

Timoteo quiso, ante todo, estudiar el carácter é inclinaciones de Felicia, y supo:

Que le eran antipáticos los hombres altos.

Que le gustaba hablar á todas horas y por cualquier cosa.

Que se entusiasmaba con la poesía y los poetas.

Que no podía resistir los bigotes negros, ni los hombres morenos.

Que era romántica hasta rabiarse.

Ante tales descubrimientos, Timoteo se puso á meditar y halló que contra estas cinco virtudes, no podía oponer más que estos cinco vicios:

Era alto.

Hablaba muy poco.

Era prosáico desde la punta de las botas hasta la copa del sombrero.

Era moreno y usaba bigotes negros.

Era clásico hasta en el nombre.

Sin embargo, no se dejó vencer por el desaliento.

Dióse tal maña en sus operaciones, que logró penetrar en la casa de Felicia; más fué con tan pésima oportunidad que la joven había admitido dos días antes los obsequios de un poeta.

Y los había admitido, porque los recibió bajo la agradable forma de sonetos, idilios, anacreónticas, doloras, madrigales, décimas y octavas reales.

El primer día lo pasó muy entretenida leyendo esta clase de documentos.

En el segundo, el poeta dió el giro más bucólico posible á sus creaciones, llamando á Felicia *pastora* y *zagala*, convidándolo á huir al bosque sombrío en donde comerían frutas, huevos frescos y leche de cabra y en donde bañarían sus pies entre la linfa cristalina.

Précisamente era el mes más crudo del invierno, en que los baños de pies al aire libre podían producir una catástrofe y, además, se trataba de echar mano de las tres clases de alimentos que más repugnaban á Felicia.

El tercer día, la joven, el poeta y Timoteo estuvieron juntos de visita.

La primera habló con locuacidad inimitable.

El vate fué un arroyo de poesía y elocuencia.

Timoteo apenas dijo una que otra palabra.

Al día siguiente Felicia recibió esta carta:

«Señorita: os amo.

Timoteo N.

Felicia había aceptado ya la *introducción* en verso, del poeta. Creyó que el tema andaba demasiado por las nubes y se declaró en abierta oposición con las variaciones.

He aquí un trozo de la respuesta que dió al discípulo de Apolo: «No puedo seguirte á la *verde selva* ni meter los pies en la *linfa cristalina*, porque estamos en una estación especial para resfriados y pulmonías. Prefiero la música de mi piano á la del torrente. Mejor que en la corte-

za de los árboles desearia ver mi nombre grabado en una sortija de brillantes. Estoy por los espejos venecianos de mi gabinete y no por los cristales de la laguna.»

El poeta maldijo al mundo, se negó á comer, bramó de indignacion y por último tomó un veneno, ansioso del reposo de la tumba.

Por supuesto, todas estas desgracias sucedian en versos de arte mayor.

Felicia recibió otra carta con orla. El vate lloraba en ella doscientas cincuenta lágrimas de á cuatro versos endecasílabos cada una, que daban un total de mil renglones y más de once mil sílabas elegiacas!

Además incluía un extracto de su amor perdido, en un soneto elevado á la segunda potencia algebráico-poética, es decir, escrito en ciento noventa y seis endecasílabos!

Felicia, ante semejante lluvia de consonantes, renegó de los poetas, burlóse del anunciado suicidio, y tuvo á bien cortar aquellos amores de *ultratumba*.

Entonces se acordó de la carta de Timoteo, y no pudo menos que decir:

—¡Vaya un laconismo original!

Timoteo habia dado un gran paso, interesando la fibra más romántica del corazón de la joven.

—

Dos días más tarde recayó la conversacion sobre estaturas.

—Pues usted no es muy alto que digamos, exclamó Felicia mirando á Timoteo con coquetería.

Los cinco pies y medio del enamorado se ruborizaron sin dejar una sola molécula de tales dimensiones, al oír una mentira tan descarada.

—¡Buen síntoma! Comienza á engañarse á sí misma para no lastimar su orgullo, pensó Timoteo muy cuerdamente.

Felicia recibió entonces otra carta más concisa que la primera.

«Os amo.—T.»

La comparó con la anterior y pudo notar que en ésta se habían suprimido las palabras *señorita* y *Timoteo*. Era un ahorro de cuarenta por ciento de texto.

En la primera ocasión que se presentó á propósito de refranes, la joven dijo que no había otro tan filosófico como éste: *en boca cerrada no entran moscas*.

Al día siguiente recibió otra carta de Timoteo.

No contenía palabra alguna. En medio del papel aparecía un signo de interrogación en campo blanco.

Sin embargo, Felicia leyó allí diez ó doce párrafos. Aquel interrogante decía:

—¿Qué hay? ¿qué piensa usted? ¿por qué no me contesta? ¿quiere usted corresponderme? etc., etc.

En la próxima conversacion, Felicia hizo el panegírico de los hombres morenos y de bigotes negros.

Después, hubo un apretón de manos... sin permiso de los papás.

Después, las puertas de la sala oyeron un diálogo, del que no contaron palabra por evitar chismes.

Después, se abrió cierta ventana á deshora de la noche.

Después....

—Vamos á ver, el mes ha pasado, ¿has conseguido el amor de Felicia? preguntó el amante de Adela.

—Por completo; pero sepamos á qué altura te hallas con tu rubia desdeñosa.

—¡Ah! Adela es una muchacha que al fin se tomó la libertad de quererme con toda su alma.

No tenía más que cuatro defectos:

Se moría por los militares;

Salía poquísimo de casa;

No recibía visitas;

Le fastidiaban los galanteos.

Pero en cambio tenía una perrita muy linda que era su ídolo, y merced á ciertos resortes que puse en juego, vino á mi poder.

Adela lloró el primer día como una María de Magdala.

El segundo no quiso comer.

El tercero, cayó enferma de sentimiento.

El cuarto, se acordó de anunciar la pérdida en los periódicos, ofreciendo una buena recompensa.

El quinto....

—El quinto. ¡no matar! interrumpió con socarronería Timoteo.

—No, repuso el amigo, el quinto me presenté en casa de mi amada con la perra.

Mellamaron *angel tutelar* de la familia y colmándome de agasajos prometieron llevar el agradecimiento más allá, mucho más allá del sepulcro.

—Por toda recompensa, dije, al despedirme, deseaba estampar un beso en la diminuta mano de Adela.

A pesar de que *estas cosas* no le gustaban á la niña, por consejo de su papá dejóse besar la mano en un arrebato de agradecimiento.

Desde aquel entonces frecuento la casa de Adela.

Y como no le agradaban galanteos, no dejé un instante de mostrarme cortés, afable, rendido y enamorado con incomparable violencia, con la cual Adela, en sus adentros, me calificó de tonto y hasta estoy seguro que se dijo: «este tipo no es de los míos».

—

Descolgóse, como llovido del cielo, un capitán de coraceros que paseaba á todas horas, montado en su corcel, por debajo los balcones de la casa de Adela.

La joven, como era natural, palpitó de entusiasmo. El capitán realizaba sus ensueños. Era como se había imaginado que debían ser los novios: noble, generoso, atrevido, caballeresco y, sobre todo, *de tropa*.

Me hice amigo del capitán de coraceros y lo presenté en la casa de mi amada.

A los pocos días el militar exclamó en un arranque de felicidad: «Mi caballo y Adela son los dos seres que más amo en este mundo».

La muchacha hizo una mueca y casi sintió el dolor de una cox al verse junta con el caballo, en los labios del hijo de Marte.

A fuerza de pasar y repasar por la calle de la novia, dió un día el capitán tal batacazo, que dislocó la pierna de su bucéfalo y se llenó de lodo el uniforme. Entró en casa de Adela echando rayos y centellas contra las municipalidades, que no cuidan del empedrado de la vía pública como es debido.

Adela se pasó con tal accidente los dos

días siguientes en claro, porque el coracero no se acordó de pisar aquellos umbrales.

Pero al fin volvió con un humor endemoniado. El caballo seguía peor del descalabro y en toda la visita no habló más que del albeitar, de cataplasmas, cascos y herraduras.

En aquel momento comencé á desplegar todo mi ingenio: paro ser amable, chistoso y de *buen tono*; y tuve tanto acierto, que Adela vaciló un instante entre quedarse conmigo ó con el de las charreteras. †

Es decir, que la balanza estaba sin inclinarse de un lado ni de otro.

Pero afortunadamente se recibió en la casa una carta del capitán, concebida poco más ó menos en estos términos:

«Dentro de poco *pienso* que *piensem*os del mismo modo sobre el *trote* de la boda. Ninguna mujer es capaz de ponerme *freno* más que tú... etc.

«P. D.—Hoy reventó el tumor del caballo: estoy loco de alegría y en mudándole el vendaje echaré un galope á tu casa».

Entonces comenzó una serie de observaciones practicadas por Adela acerca de mi persona.

Dedujo que yo era un paisano preferible á muchos militares y sobre todo á aquel capitán... tan acémila, ya que es preciso decirlo todo.

Y dedujo que los galanteos hechos en público, halagan la vanidad y no pocas veces comprometen; mientras que en secreto suelen conducir bastante á menudo hasta el lazo del matrimonio.

Por cuyos fundamentos...

—Triunfante! ¡Triunfante como yo! Pero yo despues de vencer, me caso!

—Pues no seré yo menos, mi querido Timoteo, ya que Adela se ha vencido por la misma ley que ha vencido á Felicia.

La moraleja de este cuadro y de los tipos que lo forman es bien sencilla.

Prueba que los gustos y aversiones de la mujer ó sus simpatias y antipatias pueden convertirse en amor verdadero, cuando se sabe encauzarlos.

O lo que es lo mismo: Que las mujeres no saben aborrecer.

O de otro modo: Que no deben decir nunca: «Detesto tal ó cual cosa», sino simplemente: «Tal ó cual cosa no me gusta por ahora.»

Madrid, Julio de 1865.



EL NIDO DEL AGUILA

Hace algunos años, mientras me entretenía admirando puntos de vista en medio de las abruptas cortaduras de los Pirineos, cerca de Cauterets, noté sobre una roca, á flor de las aguas de una caprichosa cascada, algunos excrementos blancuzcos. Al llegar al Argeés de Bigorre, á donde con otras personas me habia convidado M. Pons, conté á éste el descubrimiento que habia hecho. Mr. Pons, excursionista notable y gran conocedor del Departamento, me dijo que tales excrementos provenian, sin duda, del nido que un águila muy grande tendria en la cumbre de la montaña, sobre un pico escarpado é inaccesible cuya cúspide piérdese casi todo el año entre las nubes.

—Si quereis ver como los padres llevan la comida á sus hijuelos, no teneis más que ponerlos en acecho por la tarde ó por la madrugada. A esas horas vereis el águila y su hembra conduciendo en el pico y en las garras, la presa que llevan á sus aguiluchos. Lo vereis tambien como yo lo he visto hace quince dias, pero so-

bre todo, ocultaos bien y no fumeis, pues de lo contrario no conseguiriais vuestro objeto.

El dia después de esta conversacion y apenas el sol principiaba á declinar en el horizonte, á eso de las cuatro de la tarde, me senté á unos cien pasos de la roca en cuestion, acompañado de dos amigos, curiosos como yo en aquella ocasion. Jamás habia encontrado el tiempo tan perezoso como entonces; tal era mi impaciencia por satisfacer mi curiosidad.

Pasaron dos horas, que me parecieron dos siglos, sin que las águilas aparecieran.

Por fin conocimos que venia una de ellas por el fuerte silbido de sus pequenuelos, los cuales asomaron las cabezas al borde del nido. Habian divisado á sus padres desde una distancia enorme, y abrian el pico para que les dieran de comer.

Llegó primero el macho trayendo en sus garras un pedazo de carne de venado; le ví perfectamente mientras se sostenia en el borde de la roca con la cola abierta y las alas medio desplegadas.

Al cabo de pocos minutos llegó la hembra y conocimos que lo era por su corpulencia, pues en las aves de rapiña las hembras son más pequeñas, pero mucho más robustas que los machos.

Tambien ella traia un pedazo de carne, pero, mucho más precavida que su compañero, echó á su alrededor una mirada escrudiñadora, conociendo sin duda, que habia sido descubierta su guarida. Casi al mismo instante dejó caer su presa prorrumpiendo en un grito ronco y amenazador; era el grito de alarma que daba al macho. Ambos comenzaron á cernerse sobre nuestras cabezas y la hembra siguió.

lanzando chillidos de cólera, cual si nos amenazara con ellos y tratase de obligarnos á desistir de nuestros hostiles proyectos.

Entretanto los hijuelos se habian ocultado completamente en el nido.

Desistimos aquel día de observar más; y al regresar á Argelés de Bigorre convinimos con Mr. Pons en volver á la siguiente tarde para apoderarnos de las águilas, así de los padres como de los hijos, pero nos vimos forzados á aplazar nuestra empresa para más adelante á causa del mal tiempo.

A los tres días, mientras nos hallábamos embebidos en nuestra partida de *bezique* para matar el tiempo y olvidar que llovía á cántaros, oímos unos gritos terribles en el patio de la casa.

La mujer del colono ó *fermier* de Mr. Pons, que apenas hacia tres semanas habia dado á luz una hija, dejó á ésta bien tapadita en su cuna y delante la puerta de la habitación de su marido. La criatura habia desaparecido, sin que se notara en parte alguna el menor vestigio de sangre ni desórden. ¿Qué habia sido de la niña?

Mientras esto se averiguaba, los gritos desesperados de la madre iban en aumento.

Sospechamos de pronto que la criaturita habia sido robada por unos gitanos vagabundos que, procedentes de España, habian pasado cantando por aquellos alrededores y á los cuales habiamos despedido sin haber querido oír sus cantos ni dejarles decir la buenaventura. Apenas apuntada la idea de este rapto, el padre de la niña voló en busca de los gitanos re-

gresando sin haber hallado rastros ni indicios de su hija.

De repente uno de los concurrentes, exclamó:

—¡Ah! quizá el águila se ha llevado la niña.

—¡Imposible! contestó otro.

—¿Un águila llevarse un muchacho?

—¿Por qué no? replicó Mr. Pons. ¿Acaso no arrebatan con sus garras á los carneros?

—Sí, pero no es lo mismo.

—No pienso yo así, soy de parecer que debemos averiguarlo cuanto antes.

El padre de la niña, que es un robusto bearnés nacido en Pau, y que viste todavía á la antigua usanza de los montañeses de su tierra, tomó una cuerda capaz de sostenerle, y emprendió la marcha en compañía de cuatro robustos mozos de labranza, dispuesto á verificar la ascension de la roca tenida hasta entonces por inaccesible y en la cual tenian las águilas su nido.

Por nuestra parte, es decir, M. Pons, yo y otros dos compañeros españoles como yo, que veraneábamos en aquella pintoresca comarca, formamos la exploracion provistos de buenas escopetas, dispuestos á rechazar los ataques de las águilas y de matarlas si fuese necesario y posible.

El colono y sus compañeros escalaron con gran dificultad pero con grande arrojo, rocas que se desmoronaban apenas ponian en ella los piés. Hubo un momento en que los perdimos completamente de vista, hasta que al fin divisamos una cabeza humana en el punto más cubierto y elevado de la peña. Luego aparecieron sobre el pico los cuerpos de todos los que

habian emprendido la peligrosa ascension.

Los cuatro mozos bajaron una cuerda por la parte exterior del pico y á lo largo de la roca, cortada perpendicularmente casi sobre nuestra cabezas, para que por ella se deslizara el padre de la niña y llegando de tal modo al nido donde se hallaban los aguiluchos, pudiera averiguar si en él se hallaba la criatura.

En efecto, allí estaba segun pocos momentos despues nos lo dieron á entender con una señal los cinco hombres.

Un grito de alegria lanzado por el padre nos indicó además que la niña se encontraba viva, y segun más tarde se vió, el águila la habia arrebatado de la cuna agarrándola por los pañales y depositándola en el nido al lado de sus pichones.

Por disposición del colono de Mr. Pons, bajóse la cuerda á lo largo de la roca, arrollándose su extremo en la punta saliente de un peñasco. Una vez hecho esto aquel se asió de la cuerda y deslizóse hasta el punto en que las águilas tenian su nido formado de ramitas de árboles y de yerbas secas.

En medio de esta cuna silvestre veíanse dos aguiluchos algo crecidos ya, pero todavia inofensivos y á su lado la niña robada que tendia sus bracesitos hácia sus salvadores, como si comprendiese el peligro en que se hallaba y del cual iban á librarla.

Mientras que el padre de la criatura bajaba apoyándose en las manos y las rodillas, las dos águilas grandes, que desde las nubes habian observado el asalto de su guarida, descendian rápidamente á defender sus pequeñuelos. El macho se en-

cargó de atacar al bearnés, al paso que la hembra se abalanzaba furiosamente contra sus compañeros los cuales, por dos veces, rechazaron á palos y á pedradas las iracundas aves.

El colono recibió un fuerte aletazo que por poco le dejó aturdido obligándole á abandonar su preciosa carga. Por fortuna antes que el águila pudiera tomar nuevo vuelo y emprender nueva acometida, Mr. Pons le disparó un tiro, hiriéndola y haciéndola dar vueltas sobre sí misma hasta que al fin cayó en una torrentera donde la encontramos más tarde. La medimos y tenía dos metros y sesenta centímetros desde una punta á otra de las alas.

Quedaba aun la hembra que era más temible que su compañero.

Por tres veces atacó á los cuatro mozos, uno de los cuales recibió un terrible y peligroso aletazo en un ojo que lo puso fuera de combate. En el momento que pasaba á unos quince metros de distancia fuera del sitio donde nos hallábamos los cazadores, pude apuntar cómodamente por el gran blanco que ofrecia á mi vista.

Hice fuego al mismo tiempo que disparó uno de mis compatriotas y el ave cayó para no levantarse jamás. Examinando el animal se le encontró una sola herida sin que pudiéramos decir de quién fué la bala que la alcanzara.

Al estampido unisono de los dos tiros contestaron con gritos de alegría los que habian subido al pico de la roca.

La niña estaba ya en los brazos de su padre, quien en un arrebató de cólera

habia retorcido el pescuezo de los aguiluchos.

Es por demás decir cuánto fué el gozo de la afligida madre al estrechar de nuevo contra su seno y al ver sana y salva, á su querida hija.

Madrid, Octubre de 1866.



CRIMEN FRUSTRADO

En los principios de mi carrera de abogado tocóme la defensa de un hombre cuyos sentimientos y acciones merecen ser objeto de un libro.

Darían materia para escribir una narración henchida de pasajes á cual más sorprendente y dramático.

En la imposibilidad de llevar á cabo tal obra, paso á relatar los hechos que dieron origen al proceso en que intervine como defensor de aquel hombre que, segun mi convencimiento y el de distinguidos profesores especialistas, sufre una perturbación de sus facultades psíquico-fisiológicas.

Los tribunales no lo consideraron así á pesar de mis esfuerzos, y mi patrocinado sufrió la grave pena en cuyo cumplimiento se agotan todavía los mejores años de su existencia.

La circunstancia de vivir aun los personajes que intervinieron en ese drama judicial hace que los presente en este relato disfrazados con nombres supuestos y que cambie también los lugares del suceso.

Lo demás todo es real y positivo tal como aconteció.

He aquí ahora los hechos y los caracteres.

La baronesa de Garma no se daba un punto de reposo en empaquetar maletas, y baúles y mandarlos á una agencia de diligencias de donde ella misma salia pocas horas despues con direccion á los afamados baños de Leboza.

El pueblo de Leboza debe su celebridad no solo á las aguas minerales sino á sus médicos. Madrid mismo, con ser la capital de todo el reino no contiene tantos emisarios de muerte. Esta creencia general no carece talvez de fundamento; pero lo indudable es que Madrid, con ser Madrid y con ser corte, está muy distante de poseer el cielo azul y hermosísimo de Leboza, su sol vivificante y las perfumadas brisas que hacen de él el más delicioso y saludable rincón de toda la costa española.

No bien hubo llegado allí la baronesa de Garma, su primer cuidado fué llamar al doctor Zaldívar, uno de los más firmes pilares de la facultad, y á cuyo hijo Eduardo habia conocido por casualidad en Madrid.

—Señora: dijo el médico al presentarse y afectando la más exquisita cortesía, disponga V. de mí en todo y por todo.

—Gracias, caballero.

—¿Puedo ver al niño ahora?

—Sí, señor.

La baronesa llamó á un criado y le ordenó traer á su hijo Arturo, enfermo de

una afección que motivó el viaje á Leboza.

El niño fué presentado y el médico lo examinó en algunos minutos, que parecieron siglos á la baronesa de Garma.

—Señora, exclamó el doctor con acento de convicción, su hijo estará curado antes de un mes.

—¿Está usted seguro? repuso la madre con el rostro inundado de alegría.

—Segurísimo.

—Gracias, Dios mio! ¿Y qué tratamiento hemos de seguir?

—Nada que sea molesto ni difícil, contestó el médico. Hoy, llevarlo á pasear por el prado de las acacias, procurando que haga el mayor ejercicio posible; en cuanto vea usted que suda, hágalo acostar sin tardanza.

El doctor se levantó para salir.

—Perdone Vd., caballero, observó la baronesa. Como no conozco este pueblo, le ruego me indique hácia qué lado se halla el prado de las acacias.

—En este caso, contestó el profesor en el arte de curar.... ó de enfermar, estoy en el deber de procurar á Vd. un guía. Si no fuese porque estoy tan ocupado, yo mismo..... no obstante le mandaré á mi hijo.

—Su sacrificio, contestó galantemente la baronesa, me recuerda el de Abraham; sin embargo, lo acepto. Su hijo Eduardo y yo, ya nos conocemos hace tiempo.

Esta vez el doctor se retiró y poco después fué á reemplazarle Eduardo.

El prado de las acacias, que envanece á los habitantes de Leboza, no tiene la extensión del de San Bernardo de Sevilla, ni la animación del de Madrid, ni la riqueza de arbustos aromáticos y flores matizadas de los prados que rodean á Granada. Pero en cambio, ofrece un punto de vista tan risueño, es de una tranquilidad tan encantadora y sus árboles ofrecen unos grupos tan pintorescos, que para nada deja echar de menos los paseos de otras poblaciones más importantes. El silencio que en él reina, solo es interrumpido por el susurro de las hojas arremolinadas por las brisas del mar, el canto de los ruiseñores y el murmullo de un arroyuelo que, con sus aguas purísimas, refresca y da vida á una verdadera alfombra de césped.

La baronesa de Garma y su hijo, acompañados de Eduardo, entraron en el prado de Leboza cuando empezaba á declinar la tarde. El sol comenzaba á caer sobre el horizonte; pero sus rayos enviaban todavía algún calor á los sitios donde las acacias eran menos elevadas y el follaje menos espeso.

El niño y la madre se sentaron en un banco al cual los rayos oblicuos y tornasolados del rey de los astros daba la apariencia de un trono de oro. El joven Eduardo, que se sentía impulsado por sentimientos extraordinarios trató de llevar á la baronesa á un sitio más retirado.

—¿Dónde vamos?—preguntó aquella.

—No tema Vd., señora. No nos perderemos, porque el prado no es grande.

—¿Por qué no permanecemos al sol con Arturo?

—Al sol! señora..... El sol, que cura-

rá á su hijo, seria muy peligroso para Vd.

—¿De veras, Eduardo? dijo la baronesa con cierto acento de coqueteria. Explíquese Vd., amigo mio.

—Con mucho gusto, pero la explicacion es larga. Sentémonos.

La baronesa de Garma se dejó conducir sonriendo graciosamente.

—Ea! dijo arreglándose el vestido, hable Vd.

Eduardo vacilaba, pero haciendo un esfuerzo dijo:

—¿Ha leído Vd. los grandes poetas?

—Me hace Vd. una pregunta bien extraña. Sí: he leído algunos.

—Pues bien, replicó el joven, ¿recuerda los versos de Goethe en que llama al sol el gran pintor de la naturaleza y le da gracias por haber teñido con tan espléndidos colores á la rosa, á la violeta, á la dalia y á otras mil flores?

—No lo recuerdo; sin embargo, diré que sí. ¿Y despues?

—Despues, debo hacer saber á Vd., que el sol de esta tierra confunde á la mujer con las flores y seria una gran desgracia que alterase la blancura purísima de su tez señora.

—Caballero! replicó la baronesa sonrojándose, volvamos á donde está mi hijo.

Eduardo se mordió tembloroso su delgado labio.

—He sido un imbécil, se decia silenciosamente. Este maldito niño me roba una fortuna y me priva de una querida. ¡Que no haya un Herodes en nuestros tiempos!

—¿Qué te parece de la baronesa de Garma? preguntaba por la noche el doctor Zaldívar a su hijo. ¿Es ó no es amable?

—Es una furia! contestó Eduardo, en quien hallábanse á la vez reunidos amor, celos y voluptuosidad.

—Diantre! no me parece á mí así.

—Preciso es confesar, padre mio, que es encantadora.

—¿Cuál es el programa para mañana?

—¿Programa? No sé que la baronesa haya formado alguno. Creo, sin embargo.....

—¿Has comido con ella?

—No, dijo Eduardo.

—Espero, repuso el doctor, que no echarás en olvido que la baronesa pertenece á una de las primeras casas de la nobleza madrileña y que por lo tanto tiene poderosa influencia en las altas esferas de la corte.

—No lo he olvidado. Como tampoco he olvidado que su esposo Juan de Luna tuvo la suerte de heredar de mi tío una gran fortuna. Aquel tío pudo haber favorecido á Juan, sin haber dejado de asegurar mi felicidad para siempre.... pero ¿qué me importa á mí ya todo esto? No tiene remedio!

—Es verdad! repuso el doctor, meneando la cabeza. Ya nada de todo esto debe importarte, pero reflexiona, mi querido Eduardo, que cuando un médico joven llega á obtener una proteccion como la de la baronesa, puede contar casi con una fortuna.

—Cierto!

—Es, pues, necesario que la hagas la corte y obtengas su confianza.

—Lo haré y la obtendré, replicó Eduardo, pálido y tembloroso.

—Prepara pues tu plan de campaña. Ya ves que yo no puedo pagarle la atención que nos dispensa. A tí te toca obrar por mí.

Julia de Alvarado, heredera primogénita del baron de Garma, casó á los 18 años con el opulento y valiente coronel de Artillería don Juan de Luna, pariente lejano de los Zaldivar, de Leboza.

La joven esposa fué feliz hasta que la salud de su único hijo comenzó á decaer. Poco despues, su esposo fué destinado al ejercito de Filipinas con motivo de la ruda campaña contra el sultan de Joló.

Al conocer en uno de los salones de Madrid al joven Eduardo Zaldivar, la baronesa supo por su madre que la fortuna dejada al morir por un tio á su marido debía pasar á Eduardo en caso de que él no tuviera sucesion. Esta noticia fué causa de que la madre de Arturo sintiera en seguida una indecible repugnancia por el joven Eduardo, la cual no disminuyó en el curso de sus frívolas relaciones de sociedad.

En cuanto al hijo del doctor no se dió por entendido.

Obligada la baronesa por el alarmante estado de la salud de Arturo á buscar las aguas de Leboza, resistió cuanto pudo, verificar el viaje; cual si un presentimiento le advirtiera contra una desgracia inminente.

Al paso que aquella mujer repelia por instinto toda aproximacion y trato con

Eduardo, éste, que por naturaleza era rencoroso, incrédulo y perseverante en sus propósitos, se mostraba constantemente afable, cortés, complaciente con la baronesa, revelando en todo su carácter el mayor desinterés y las formas más correctas é irreprochables.

El fué uno de los que más interés mostraba en la curacion del pequeño Arturo, y quien más veces aconsejó á la madre de éste las aguas de Leboza.

Con estos antecedentes la baronesa verificó el viaje y halló en el pueblo á su antiguo conocido de la corte.

Tres días despues de la llegada de Julia de Alvarado y su hijo á Leboza, y durante las últimas horas de la tarde, Eduardo se encontraba bajo las ventanas de la habitación de la forastera. Nada extraordinario llamaba su atencion. Consideraba que no estando la baronesa acostumbrada á pasear é pie, se hallaría fatigada en sus habitaciones y que por esta causa se veían herméticamente cerrada las ventanas de aquellas.

Eduardo era un carácter que despreciaba las mujeres y deseaba subyugarlas. La resistencia de la baronesa le producía dos efectos. Excitaba su deseo y aumentaba el odio que le inspiraban el coronel de artillería y su inocente hijo.

En la cabeza de aquel joven incomprendible se arraigó fuertemente un silogismo absurdo. Si Juan de Luna y Arturo seguían viviendo, privándole así de la fortuna de su tío, quedaban justificadas las pre-

tensiones que tenía sobre la belleza y el corazón de la baronesa de Garma.

Para aquella cabeza de enfermo, no había más que dos soluciones del problema.

O el baron y su hijo morían y su fortuna pasaba á manos del joven, ó pasaba á ser presa de éste la hermosa baronesa.

De esta base de raciocinio hacia derivar Eduardo las consecuencias más absurdas; y engolfado en ellas se disponía á retirarse á su casa, la tarde en que se hallaba junto á las ventanas de Julia, cuando una circunstancia singular le lanzó en un laberinto de conjeturas.

Fué el caso, que en la habitación de la baronesa sobrevino un desusado movimiento y conversaciones de gentes. El joven se acercó á una de las ventanas y á través de las celosías observó las sombras de dos mujeres hablando con misterio.

—Tal vez Arturo esté peor, se dijo Eduardo.

De pronto se oyó ruido de pisadas y voces en el jardín y se ocultó tras unas grandes macetas de rosales.

—Dios mio! gritaba la niñera de Arturo. La señora acaba de recibir una carta de Madrid en que le dicen que su esposo ha muerto en un combate contra los moros de Filipinas. Pronto! pronto! vayan á buscar al doctor Zaldívar.

El hortelano, jardinero y guardián de la finca contestó con un gruniño que podía traducirse lo mismo por expresión de simpatía que de disgusto, y se retiró para salir en busca del facultativo.

Eduardo huyó de su escondrijo como si fuera un asesino.

—Uno! murmuró entre dientes al llegar á su cuarto, arrojándose en seguida sin desnudarse y bañado en sudor glacial sobre su lecho.

—Esta noche, agregó con mirada torva, no veré á mi padre. ¡Ira de Dios! Mi estrella ha empezado á brillar por fin!

Al día siguiente por la mañana, á la hora del almuerzo, encontró sobre la mesa del comedor una carta de su padre con estas palabras: . . .

«Mi querido hijo: Salgo con la baronesa para las ruinas de Olora. El día estará algo ventoso, pero seco y agradable.

«No dudo, pues, que el aire del mar será provechoso al niño».

Ni una palabra sobre la muerte del baron de Garma.

A pesar de lo significativo de esta omisión, Eduardo no hizo alto en ella.

—

Dejando á un lado las imponentes ruinas del castillo de Olora, el doctor y la baronesa ganaron la playa, en la cual el mar batía furiosamente sus olas muy cerca de las pintorescas breñas, que minadas en su base por las aguas marinas, sustentan los grandiosos restos del castillo.

—Descansemos junto á aquella barca, dijo Julia, señalando una casi destrozada de puro vieja y medio enterrada en las arenas.

—Como usted guste, dijo el médico, ayudándola á subirse sobre algunas de las tablas de la vieja embarcación.

—¿Dónde se halla Arturo? preguntó la madre.

—Ha de hallarse por aquí cerca, retozando.

—Arturo! Arturo! gritó la baronesa.

El rugido del mar y el silbido del viento fueron los únicos que contestaron.

—Arturo! repitió la dama. ¡Arturo! exclamó alarmada y saltando á la arena para correr como una loca! ¡Arturo! ¡Dios mío! ¿dónde está mi hijo?

En el mismo instante oyóse la detonación de un arma de fuego.

—Es él, señora cálmese usted, no hay cuidado.

Y mientras el doctor pronunciaba estas palabras, aparecieron dos pescadores trayendo el cuerpo, al parecer inanimado, del niño.

Los dos hombres se detuvieron, la baronesa abalanzóse á su hijo y lanzando un grito desgarrador cayó sin sentido sobre la arena.....

La casualidad, dijo uno de los marineros, nos llevó á un sitio donde el mar forma una tranquila ensenada dentro de un círculo de rocas. Un hombre sentado sobre el borde de una de estas, estaba golpeando furiosamente las olas y prorrumpiendo en horribles maldiciones. Esto nos excitó la curiosidad y vimos á un niño que flotaba en el agua. Nos apoderamos del hombre y entonces sacamos al niño.

En esto Arturo volvió en sí y abriendo los ojos echó en derredor suyo una mirada de estupor.

—¿Conoceis al hombre? preguntó el doctor á los pescadores.

—No, señor.

—Ah imbéciles! le habeis dejado escapar!

—No, señor, dijeron los hombres. Se halla en poder de nuestros compañeros.

—

La relacion de Arturo fué como sigue:

Corriendo en busca de conchas vió una muy grande suspendida sobre la ensenada de que habian hablado los pescadores.

Tratando de despegarla de la roca le resbaló un pié y cuando trataba de salir vió acercársele el joven Eduardo, quien le dió un fuerte golpe en la cabeza con un baston, haciéndole perder el sentido.

El desgraciado doctor no pudo acabar de oír esta revelacion que condenaba terriblemente á su hijo. Su mente se turbó, sus ojos se nublaron y como herido por el rayo, cayó de golpe sin vida sobre la playa.

Ocho meses más tarde despues de esta escena, el Tribunal Supremo de Justicia, confirmaba la sentencia de la Audiencia territorial que condenaba á Eduardo por asesinato frustrado con las circunstancias agravantes de premeditacion, alévosia y ensañamiento,

El hijo del doctor supo en la cárcel que las palabras que escuchó acurrucado detras de los rosales de Leboza proferidas por la niñera, habian sido un error de ésta, la cual habia confundido el efecto de la alegría por el del dolor.

La carta no decia que el coronel Juan de Luna hubiese muerto, sinó que habia corrido gran peligro de muerte, derrotando en los archipiélagos de Oceania á los vasallos del sultán de Joló.



LA ÚLTIMA ESPERANZA

(FRAGMENTO DE LA VIDA DE UN ARTISTA)

Pocas personas de las que han oído los prodigios musicales del gran pianista norteamericano Luis Morean Gottschalck, han dejado de conmoverse al escuchar la melancólica melodía que tiene por título el mismo lema que encabeza las presentes líneas.

La última esperanza revela en sus melancólicas notas toda la tristeza, todo el sentimiento del hecho que le dió origen. Este suceso ha inspirado la laureada pluma de Gustavo Choquet, el cual, como prefacio ó introducción á la obra de Gottschalk, ha publicado una tierna narración de la historia de *La última esperanza*. He notado entre el relato de Choquet y el mío algunas variantes; pero aparte de que éstas no son esenciales en la verdadera naturaleza del suceso, y sin querer por esto sospechar de la veracidad de aquel escritor, no puedo yo aceptar en estas líneas

todas sus afirmaciones, porque la narración que inserto, la oí de los propios labios de Gottschalk en la forma que la público.

He aquí la historia:

Antes de que fuera presa de las llamas aquel palacio flotante de oro y de cristal, conocido en las aguas del Rio de la Plata con el nombre de vapor *América*, tomamos pasaje en él, para Buenos Aires, un día del mes de febrero de 1868.

Serian las cinco de la tarde cuando Gottschalk y yo pisábamos la cubierta de aquel magnífico vapor. Levóse el ancla, lanzó su penetrante aviso el vapor, giraron las colosales ruedas en sus tambores, y su doble estela empezó á cruzar las verdosas aguas de la bahía de Montevideo.

Las primeras horas de la travesía pasaron en tomar posesion de nuestros camarotes, en comer, en fumar, en trabar conversacion con los pasajeros, y, finalmente, en todos los preparativos de costumbre, para pasar lo más agradablemente posible las ocho horas de travesía entre las capitales de la Banda Oriental y de la República Argentina.

Unos, solo pensaron en dormir, algunos en organizar partidos de ajedrez, de tresillo ó de wisth, otros en gozar con todas las comodidades posibles los dones de Morfeo; y los más filármónicos, en instalarse en torno del piano del gran salon, en donde recuerdo que hacia las delicias de la concurrencia una ardiente trigueña, tocando con verdadera maestria composiciones de los más aventajados maestros.

Entrada ya la noche, noté que habia desaparecido de la tertulia musical mi

compañero de viaje. Fui en su busca, tardé en encontrarle y dí con él sobre cubierta, á popa, sentado negligentemente sobre un rollo de cables, cerca de la caña del timon.

Dirigíle algunas palabras y no me contestó.

Comprendí en seguida que Gattschalk se encontraba absorto en uno de esos momentos de melancolia y aislamiento tan frecuentes en su vida. Sentéme á su lado sin querer interrumpir ni un instante el curso de sus meditaciones.

La hora era solemne. La escena imponente por lo bella y grandiosa.

El vasto cielo asemejaba un terso cristal de un azul incomparable. El coloso de los rios americanos ofrecia á la vista un brillante lago de luz fosforescente, cuyas moléculas de fuego chocaban y se reproducian en miríadas de chispas, entre los círculos y arabescos de la estela trazada por el *América*.

El espectáculo era tal, que ninguna pluma es capaz de describirlo. Diríase que todos los ruidos del silencio, toda la quietud del movimiento, todos los fulgores de la oscuridad y todas las sombras de la luz, habíanse concentrado en aquellos momentos para rodear la espléndida nave que, como acuático fantasma, deslizábase entre las orillas de dos tierras regadas por la sangre de millares de héroes y enriquecidas por todos los progresos de la libertad.

La atmósfera que me rodeaba y el espectáculo que presentaba, acabaron por sumirme también en un océano de reflexiones, cuando vino á despertarme de su confusión la voz de mi amigo.

—¡Tambien ella! exclamó.

Miré á Gottschalk, y en aquel momento ví que separaba su lánguida mirada de las aguas del Rio de la Plata, para fijarla en mí.

—¿Ya has regresado de tu viaje? le pregunté con acento de reproche?

—Ya he vuelto, me contestó sonriendo.—Ya he vuelto de las Antillas.

—De las Antillas?

—Sí, amigo mio; de las Antillas. Allí tuvo á bien volar mi fantasia, pues tambien allí he visto demostrado que mi errante carrera solo está formada de recuerdos. En el libro de mi vida, todas sus hojas son recuerdos que pasaron. No hay una sola impresion profunda que sea del dia de hoy. Todas tienen escritas el dia de ayer. Hasta en las Antillas ha muerto la mujer que más he respetado y querido despues de mi madre.

—¿Con la misma pureza? me atreví á preguntarle.

—¡Con la misma pureza! me dijo dando á sus palabras un acento de solemnidad y de tristeza difíciles de comprender: Oye, y te convencerás de ello.

Gottschalk cambió de posicion, tendió una lánguida mirada en torno nuestro, como para asegurarse de que nadie nos oia, y me habló de esta manera.

—Durante los últimos meses de 185... encontrábame en Puerto Rico, en donde era objeto de todas las atenciones y aprecio de la sociedad elegante de la capital de aquella isla. Figuraba en el número de mis relaciones una joven y respetable señora, viuda hacia dos años y perteneciente á una de las más distinguidas familias del país. Tenia un hijo único, guardia

marina en los buques del Estado, que á la sazón peleaba por la pátria en climas muy remotos.

Dicen que yo tenia una portentosa semejanza con el jóven ausente; y esta coincidencia hizo que la pobre señora mitigara en algo el dolor de la separacion, profesándome un cariño maternal, que fué tomando mayor incremento con el trascurso de los días.

Una tarde, la acongojada señora recibió una carta procedente de la escuadra española en que peleaba el único ser que constituia su familia y su esperanza. Aquel papel contenia la noticia de que el jóven guardia marina habia sido destinado á tomar parte en una expedición de gran peligro en el archipiélago de Filipinas. La pobre madre abrió ávidamente la carta delante mí, y prorrumpió en amargo llanto, cual si fuera dictado por el más cruel de los presentimientos. Desde entonces, la acongojada señora cayó en un abatimiento, temerosa sin cesar por la suerte del hijo de sus entrañas.

Traté de consolarla, pero como esto llegó á ser imposible, acabé por no separarme de su lado más tiempo que el necesario para mis estudios y conciertos.

Mi compañía fué, por último, el único lenitivo al dolor de la triste señora; la cual mitigaba sus cuidados y alentaba sus esperanzas, contemplando mi asombroso parecido con el jóven marino.

En tal ansiedad y entre tantas angustias, transcurrieron algunas semanas, hasta que el hado cruel fué á clavar sus emponzoñados dardos en el corazón de la desgraciada madre.

Un sêgundo billete llevó al hogar de

guardia marina la noticia de que habia sucumbido en los combates contra los moros de Joló. El do orido corazon de aquella infeliz mujer que le habia dado el ser, no tuvo fuerzas para soportar tan irreparable golpe; y desde aquel dia, la desgraciada señora sumióse en una lenta agonía, cuyos sufrimientos la postraron para siempre en el lecho del dolor.

En los momentos de lucidez que le dejaba su febril delirio, continuaba siendo yo su pasajero consuelo: ninguna noche se pasaba sin que me suplicara le hiciese oír los trozos más melancolicos de mis composiciones.

El piano fué instalado junto á la cama de la enferma y en él trataba yo de arrancar las notas del mayor consuelo y dulzura que mi corazon podia inspirarme. No sé si llegué á lograrlo, pero puse todo mi esfuerzo para conseguirlo. Ni una noche pasaba sin que el divino arte de los sonidos adormeciera el alma transida de la inconsolable madre, la cual cerraba sus ojos mirándome, como deleitada con la vista de las facciones de su hijo, tan maravillosamente retratadas sobre mi rostro.

Las noches en que me debia al público, aquellas en que mis conciertos me llamaban al teatro ó á los salones, era imposible sosegar á la desgraciada enferma. En medio del más desgarrador delirio, evocaba el nombre del perdido hijo, y me llamaba sin cesar. Yo, por mi parte, despues de los aplausos de mi auditorio, volaba al lado de mi desgraciada amiga, para mitigar los dolores de su alma, repitiendo las obras que mayor ovacion acababan de conquistarme.

Pero vino un día en que los sufrimientos de la desgraciada señora tocaron á su fin; día en que los recursos de la ciencia médica fueron agotados, y en que mi pobre inspiracion debia adormecer para siempre los dolores de aquella desconsolada madre....»

Jamás se ha borrado de mi memoria la solitaria lágrima que ví correr por la mejilla de Gottschalk, al llegar á este punto de su relato.

¡Ah! cuán pronto debia él tambien acabar aquella existencia tan llena de hidalguía y de talento!

Recuerdo aun la voz entrecortada con que el gran artista me decia, hablando de los últimos instantes de su desgraciada amiga:

—Puedo jurarte que aquel día ha sido el más triste de mi existencia.

No podria seguir el relato de Gottschalk con sus propias palabras, llenas de incoherencia y de interrupciones. Todas ellas venian á decir lo que sigue, segun la impresion que las palabras del artista grabaron en mis facultades.

La habitacion de la moribunda estaba bañada por la tibia y dudosa luz que á través de una oscura pantalla arrojaba un quinqué colocado sobre el piano de Gottschalk. Este permanecia en pie junto al lecho de su amiga. La desgraciada madre, desfigurada por las huellas del dolor, tenia sus grandes ojos negros clavados en el rostro del pianista, como para evocar con toda la fuerza del último soplo vital, la imágen del hijo idolatrado, que sucumbió como bueno, en defensa de la patria.

Un facultativo permanecia grave y si-

lencioso á algunos pasos de distancia, mientras que una vieja esclava oraba de rodillas ante la imágen del crucificado en el Gólgota.

Nada ni nadie turbaba el silencioso recogimiento de los cuatro personajes que componian tan triste escena. El espíritu de la muerte cernia sus invisibles alas entre la atmósfera de aquel aposento, mientras que la sublime idea de la eternidad pesaba en la conciencia de cuantos en él se hallaban.

De pronto, abrióse la puerta de la mortuoria estancia, para dar paso á los ministros del Dios de los católicos. El imponente viático, ese último consuelo de los que nada les queda que esperar del mundo, fué administrado en medio del mayor recogimiento.

La pobre madre, al prepararse para la comunión, extendió sus descarnadas manos hácia el artista, y dirigiéndole una penetrante mirada balbuceó, haciendo un supremo esfuerzo:

—Gottschalk, hijo mio, tocad una de vuestras melodias, mientras yo me entrego á mi *última esperanza*.

No dijo más.

Todos los circunstantes se conmovieron y Gottschalk, bañadas sus mejillas en abundantes lágrimas, retiróse del lecho lenta y silenciosamente y sentóse al piano.

Concentra su gigantesco génio en el fondo de aquel gran corazón, dolorido por la escena de que forma parte y halla en él un tesoro de armonía, un poema musical que va traduciendo en inspiradas y sublimes frases, al recorrer la mano sobre el teclado de su instrumento favorito.

Pronto el raudal de melancolía meló-

dica que produce su ingenio va apoderándose de cuantos les rodean. La enferma recoge con el más sagrado recogimiento *su última esperanza*: cierra paulatinamente aquellos párpados que no abrirá jamás, y por último, exhala un débil suspiro de despedida al mundo de lo infinito, para volar á la region donde jamás suena la hora de la caducidad. Todos los que han presenciado el término de aquella existencia lacerada, quedan por largo rato abismados en las más tristes meditaciones y, mientras tanto, las célicas notas de Gottschalk van extinguiéndose con lentitud, para perderse en los ligeros y vaporosos sonos que concluyen, como el suspiro de un moribundo, la composicion nacida entre lo atmósfera de la muerte.

Diriase que Gottschalk quiso hacer de *La última esperanza* un trasunto del paso de un espíritu á la vida infinita.

Hay en sus compases algo de una inspiracion sobrenatural que no han llegado á comprender muchos de los que pretenden interpretarlos. Hay en sus notas una delicadeza tan espiritual, que para saberla apreciar en todo su valor no basta ser pianista; es necesaria una cultura exquisita ó la sutilidad y doble vista del genio.

Este es el genuino carácter de la obra que he tratado de historiar.

Este es el origen de una composicion musical de Gottschalk, cuya historia he oido de sus propios labios en horas de melancólica confidencia, y que más tarde publicó bajo el título de *La última esperanza*. Esta melodia ha sido siempre para su autor, un manantial incesante de tristes recuerdos y tiernas emociones. Por ella ha mostrado el príncipe de Gales una

predileccion especial; ha obtenido en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos un éxito indescriptible; y ha sido siempre una de las que más aplausos ha conquistado á su autor.

Montevideo, Diciembre 1867.





TIERRA NATAL (1)

Mi villa natal es Pineda; y no será vanidad decir que esta poblacion se encuentra en uno de los más pintorescos lugares de la costa de Cataluña.

En la administracion civil y militar de España, pertenece á la provincia y Capitanía General de Barcelona; en la judicial y electoral, al partido y distrito de Arenys de Mar; en la eclesiástica al obispado y diócesis de Gerona; y en la naval al Departamento marítimo de Cartagena. Al S. O. tiene como más inmediata la villa de Calella y al N. E. la de Malgrat. Ambas son más importantes que ella como poblacion y como tráfico; ninguna de las dos valen lo que mi pueblo nativo como paisaje risueño y topografía saludable y pintoresca.

Pineda, vista desde las aguas del Mediterráneo, parece una graciosa bandada de palomas reposando á la falda de una dilatada serie de colinas, sobre un campo

(1) Fragmento de un libro inédito.

de esmeraldas. Entre las alturas que cierran su horizonte descuella la de *Mont Palau* (Montaña del Palacio) en cuya cima aparecen todavía las ruinas del castillo feudal de los señores que en la edad media dominaron el país y que pertenece actualmente á uno de los muchísimos títulos de la casa de los Duques de Medinaceli. El anfiteatro de montañas que circuye la comarca en que nació, principia suavemente al N. de Pineda, á medio kilómetro de la playa, formando un cerro conocido con el nombre de *Mare de Deu de Gracia* (Virgen de la Gracia).

¡Cuán perennemente se graban en la imaginación de los niños los insignificantes detalles de las cosas y seres que les rodean en los días de la primera edad! *Aun hoy*, trás los dilatados años transcurridos sin haber visto la colina de la *Mare de Deu de Gracia*, paréceme contemplar la capilla construida en su cima y cuya descripción dejo para más adelante.

Desde aquel punto elévase la montaña muy sensiblemente, formando caprichosas bifurcaciones y encantadores vallecitos con las estribaciones ó ramales que de ella se desprenden.

Su forma general aproximase á una semi-circunferencia que, partiendo del punto indicado, toca apenas los últimos edificios de Pineda, prolóngase hasta la villa de Calella y termina al S. de esta, avanzando hasta el mismo mar en forma de promontorio, cuya extremidad se llame *Punta de la Torre*; sin duda porque sobra aquellas rocas combatidas constantemente por las olas, levántase un magnífico faro de construcción moderna, cuya bri-

llante y giratoria luz señala á los navegantes los peligros de la costa.

Entre esa semi-circunferencia de montañas y la línea que sirve de límite al Mediterráneo brilla la vegetacion de una llanura cultivada á porfia por los labradores de ambas villas vecinas: el área de aquella llanura no excede de unas cinco leguas cuadradas.

Cuando nací en aquella risueña comarca, la extraccion de sus frutos era difícil y los medios de comunicacion tardos y costosos. Hoy el país se halla atravesado por los rieles del ferro-carril que partiendo de la capital del Principado catalán termina en Gerona, y con el tiempo ha de unir la hermosa Valencia con la populosa capital de Francia (1). Los trenes se suceden con gran frecuencia y los productos de la agricultura, ganaderia, caza y pesca de mi país natal véndense á grandes distancias de la apacible Pineda. Desde que las locomotoras de vapor aparecieron en la llanura de la tierra querida de mi infancia, abriéndose paso subterráneo bajo los cimientos del espléndido faro de Callera, el bienestar de los habitantes de aquel país ha crecido portentosamente, merced á la seguridad y prontitud de las transacciones. Pineda ha crecido desde entonces en proporcion muy sensible; y á juzgar por la transformacion que se operaba en ella durante la última época de

(1) Al imprimirse este libro es ya un hecho lo que entonces era solo un proyecto. Los trenes cruzan de Paris á Valencia, pasando por los Pirineos, Gerona, mi villa natal, Barcelona, Tarragona y Tortosa.

mi permanencia en el país, es posible que hoy no conociera el pueblo donde vi por vez primera la luz del día.

Desde el corazón de América vislumbro con los ojos del amor patrio y entre los prismas simpáticos de los recuerdos infantiles, los menores accidentes de aquella tierra inolvidable.

Entre las nebulosidades de tantas y tantas emociones y entre las brumas de tantas millas de Océano y de tierra, puedo describir sin grande esfuerzo, planta por planta, piedra por piedra y cabaña por cabaña, todas las bellezas de mi comarca predilecta. ¡Oh poder de las indelebles huellas esculpidas en el espíritu por las primeras impresiones del corazón humano!

Es media noche.

La capital de la República Paraguaya está entregada al reposo y al silencio. El solo ruido que percibe mi tímpano es el acompasado *tic-tac* del péndulo que marca la velocidad del tiempo. A este compás fatídico que domina la tranquilidad de esta hora misteriosa de los recuerdos, mis ojos divisan aquel campanario cuyos broncees lanzaron el aviso de mi venida al mundo. Torre testigo de mis primeros juegos, á la que subí mil veces para arrebatarse á un gorrion ó á una golondrina el nido en que piaban hambrientos sus hijuelos. Quizá hoy siga colocada en aquella misma altura la campana que celebró mi nacimiento, que tañó tristemente por la muerte de mis mayores, que hice repicar cien veces con infantil regocijo en las fiestas solemnes de la aldea; y que quizá vibrará fúnebremente cuando mi cuerpo se vea abandonado por el espíritu que hoy le anima.

Veo, cual si la tuviera ante mis ojos, la iglesia en que me bautizaron. Aparecen á mi vista sus naves elevadas, sus paredes color de nieve, sus altares repletos de ídolos, de dorados, de colorines y de exvotos más ó menos sinceros y extravagantes. Distingo aquel púlpito donde en la mañana del día de San Juan, oí tantas veces el panegírico del personaje que la devoción del pueblo eligió para patrono ó abogado en el cielo de los católicos. Diviso el sitio en donde todos los domingos presenciaba la celebración de la misa, sentado junto á mi madre, casi sobre la tumba en que se guardan las cenizas de mis abuelos.

¡Cuán grande es el poder de los sentimientos de patria y de familia!

¿Qué sér desconocido era aquel que en los tiempos de mi primera infancia grababa con caracteres indelebles sobre mi memoria los hechos y las cosas que pasaban en torno mío? ¿Quién encerraba en lo más hondo de mi pecho el sentimiento de mis actos, para que despues de un cuarto de siglo, á través de un abismo ilimitado, en el centro de un mundo enteramente nuevo y salvando una distancia de tres mil leguas, ese mismo sentimiento hierva en mi corazón y termine por evaporarse en lágrimas?

¿Qué mano desconocida era aquella que en la iglesia de Pineda, frente al altar de la virgen de los Dolores, á dos pasos de la pila en que me bautizaron, sentado sobre la losa que oculta los restos de mis antepasados, clavaba mis pupilas sobre el rostro de mi querida madre, para que despues de tantos años todavía la contemple ahora de rodillas ante la misma vír-

gen y junto al mismo altar, orando como en aquellos momentos por la felicidad de sus hijos?

¡Ah! ¡Quizá esa pobre madre presentia entonces que veinte años más tarde los dos pedazos de sus entrañas se encontrarían lejos, muy lejos de su lado, sin poder cuidarla en sus vejez!

¡Tal vez una fuerza desconocida hacia divagar el espíritu de aquella triste madre sobre los feraces bosques de la América ó entre las vapores volcánicos de la Oceanía; donde viven hoy, entre dolores y peligros, lejos de la patria y del hogar común, los dos únicos frutos de su existencia!

¡Oh tú, madre del alma! tú que me alimentastes en el seno que laceré más tarde con el veneno del dolor; recibe como expiación de mis culpas esas horribles horas de los recuerdos, en que separado de todo cuanto amo, ignoro si existen los seres objeto de mi verdadero cariño. Hoy todo lo espío. Mis lágrimas son de sangre y tengo por indudable que Tántalo hubiera rehusado trocar su suplicio por el que hoy me martiriza. Su sed era de agua; la mía es sed de amor. Amo á mi madre que no sé si ha muerto; adoro á mi esposa que quizá no viva; quiero á mi hijo que tal vez no existe. ¡Horrible incertidumbre!

Sufro enormemente. Mi corazón late con violencia; el pecho parece querer estallar, y el choque violento de las emociones que producen los recuerdos de mi infancia y las que me causa la triste realidad de mi aislamiento en este suelo ingrato á mis afanes, me excita de tal modo, que me im-

pide seguir la ilacion ordenada de mis reflexiones y recuerdos....

Volvamos la vista y la memoria sobre la tierra natal.

En la cumbre de aquel cerro que he dicho llamarse de la *Mare de Deu de Gracia* y de donde arranca el anfiteatro montañoso que circunda la comarca de mi cuna, levántase una ermita ó capilla modesta y reducida. Sus paredes son casi invisibles á los ojos del devoto visitante, porque de arriba abajo y de derecha á izquierda, se hallan atestadas, y materialmente ocultas por prendas de vestir, figuritas y miembros de cera, retablos de mil accidentes milagrosos, y otra infinidad de objetos á cual más mugriento, empolvado y raro, puestos allí por manos de cristianos salvados de algun peligro en el momento de invocar la proteccion y guarda del ídolo que, grotescamente vestido y adornado, se venera sobre el altar de aquella capilla.

Aparecen allí en extraño consorcio los objetos más impensados y heterogéneos. Una cabeza de cera empolvada por los años, descansa entre los palos de las muletas de un ex-lisiado; al lado de la chaqueta de un marinero, asoma la grosera pintura de un exvoto que, destinado á producir horror por la desgracia que representa, lo causa por los colorines y disparates que en él campean; el ancla de un buque hállase suspendida del mismo punto en que penden los pañales de un recién-nacido; y así, por el mismo estilo, no acaban los ojos de contemplar consorcios los más chocantes y curiosos.

En su mayor parte, tal mosaico de preveria ó almoneda, procede de los mari-

neros del país, los cuales al regresar á la playa de sus hogares, tras los peligros de dilatadas navegaciones, se apresuran á depositar en la capilla de la *Mare de Deu de Gracia* un objeto cualquiera que testifique la invocacion de cada uno en la hora de mayor peligro. Aquel pequeño santuario es el primer punto que divisa el marinero de Pineda al regresar de sus viajes. Es el primer punto que hace saltar de gozo el corazón del padre, del esposo ó del hijo ausente. Vuelto á su hogar el navegante, contempla desde la puerta de la ermita aquel horizonte líquido, tras el cual ha luchado con la muerte pensando en el pedazo de tierra en donde tranquilamente evoca entonces el recuerdo de pasadas borrascas.

Durante mi infancia, he visto en aquella plazoleta formada ante la puerta del santuario, más de un marino de tez morena y piel endurecida por el viento de las tempestades, humedecer sus ojos, arrastrando involuntariamente mi vista sobre la inmensidad de los mares que algunos años más tarde debía tambien surcar con suerte tan variable.

Sucedíame algunas tardes pasar horas enteras contemplando aquel vasto horizonte en que no aparecia más variacion que las caprichosas nubecillas ó alguna graciosa y blanquísima vela. Aquella inmensidad de aire y agua que se extendia ante mi vista, decia á mi espíritu cosas desconocidas é incomprensibles que me conmovian hondamente, hasta estremecerme un presagio funesto de peligros sobre aquella inmensas superficies ó detrás de aquellos horizontes tan espléndidos y lejanos.

A veces la inmovilidad de aquel espejo

azul y la transparencia del cielo que lo cubría, daban márgen al deseo de cruzar aquella inmensidad cuya diminuta parte admiraba desde un cerro de mi país natal. En aquellas horas fué cuando principió á germinar en mí espíritu el anhelo de atravesar los mares y pisar regiones desconocidas. Entonces no sé qué vértigos me asaltaban, qué ideas de felicidad me desvanecían, qué imágenes agradables me arrebatában, qué ideas de libertad venían á surgir en mi cabeza y qué labios invisibles sentía que besaban levemente mi abrasada frente, hundiéndome todo ello en éxtasis indescriptibles que me agitaban espíritu y materia con extraños placeres y dolores; que á la vez ensanchaban y oprimían mi corazón y que, en una palabra, ofrecían á mi alma las emociones de una amalgama anómala de grandeza y pequeñez, de felicidad y de desgracia, de miedo y de valor.

Aquellas emociones eran todo el presagio de mi vida actual. Eran el presentimiento misterioso de mis peligros sobre los abismos del Atlántico; de mis nostalgias en América; de mis trabajos en la propaganda y en la soledad; de mi dicha poseyendo el ángel que hoy es compañero de mi vida; y de mi satisfacción al respirar lejos de los viejos tronos europeos, el aire embalsamado de las selvas americanas, donde crece y se perfecciona la libertad de las modernas democracias.

En aquellos momentos, el niño desaparecía y en mi cráneo infantil agitábase la mente de un gigante. La materia se borraba entonces. Todo mi sér era espíritu, por efecto de la revelación sublime de un porvenir de lucha y de afanes por la libertad.

Desde entonces se halla grabado en mi conciencia el convencimiento de una noble misión en la tierra, que todo hombre está obligado á realizar á través de grandes penas y de algunas etapas de felicidad.

Después de mis ratos de meditación en el cerro de la *Mare de Deu de Gracia* regresaba al pueblo, entrando en la casa paterna, donde los autores de mis días solían reprender mis ausencias prolongadas. Callábame casi siempre y otras veces balbuceaba alguna excusa, para ocultar mis excursiones y, sobre todo, mis pensamientos y deseos de viajes remotos.

Desde la expresada capilla y eminencia vése la aldea de Santa Susana, que se destaca al fondo de un pintoresco valle situado al norte del cerro. Aquel pueblecillo hállase compuesto, como Pineda, de sencillos labriegos y pescadores; y no lejos de la población, de la cual en remotos siglos trae su origen mi familia, existían dos caseríos llamados Cán Poch y otro la noria del *Santo Cristo*. En ambas he retozado mil veces cuando niño, durante los cotidianos paseos de mis padres, al declinar las tardes calurosas del estío.

De Santa Susana he dicho que era oriunda mi estirpe, y si fuese amante de los títulos aristocráticos y me enorgullicieran los méritos ajenos, transcribiría acá algunos títulos de nobleza que se hallan en el archivo de mi familia. Menciono de paso estas circunstancias, porque leyendo esos viejos pergaminos vine en conocimiento de que mis antepasados en los siglos de la Edad Media eran señores en franco alodio de vastas posesiones junto á la llamada Riera Al-Fatáh. Este arroyo

Al-Fatáh árabe, es la cañada casi siempre seca de Santa Susana, á cuya orilla levántase la modesta aldea del mismo nombre. En aquella comarca, constan documentadamente radicados mis antepasados desde el año 1224. ¡Seis siglos y medio!

A espaldas de Pineda y en la misma falda de los montes que la circuyen, aparece un vasto edificio llamado la *Rectoria*, pintorescamente situado en las vertientes de la colina y dominando el pueblo y toda su llanura. Esta mansion se halla habitada por el hombre que bajo el título de cura párroco ó rector de la iglesia de mi pueblo, vive de la credulidad de los fanáticos de la comarca. Es el director de la comedia católica en mi pueblo natal.

¡Cosa particular! He sido educado en los principios y prácticas papistas; mi familia los ha profesado y seguido siempre con convicción, y el país donde nací es tal vez uno de los más católicos; sin embargo, yo que todo lo recorría y frecuentaba en mi comarca y que no dejaba una sola piedra sin tocar, ni un pedazo de tierra donde imprimir el pié en aquellos lugares de mi infancia, jamás tuve idea de conocer la *Rectoria*; ni una vez tan sólo intenté pisar el dintel de aquel recinto de explotación y farsa religiosa. Diríase que una fuerza oculta inspiraba á mi naturaleza una repulsion invencible contra el hombre que vivía en aquel edificio y contra el edificio que guarecía á aquel hombre.

Si hoy tuviera algun dominio ó influencia sobre mi suelo natal, sería consecuente con la repugnancia sentida en mi niñez. Expulsaría sin tardanza de la *Rectoria*, al consignatario de los *ukases* romanos y

establecería en la morada del cura párroco, una casa de instrucción pública ó un asilo para enfermos y desvalidos.

Ascendiendo por la misma cuchilla en que está la *Rectoría* y continuando la dirección al S. O. por las vertientes del anfiteatro montañoso que ciñe aquella llanura en donde vine al mundo, se llega á unas sombrías quebradas entre las cuales brota un frío manantial de aguas ferruginosas. Conócese este delicioso y abrupto sitio por el nombre de *fuelle de San Pedro* á causa de su proximidad á un santuario erigido bajo aquella apostólica advocación, y cuyas paredes, medio carcomidas por la hiedra, asoman entre los copudos robles y alcornoques de un espesísimo bosque. Aquel lugar y otro denominado la *fuelle de San Jaime*, distante de él como media legua, fueron sitios de repetidos paseos vespertinos hechos casi diariamente en compañía de mis padres y hermano.

Para llegar á *San Jaime* desde *San Pedro*, debe descenderse algún tanto con dirección al llano, salvando sobre una frágil palanca la insignificante cañada que se llama *riera de Pineda*, seca en casi la totalidad de los meses del año. Siguiendo la *riera* con dirección al mar, llegase á la carretera que desde los límites internacionales que separan España y Francia, pasa por la inexpugnable Figueras y la inmortal Gerona, para terminar en la Capital del Principado.

Caminando por ella con rumbo al S. vense á la izquierda las azuladas olas del Mediterráneo y á la derecha las pintorescas colinas donde se hallan las fuentes reeridas.

Sobre el mismo lado, á la diestra del caminante y al pie de una pequeña loma cubierta por un dilatado bosque de pinos, existe tambien otro manantial fresquísimo y saludable llamado fuente de *Rafart* y que, á la par de los otros, fueron objeto de repetidas excursiones y meriendas en compañía de mi familia. Pasado este sitio y á muy pocos centenares de metros de distancia, elévase sobre el mismo borde de la carretera y á la izquierda mano, un vasto edificio que durante los primeros años del siglo actual fué pertenencia y morada de los religiosos de la orden de los capuchinos. En la comarca no tienen este grandioso caseron y la extensa huerta que lo rodea, otro nombre que el *Convento*. El edificio y sus tierras salieron de las manos egoistas de los frailes y, merced á las leyes desamortizadoras del benemérito Mendizabal, han pasado hoy á las de un acaudalado é inteligente propietario que las hace producir conforme á las leyes racionales de la ciencia económica.

El mismo *Convento* determina la linea divisoria entre el municipio de Pineda y el de Calella, á cuya villa se llega pocos pasos despues de pasado aquel límite.

Despues de Pineda, ha sido Calella la segunda poblacion en que he impreso mis plantas. Es más importante que mi villa natal y hállase construida sobre la misma playa, dentro de la llanura cerrada por la cadena de colinas que principiando en la *Mare de Deu de Gracia* concluye en el promontorio del faro que dejo mencionado.

Hay en Calella mucha más poblacion que en Pineda: ésta tiene más carácter de aldea y aquella lo tiene de verdadera

villa, por lo cual encierra una sociedad más parecida á la de las pequeñas ciudades de provincia. Es más rica, pues la mayor parte de sus habitantes son acomodados propietarios de tierras enclavadas en la demarcacion territorial de Pineda y hasta en los de Santa Susana y Malgrat. Las calles de Calella son más regulares y mejor urbanizadas que las de mi pueblo; y en todo es éste inferior á aquella villa, menos en la extension de sus límites municipales y en las bellezas de sus pintorescos alrededores.

Los pobladores de Calella están enavencidos con el hermoso faro que se ha edificado hace unos doce años á pocos metros de la villa. Esta mejora presta efectivamente algun atractivo más, á los escasos que antes tenían sus afueras, no solo por el paseo de naranjos que conduce hasta el edificio, sino por el agradable golpe de vista que en él se disfruta. En el faro existe un libro destinado á recoger las impresiones y las firmas de los visitantes. Recuerdo que una tarde de verano recorriendo con mi familia y unos amigos de Madrid, todas las dependencias del edificio, suscribí aquel álbum al lado de los nombres de mi padre y del notable jurisconsulto español, catedrático de derecho civil, diputado á cortes y grande y antiguo amigo de mi familia, don Augusto Comas. Mil veces he recordado desde entonces aquel detalle. Mil veces he tenido verdadera ansia por volver á visitar aquellos lugares y volver á trazar mi firma en aquel libro. ¡Cuántos dolores, cuántas luchas, entre una y otra firma.

Asuncion del Paraguay, septiembre 17 de 1870.



AMOR DEL CÁUCASO

Pocos fragmentos de la vida bohemia de Luis Morean Gottschalk ofrecen los detalles interesantes de sus amores con una ardiente hija del mar Cáspio.

Llamábase Dina. Hasta su nombre ofrecía algo de rareza, de sencillez y de simpatía. Dina no conoció jamás á sus padres ni parientes. Para no hacer cansador este relato, bastará decir que nació en las vertientes meridionales del Cáucaso, en aquellas apartadas y pintorescas comarcas que se extienden desde las orillas del Cáspio hasta las del mar Negro.

Allí, en los primeros años de su existencia, si no fué hecha esclava, llegó á poco menos, arrastrada de su choza por una turba de musulmanes, en una de las frecuentes escaramuzas que allá, por los años de 1840, se verificaban entre el oleaje continuo en que chocaban las poblaciones rusas y turcas.

Resultó que Dina, en los albores de la vida, fué á parar á poder de un negocian-

te de mujeres, establecido en Erzerum; el cual, al ver la rara hermosura de la niña, concibió halagüeñas esperanzas de lucro para el porvenir. Su poseedor la conservó cuidadosamente, para cederla más adelante á los principales proveedores de los *harems* del Oriente. Con el tiempo llegó á Erzerum un ente extravagante, de peregrina fantasía, que despues de recorrer las principales capitales asiáticas, concibió la idea de regresar á su pátria, levando consigo la mujer más hermosa que pudiera conseguir en todos sus viajes por el Asia.

Era el extranjero natural de Boston, y uno de los más acaudalados industriales de los Estados Unidos de América. Los corredores de mujeres de Erzerum le hicieron ver, entre otras, á Dina, cuando contaba ésta apenas catorce años: y el americano quedó tan vivamente impresionado con la belleza de la caucasiana, que juró no salir de Erzerum sin regresar con ella á su pátria, aun á costa de la mayor parte de su fortuna.

Explotaron los negociantes orientales la pasión y el capricho del americano, y mediante una gratificación verdaderamente asiática, Dina pasó á su poder.

El acaudalado industrial regresó á América con su preciosa adquisición; y una vez en Nueva York, compró terrenos en los alrededores de la gran ciudad y en ellos construyó una mansion y plantó extensos jardines, con todo el fausto y las maravillas que había admirado en Oriente. Allí instaló á Dina en medio de numerosa servidumbre de negros de ambos sexos, ataviados caprichosamente y destinados exclusivamente á dar á aquella vivienda to-

da la semejanza y fascinación de los palacios orientales.

Llamábase el potentado hijo de Boston, Luis, lo mismo que Gottschalk; coincidencia que favoreció en gran parte las aventuras del artista.

Durante la permanencia de éste en los Estados Unidos, por los años de 1855 y 1856, hizo conocimiento con el excéntrico poseedor de Dina, el cual, en el curso de su trato, lo obsequió llevándolo á la admirable posesion en que vivia la hermosa caucasiana. Con este motivo, vió Gottschalk á Dina y al contemplarla no es decible expresar lo que pasó por el alma del virtuoso.

Dina contaba entonces apenas 18 años; hallábase en toda la plenitud de su belleza y de su juventud; y segun la propia expresion de Gottschalk, eran tales sus encantos, que desvanecian las miradas de cuantos los contemplaban, haciendo imposible la calma necesaria para describirlos.

En suma, la entrevista entre el pianista y la seductora asiática fué de tales consecuencias, que decidieron del porvenir de aquella mujer y de la vida de su dueño.

Gottschalk regresó de Nueva York preso por la agitacion más violenta. A nada pudo dedicarse, en nada pensó, como no fuera en poseer á Dina á todo trance y á costa de todos los sacrificios. En tal volcan de emociones y deseos, deterrinó ver sin pérdida de más tiempo á la amada del comerciante. Cogio un caballo, y en él salvó vertiginosamente, una noche, la distancia que separaba la ciudad de la quinta.

No eran muchas las millas del camino,

pero al artista le parecieron interminables.

Por fin llegó á la dorada verja de la posesion. Ante ella detuvo su caballo, permaneciendo silencioso largo tiempo, sin percibir un solo ruido que interrumpiese la quietud de la noche. Al fondo y por entre el follage, veia destacarse sobre el azulado horizonte la elegante silueta del techo bajo el cual dormia Dina. El artista sentia abrasado por la fiebre; sus ojos despedian rayos que se esforzaban en talar los muros que ocultaban el lecho de la fascinadora caucasiana; y en su mente bullian mil proyectos á cual más descabellado, para atropellarlo todo y llegar hasta la presencia de Dina.

El azar vino en su auxilio.

Un negro guardian, que dormia junto á la cancela, despertóse al piafar del caballo de Gottschalk. Acercóse al porton restregándose los mal abiertos ojos y preguntó al artista:

—¿Qué quereis?

—Abre, respondió el *virtuoso*, y avisa á la señora que Mr. Luis viene á verla.

Franqueó el portero la entrada y se dirigió á las habitaciones para cumplir lo que Gottschalk le mandaba. Inmediatamente conoció éste que el negro, mal despierto aun ó tal vez beodo, le habia tomado por su amo, debido á la igualdad del nombre. No vaciló en aprovecharse de aquel error y de aquella coincidencia.

Sin volver el rostro, y tratando de adelantarse al criado, le dijo con decision:

—Anda, vete á tu puesto; no es necesario que avises.

El portero volvió gustoso á su rincon, y el *virtuoso*, agitado por una fiebre des-

conocida, llegó presurosamente al edificio, atravesó la galería que lo rodeaba á guisa al vestíbulo y se internó en las habitaciones, cuya disposición conocía desde la tarde de su visita: llegado al aposento de Dina, encontró la puerta cerrada.

Por la conducta del negro portero vino en conocimiento de que Dina no se hablaba con su señor y, por lo mismo, podía arriesgar una estratagema. Llamó con fuerza á la puerta y la caucasiana se apresuró á preguntar lo de costumbre:

—¿Quién llama?

—Luis, respondió el artista.

El engaño tuvo buen éxito, Dina abrió la puerta de su dormitorio y Gottschalk, rápido como una chispa eléctrica, penetró en la estancia y cerró tras de sí aquella deliciosa entrada á una felicidad tan ardientemente codiciada.

Lo que allí pasó lo he sabido por propia confesion del pianista, que, ébrio de gozo, repitió la misma entrevista durante algunas noches. Despues de la primera, fué inútil ya la estratagema. El oro de Gottschalk obtuvo la complicidad del negro cáncerbero, en las delicias de aquellos amores.

Dina y el *virtuoso* dieron alas á una pasión siempre creciente, hasta la noche en que, una imprevista fatalidad, quiso que el artista fuera sorprendido por todos los sirvientes de la quinta, los cuales, creidos de que trataban con un ladrón, cayeron tumultuosamente sobre Gottschalk con palos y rifles, de cuyos golpes y tiros pudo salir con vida merced á la precipitada fuga, protegido á tiempo por el negro portero.

Las relaciones entre la oriental y el

pianista fueron interrumpidas algunos días con motivo de aquel accidente; pero después de aquel intervalo, volviéronse á tentar los medios de reanudar las nocturnas entrevistas. Por fin, llegó la noche en que esto tuviera lugar. Gottschalk se dirigió á la quinta, penetró en la estancia de Dina, y á poco de estar en ella, fueron sorprendidos ella y él por unos golpes en la puerta de la habitación.

El lector puede imaginar lo que en aquel instante pasaria por el ánimo de los dos amantes.

Gottschalk sacó de su bolsillo su revólver y, con él en la diestra, fué decidido y silencioso á franquear la entrada al que llamaba. No vió en el dintel á quien creía. Eran cuatro negros, uno de los cuales le dijo respetuosamente:

—Mr. Luis nos ha mandado que os conduzcamos, vivo ó muerto, al salon grande donde os espera.

Gottschalk hizo una seña para que le acompañaran en seguida; y el mismo criado que le habia dirigido la palabra, ordenó á dos de los que estaban con él, que permaneciesen en el dintel de aquella puerta, sin permitir la entrada ni la salida de persona alguna, hasta nueva órden de Mr. Luis.

Inmediatamente, con otro negro, acompañó á Gottschalk al salon grande.

Al penetrar el artista en él, siempre con el revólver en la mano, vió á Mr. Luis de pié en medio de aquel recinto, y blanco el rostro como el de una estátua de mármol.

—Caballero, dijo al pianista, evitemos explicaciones. ¿Estais resuelto á defender vuestra vida para que no os asesine?

—Lo estoy, repuso Gottschalk.

—En este caso, echemos suertes sobre él primero que debe disparar contra el otro.

Así se hizo. Un papel negro y otro blanco, dentro de un sombrero; decidieron que Mr. Luis descargara primeramente su pistola sobre el pianista.

Salieron del salón, y al salir, dijo el dueño á uno de los negros:

—No os movais hasta que yo ó este caballero volvamos.

Encamináronse los dos rivales al extremo más apartado de los jardines, y una vez allí, colocado Mr. Luis á unos diez pasos al frente de Gottschalk, le interrogó con acento de despecho:

—¿Os parece bien la distancia?

—Me parece bien.

Casi al mismo tiempo vomitó un fogonazo el arma del comerciante.

Gottschalk continuó de pie ante su adversario.

—¿Puedo tirar? preguntó.

—Tirad!

El pianista hizo fuego y Mr. Luis cayó desplomado sobre el césped, sin pronunciar una sola palabra.

Permaneció el virtuoso buen rato inmóvil y pensativo, en el mismo sitio. De pronto echó á andar presurosamente; fué en busca del negro portero; dirigiéndose con él á la estancia de Dina; ayudaron ambos á ésta á guardar en una pequeña maleta sus objetos preferidos, y ante los ojos atónitos de los demás sirvientes de la casa, dejaron los tres la quinta, dirigiéndose á Nueva York, de donde á su vez partieron el día siguiente.

Las relaciones de Gottschalk con la caucásiana duraron algunos meses más; pero las exigencias de la vida artística de

aquel, le forzaron á separarse de ella, no sin establecerla antes en Philadelphia, facilitándola todos los recursos que su profesion de músico le permitia.

Despues de su última salida de los Estados-Unidos, Gottschalk dejó de recibir noticias de Dina, asegurándome el pianista que, apesar de todas sus gestiones para conseguirlo, jamás volvió á tener noticias de ella.

Rio Janeiro, 1871.



CARMEN

Gottschalk tenía una imperfección en el dedo del corazón de la mano derecha. Hablando de ello en un momento de confianza, recordando aventuras de celos y venganzas, díjome cierta noche, mostrándome á la vez el dedo imperfecto:

—¿Ves? esta irregularidad me libró en tu tierra de una puñalada.

Excusado es decir que pedí al *virtuoso* los detalles de la aventura. Me los dijo y yo, según los recuerdos, los trasladé al lector.

En noviembre de 1891 hacia en Madrid un frío inusitado y todas las noches tenía Gottschalk la costumbre, al salir del teatro, de ir al café Suizo á confortar el estómago con un ponche caliente.

Un día, al querer penetrar en el café, se interpuso entre la puerta y él una madrileña con más gracia en el cuerpo y en la cara, de la que era menester para que el pianista olvidase su ponche y se encandilase con las chispas que saltaban de aquellos ojos desconocidos.

Acercóse Gottschalk á la joven, y siguiéndola hasta lo más alto de la calle de Hortaleza, la vió penetrar en uno de los cafetines que, despues de media noche, rebosan en la corte de España con todos aquellos y aquellas que pueden dar razon de cuantos actos se han verificado durante el dia en contravencion de los bandos de buen gobierno y de los artículos del código penal.

Siguió el pianista trás de la desconocida por entre el laberinto de mesas del café y, viendo que se encaramaba á un tarimo en que habian otras dos muchachas, un pianista y un piano, instalóse en una de las mesas contiguas al tablado.

El recinto hallábase atestado de gente de *rompe y rasga*; y aun cuando la entrada de Gottschalk causó cierta impresion de sorpresa, pronto desapareció ésta viendole departir íntimamente con los individuos reunidos en la mesa á que fué á sentarse.

La intimidad no fué difícil de establar.

El artista inició su conversacion pidiéndoles permiso para convidarles á apurar media docena de botellás de zumo de la *misimísima* tierra de Maria *Santisima*.

Es inútil referir aquí la intimidad que enlazó *incontinenti* el señorito con los manolos del barrio.

La joven á quien Gottschalk habia seguido, era una *cantaora* de las más afamadas y *relegrasiosas* de aquella sociedad, la cual habia visto con gusto que el señorito la seguia; y le habia tenido doble al contemplar que contemporizaba con la *gente del bronce* que en el local habia. Llamábase Carmen, y pronto la concurrencia empezó á pedir que cantara unas seguidi-

llas. Púsose la *cantaora* de pié y empezó, acompañada en el piano, á echar por su boquita de rosas toda la *gracia de Dios*, convertida en los más *picarescos cantares* del pueblo español.

Gottschalk aprovechó la explosion de aplausos para alargar á la *cantaora*, por su propia mano, una copa de vino que más parecia un brillante topacio, que zumo de las viñas de Jerez. Aceptó Carmen la oferta con el *apresiado, prenda!* y ya quedó entablada la correspondencia entre la manola y el artista. Cantaron otras mujeres de menos *garbo*, y Gottschalk, como para echar el resto de la amistad y alianza con los *caballeros* del café, se levantó y ofrecióles hacer oír la jota, el jaleo, y las playeras y malagueñas más *sabrosas* que habian escuchado en la vida; despues de lo cual tomó asiento ante el piano, entre un *¡ole!* general, lanzado por docenas de manolos, chulos y chulas de todos colores y categorias.

Lo que entonces fué el piano en manos de Gottschalk, puede imaginarlo el lector sin necesidad de que la pluma lo describa. Los aires españoles más populares fueron poblando los ámbitos del cafetin, entre el entusiasmo, las palmadas y exclamaciones de los concurrentes. Si algo faltaba á Carmen para acabar de inclinar la balanza de su simpatia á favor del artista, su habilidad y brillantez en el piano sobraron para ello. Sobraron hasta tal punto, que al llegar la madrugada salieron juntos del café, dándose familiarmente el brazo, y arrullándose cual tortolos el *virtuoso* y la *cantaora*.

Desde aquella noche, el pianista y Carmen siguieron arrullándose sin interrup-

cion. La manola no pudo pronunciar jamás el apellido del artista, y le llamó familiarmente su *Inglis*.

Una noche al despedirse, le dijo por toda prevención estas palabras:

—*Inglis* mio, *dica* bien siempre á tu *vera* porque un *chavo* mas *desaborió* que un *viérnes* de *cuaresma* *sa metió* en la *chola endiñarte* la *coba* más *endina* que puedes *chanelar* (*)

Varias veces recibió Gottschalk este singular aviso sin hacerle caso, pero vista la insistencia, pidió á Carmen que le explicara el motivo. Entonces la manola le dijo que cuando se conocieron, hacia tiempo que la pretendia un estudiante muy grandote y antipático, el cual la advirtió que si no lo atendía, se vengaria de sus desdenes en la persona del artista.

Pocos dias despues de esta explicacion Gottchalk dió uno de sus magníficos conciertos; despues de lo cual, entre la turba de los admiradores que fueron á felicitarle, recibió un fuerte apregon de manos, tan brutal, que le hizo lanzar una exclamacion de dolor, sin que por el momento tuviese más consecuencias.

Momentos despues el dolor fué haciendose insufrible: el *virtuoso* pasó una noche entre los dolores más violentos, y por la mañana, al llamar á un médico, examinada la mano y oido el suceso de la noche anterior, declaró que al recibir el apregon del desconocido, este habia fracturado las tres falanges del dedo diestro

(*) Inglés mio; observa siempre á tu alrededor, porque un hombre más soso que un viérnes de cuaresme se ha metido en la cabeza jugarte la partida más mala que puedes pensar.

del corazón del artista. Gottschalk recordó inmediatamente la amenaza hecha por el estudiante á la *cantaora*, tratóse de averiguar la verdad del caso, y Carmen corroboró las sospechas del *virtuoso*, porque declaró que la misma noche del concierto, el desairado estudiante fué al café de la calle de Hortaleza á ver á la manola y la dijo que habia cumplido su promesa de vengarse del músico.

El pianista estuvo gravemente enfermo durante algunos dias, llevó el brazo en cabrestillo muchas semanas y si bien estuvo próximo á inutilizarse para el piano, pudo volver á él despues de medio año de curacion.

Madrid, Octubre de 1871.



RISAS Y LLANTOS

Durante la permanencia del incomparable artista americano Gottschalk en la isla de Puerto Rico, fué invitado por uno de sus amigos á una excursion campestre por el interior del antiguo Boriquén.

Con tal motivo, llegaron los expedicionarios á una pequeña y pintoresca poblacion cuya deliciosa perspectiva y selváticos alrededores quiso disfrutar el pianista. Detuviéronse algunos dias y pararon en casa de la más notable familia del lugar. El poco tiempo que Gottschalk permaneció entre ella fué bastante para que se enamorara de una preciosa trigueñita de quince años, y de que ésta se sintiera presa de una verdadera pasion por el artista. La estancia no podia prolongarse y los dos enamorados tuvieron que separarse, no sin que antes Gottschalk jurase á su amada que pronto volverian á verse.

Partió el pianista, acabóse la excursion campestre y tras ella regresó á la capital de la isla. Una vez allí decidió hacer un viaje por todas las principales poblaciones

de Puerto Rico, dando conciertos en todas partes y aprovechando el viaje para volver al pueblo en donde había dejado empeñada la palabra de regreso.

La expedición tuvo lugar y Gottschalk cumplió su promesa. En la primera oportunidad, voló al lado de la joven campesina que le había robado la paz de su corazón.

Es inútil decir que apenas estuvo instalado en casa de la familia de su amada, por algún tiempo, todos los habitantes del lugar, y muchos hacendados de la jurisdicción, le asediaron para que diese un concierto en obsequio suyo. Gottschalk accedió; pero existían dos grandes inconvenientes para que pudiesen satisfacerse los deseos de todos. En primer lugar no había piano alguno en la población; y además no existía más que un solo local apropiado para dar cabida á toda la gente que deseaba asistir al acto. Este local no estaba disponible, porque era precisamente la vasta sala de una especie de parador, posada ó figon, alquilado entonces á un forastero que había ido á restablecer su salud en el lugar y que sin embargo hallábase en trance de muerte aquellos días.

Gottschalk no podía demorar ya mucho más su permanencia al lado de su amada y era de ver el formar planes y propósitos los aficionados, para salirse con el suyo de no dejar partir al artista sin antes oírle en un concierto. Hicieronse toda suerte de diligencias y esfuerzos y por fin, descubrióse que en uno de los cafetales más próximos existía un piano casi antidiluviano por la respetable fecha de su construcción. Condújose al artista á examinar el instrumento; y amen de arreglar

todas las teclas y de afinarlo Gottschalk, con paciencia sobrehumana, declaró por último, que á falta de otro piano, podría servir aquel para hacer oír algunas de sus composiciones.

Ejecutó sobre la marcha dos ó tres de ellas y ya puede imaginar el lector el efecto que producirían sus notas en el *petit comité* que las oía y si se estimularían los deseos que había de que diera el suspirado concierto.

Ya se tenía piano; faltaba solamente local. La hora de la partida del artista se aproximaba y la ansiedad y los deseos crecían por momentos.

En este estado, el dueño del parador ó fonda referida, apasionado ardiente de la música, llegóse apresuradamente por la noche al aposento de Gottschalk en ocasión de hallarse éste en compañía de dos ó tres íntimos, tratando de la imposibilidad de dar el concierto y de la precisión en que se hallaba de dejar la localidad dentro de dos ó tres días.

—Todo se ha salvado, exclamó el fondista con aire de conquistador; al enterarse del asunto que se debatía. Ya tenemos local para la fiesta.

—Miráronle todos asombrados y el recién llegado continuó:

—El forastero que se halla en casa acaba de morir, y como hasta pasado mañana no podrán llevarlo á Ponce, propongo un inocente engaño para salir de apuros.

Pidiéronle los circunstantes más explicaciones y el travieso mesonero las dió poco más ó menos en esta forma:

—No hay donde meter por ahora el cuerpo del difunto; pero como en casa no

quedan otros huéspedes y los dos mozos que tengo son de confianza, y Vv. están interesados en el secreto, empezaremos á correr la voz de que para no tener el muerto en casa lo he enviado á Ponce en la madrugada de hoy mismo; y podremos utilizar el salon escondiendo el difunto debajo de un tablado en donde el señor (y en esto señaló á Gottschalk) puede colocar el piano que está en la hacienda y tocar en él todo lo que quiera. Así nadie sospechará el engaño y saldremos del paso dándonos el gusto que todos deseamos.

Acogieronse las palabras del posadero con aplausos y risotadas; celebróse la travesura de su magin y quedó resuelto y aprobado el plan mesoneresco de Barbosa, que así se llamaba el ventero; el cual por su ingenio, bien pudiera declararse digno émulo de los más traviesos venteros ideados por Cervantes.

Corrióse aquella misma noche la voz de la muerte del forastero y su conduccion á Ponce y por añadidura, que en la noche siguiente tendria lugar el concierto en la gran sala del figon ó paradero.

Un amigo fué en busca del respetable piano y cundió la voz del concierto; en tanto que el posadero y sus dos mozos armaban sobre el cadáver del huésped un tablado, en que colocar el instrumento y el taburete del virtuoso. Gottschalk y los tres ó cuatro amigos que estaban en el secreto presenciaban el acto, sentados junto á una mesa y menudeando sendos tragos de cerveza y licores, entre las ocurrencias y risotadas de la escena jocosa que tenia lugar.

Por la tarde llegó el piano; instalóse en

el tablado, Gottschalk se posesionó de él y, sobre el difunto, empezó á afinar lo mejor que pudo, las cuerdas de aquel Matusalem de los instrumentos.

A las siete de la noche, todos los habitantes del lugar y sus alrededores habian invadido el salon, atestado desde la entrada hasta las mismas maderas del tablado.

Gottschalk subió á éste con maliciosa y socarrera sonrisa dibujada en sus facciones. Echó una ojeada á la concurrencia y estuvo tentado de decir al auditorio la broma que se le jugaba, para castigarle su avidez de oírle. Vió todos los *notables* del lugar en los puestos más cercanos y hasta á su amada, con su familia, en primera fila, junto á los mismos maderos que ocultaban al muerto.

El *virtuoso* estaba aquella noche de buen humor. Empezó su concierto ejecutando composiciones joviales. Principió con unas brillantes variaciones sobre la jota aragonesa, tocó con la mayor gracia el popular *Malboroug s'en va t'en guerre*, luego aires locales y danzas á cual más caprichosas; pero de pronto sus dedos fueron maquinalmente á otras inspiraciones. El pianista bajó varias veces la vista á sus pies, los aires risueños de sus composiciones fueron trocándose paulatinamente en tristes melodias; más adelante el rostro de los circunstantes fué cambiándose totalmente de expresion. La jovialidad desapareció por completo y los sombríos tintes de la tristeza campearon en todos los semblantes.

Gottschalk arrancaba del piano melodias que más bien parecian salmodias para difuntos, que piezas de concierto, cuando

de repente, un gran estrépito, un estampido como de un cañonazo resonó en todos ámbitos. El piano acababa de hundirse, el pianista habia desaparecido bajo su mole, el pánico reinó en la sala, la confusión más espantosa se apoderó de todos y uno de los concurrentes tratando de socorrer al artista entre los pedazos del tablado y del peso del piano, saltó por encima de todos, llegó al sitio de la catástrofe, cogió la pierna del cuerpo humano que le vino á los dedos y lanzando un grito espantoso exclamó.

—Está muerto!

Acaba de sacar fuera al cadaver del forastero.

No fué preciso más.

Las exclamaciones de dolor cundieron por doquiera y algunos concurrentes se llevaron mientras tanto á la novia de Gottschalk, que al oír el anuncio de su muerte, habiase desmayado.

Desembarazado, sin deterioro personal, el *virtuoso* de la balumba de maderas, taburete é instrumento que se le vino encima, apareció risueño, produciendo en la concurrencia mayor asombro y espanto si cabe que los causados con la aparición del cadáver.

Sería excusado pintar lo que allí pasó entonces. Mediaron las explicaciones de rigor, revelóse el subterfugio empleado para oír al célebre artista y se tuvo á gran dicha que éste saliera ileso del percance.

Vuelto á su morada, halló á la novia enferma de gravedad, pero la vista de Gottschalk la restableció por completo tras pocos dias de lecho.

Varias veces he preguntado al *virtuoso* por la composición que improvisó sobre

el difunto, en su original concierto; y aunque en algunas ocasiones trató de recordarla al piano, me declaró siempre que no la habia escrito, que se le borró completamente de la memoria y que lo sentia sinceramente, porque tenia compases de verdadera inspiracion. Añadióme que merecian éstos figurar en una composicion elegiaca de gran sentimiento, y que debió su concepcion á la idea repentina que le asaltó, del dolor que esperaba á la madre ó á los hijos de aquel hombre desconocido, sobre cuyos despojos estaba él tocando alegremente la *Jota*, el *Cocoyé* y el *Carnaval de Venecia*.

Paris. Enero 1873.



EL TRES DE BASTOS

Y conste que no invento. Pinto y copio.

Lo que sigue lo he visto con mis propios ojos, que se han de comer la tierra. Ha sido realidad visible y palpable, y como tal bien merece que se escriba á guisa de reflejo de costumbres de esta bienaventurada edad del vapor, el gas, la electricidad y tantas y tantas maravillas y perfecciones.

De modo, lector carísimo, que si algo hay de mérito en estas líneas, no corresponde más que á la fidelidad de traslación de los hechos al papel, cuyos hechos, con todos sus puntos y comas, pelos y señales, sombras y claridades, son como siguen.

A cosa de las seis de la tarde de un día aciago, que, como dijo no sé qué poeta

Acuérdome muy bien que mártes era,

se representaba en cierta casa de mi relación, una de esas escenas que tan frecuentemente se repiten en este siglo *ad celibatorum gloria et maritorum rabia*, lo

cual,—en caso de que fuera latin verdaderamente,—significaria en romance: para satisfaccion de célibes y desesperacion de casados!

Don Crispulo Cornucopia,—de algun modo he de llamarlo,—personage muy conocido entre los suyos, repantigado en su cara poltrona de mullida y-acolchada lana, dormia como un liron junto á la chimenea de su aposento, despues de haber sufrido, por espacio de dos horas, un ataque de tos, que si no fuera porque el lector juzgaria que alardeo de pedanteria y erudicion,—cosas que suelen ir juntas en la mayoria de los casos,—designaria con un término griego ó cosa parecida.

En uno de los extremos de la misma sala hallábase su joven consorte, que, cansada de trabajar con manos y lengua á un mismo tiempo, habiase puesto á hacerlo solamente con la última; es decir, que no viendo ya lo bastante para coser ó bordar, dada la escasa luz del crepúsculo que se venia á pasos redoblados, habia retirado la labor y dádose á charlar *sotto voce* en dulce amor y compañía con un apuesto doncel que junto á ella permanecia sentado con ademanes de la más lata confianza. Los ronquidos del prójimo de la butaca hacian que de cuando en cuando se suspendieran los cuchicheos de la pareja despierta, mientras que el resplandor desprendido por la lumbre de la chimenea, daba á aquel extraño cuadro unos tintes y sombras mefistofélicas, digna de los sombríos pinceles de Rembrand ó de Salvador Rosa.

Antes de pasar adelante es bueno que el lector se imponga de algunos antecedentes, por si pueden servirle para au-

mento de interés en las presentes líneas. Pero, suponiéndole de buenas entendederas y descartando lo que tal vez tachara de supérfluo ó difuso, basta que se le den á conocer los dos antecedentes capitales, á saber:

Primero.

Don Crispulo, hombre que habia permanecido fiel al *solterismo*. sin previo juramento ni compromiso alguno durante la friolera de medio siglo y un piquillo considerable de mensualidades y que conservaba onzas peluconas en ley y cantidad recomendables, cometió la calaverada de alistarse en las banderas de Himeneo, con perdon sea dicho de cuantos reniegan de las retumbancias mitológicas entre la prosa de la vida.

Segundo.

La hija de Eva contra la cual don Crispulo enderezó los dardos de su amorosa aljaba, acababa de cumplir diez y ocho abriles, y apesar de sus negros y rasgados ojos, de su mirar de fuego, de su dulce sonrisa y de su esbelto talle, no titubeó un instante en constituir, con todas las formas y requisitos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, una sociedad conyugal *quoad thorax et habitacionem*, con una verdadera reliquia humana del género masculino.

Paréceme que con todos datos y elementos de induccion y deduccion, el lector ha de saber ya lo bastante para representarse lo que sucedió en aquella sala y en aquella tarde á que me voy refiriendo en los párrafos presentes. Queda dicho al principio que nada invento y que solo copio del natural. Conste, pues, que las de-

ducciones á que se presta el argumento, no son culpa mia.

Es conveniente hacer constar otro dato, además de los referidos.

El doncel era sobrino de don Crispulo por linea recta y legítima de varon, lo cual equivale á decir que constituia en aquella casa uno de esos objetos domésticos tan perjudicial á todos los maridos viejos, como lo es el *primo* para todos los jóvenes que han llegado á la categoria de maridos ó que todavia han de llegar.

Hacia cinco dias que Juanito, (mal nombre para sobrino, y hasta para *primo*) habia llegado á la ciudad llamado por su tio —¡desgraciado!— á fin de acompañarlo algun tiempo y de conocer á su nueva tia. Y de primer sopeton, apenas recibió la primera descarga eléctrica de los ojazos de ésta, suprimió *in pectore* y para uso personal é interno, el parentesco con don Crispulo, disponiéndose á salpicar con polvos de traicion el manjar de la hospitalidad que se le ofreció.

Ignoro si con todo esto se estremecieron en sus respectivos cenotafios los huesos de los antepasados de aquel sobrino, como ignoro si á su vez aquellos respetables difuntos habian provocado el estremecimiento de los restos tambien respectivos de sus otros antepasados y por causas de la misma estofa. Pero todo ello es posible, y aunque no lo fuera, lo verdadero del caso es que con estremecimientos póstumos ó sin ellos, á las cuarenta y ocho horas de haberse instalado en la casa del tio, el sobrino disparó á quema-ropa su primera manifestacion íntima á la tia.

La tarde en cuestion era ya la tercera en que el galan estrechaba el sitio de la fortaleza y preparaba el ataque decisivo; pero por entonces falló el refran de que á la tercera va la vencida, porque sin duda algun genio protector velaba sobre la pobre cabeza de don Crispulo Cornucopia.

Cansado ya de poner paralelas el sitiador y temeroso sin duda de que el dormido se cansara de estarlo, levantóse con ánimo de ultimar la partida, diciendo á la jóven:

—Con que... quedamos *en eso*, querida tia! Hasta la noche!

—Adios! contestó ella. No seas calaverilla!

Y el *calaverilla* fué dicho con tal dejo, é inspiró tales ideas al jóven, que retrocediendo un paso y arrodillándose á los pies de la tia, tomóla la mano con ademan de besarla, cuando se oyó de improviso un solemnísimo bostezo y una voz cascada y balbuciente que salia del sillón, diciendo:

—Carolina, ven hija mia, límpiame la baba!

Un chillido ahogado y una maldicion tambien ahogada, respondieron á duo y por lo bajo á la voz de don Crispulo, que era quien habia interrumpido el idilio del sobrino y de la tia.

Levantóse ésta tratando de ocultar en la penumbra del aposento la figura de Juanito, mientras éste fuese deslizándose detrás de una cortina para ganar la puerta de la sala; pero casi al mismo instante y mientras concluia la evolucion de su escapatoria, lanzó un agudo grito de dolor que hizo volver rápidamente la cabeza á la recien casada, acabando de despertar al tio.

—Juanito, ¿qué te sucede? exclamó don Crispulo.

Y el sobrino apareciendo debajo de la cortina que ocultaba la puerta, exclamó con aparente tranquilidad.

—Nada, querido tío, no es nada. Al venir ahora para saber como sigue usted de su gota, he cerrado con fuerza la puerta y acabo de cortarme el dedo con el borde del pestillo.

Y era cierto lo de la cortadura. En lo demás ya sabe el lector á qué atenerse.

—Pronto, Carolina, pronto! Cura el dedo á Juanito, exclamó solícito y alarmado, don Crispulo. Un poco de árnica, buen vendaje, y Santas Páscuas!

Pero el caso que la herida fué mayor de lo que se creyó en un principio, pues con el aturdimiento de la escapatoria, el sobrino se habia literalmente tronchado el dedo índice entre el marco y la cerradura. Carolina hizo la primera cura; puso unos paños al herido y para resguardar el casi aplastado dedo, lo envolvió á manera de aparato ortopédico con un naípe que sacó de la baraja de don Crispulo para sus sempiternos solitarios y que se hallaba sobre la repisa de la chimenea. La carta era un *tres de bastos*, que el pobre viejo estuvo torciendo cuidadosamente á guisa de canuto, mientras que la esposa lavaba con árnica el dedo de Juanito y le acomodaba las correspondientes hilas.

Hecha la cura, se despidió el herido. Sirvieron la cena á los dos esposos y á la hora de costumbre retiróse Catalina á su dormitorio para acostarse, quedando don Crispulo al cuidado de un sirviente en la sala y al amor de la lumbre, pues los in-

tensos dolores de la gota y demás alifafes se le habian agravado de tal suerte, que no era posible trasladarlo de su enorme sillón á la cama.

Así pasaba las noches aquel desgraciado mortal, desde los pocos dias siguientes á su boda; y así se disponia á pasarla en la ocasion á que hago referencia. Por una fatalidad no pudo aquella noche conciliar el sueño martirizado por crueles dolores, cuando á poco más de media noche, le sorprendió un ruido inusitado en el contiguo dormitorio de su esposa y el eco de un estallido, sobre cuya naturaleza y significado no podian haber dudas de ningún género.

—Maldicion! gritó con voz indescriptible. ¡Carolina no está sola! Pablo, Pablo! rugió enseguida dirigiéndose al criado que velaba á su lado, corre, le dijo, entra en ese dormitorio y tráeme vivo ó muerto á cualquiera que encuentres con mi señora.

Apenas el sirviente hubo penetrado en el aposento designado por don Crispulo, salió de él Carolina en ropage muy de confianza, tratando de calmar á su marido y asegurándole que no habia motivo para dar voces en aquellas horas de la noche. Casi al mismo tiempo volvió á la sala Pablo, acercándose á su amo y diciéndole:

—Señor, he forcejado todo lo posible un individuo que logré sujetar por una mano, pero ha logrado escabullirse por la ventana que da al jardín dejando entre mis dedos este envoltorio.

Lo cogió con avidez don Crispulo, lo deshizo y de dentro salió una cartulina; á cuya vista desvaneciése el anciano lanzando un grito de rabia.

Acababa de reconocer el *tres de bastos* manchado en sangre de su sobrino.

El desenlace de aquella escena fué que merced á los auxilios prodigados á tiempo el pobre gotoso no se quedó con el ataque. Volvió en sí y sosegado algún tanto, pudieron por fin trasladarlo al lecho desde donde mil veces maldijo su casamiento exclamando con apagada voz, de rato en rato, aquel estribillo de aquel sainete antiguo:

Si esto es al cabo del mes
¿Qué será al cabo de tres?

El pobre don Crispulo tenia razon, pero ¿de quién la culpa?

Lo cierto es que Juanito logró escapar del peligro sin más perjuicio que la pérdida del *tres de bastos*, Carolina despues de vuelto en sí su marido, volvió á su dormitorio, en el cual es posible que descansara tranquilamente.

En cuanto al dia siguiente y á los demás que le sucedieron, no es muy arriesgado suponer que la tia y el sobrino continuarian el argumento que ha motivado este relato, haciendo verdad aquella opinion popular que cantan los coros de una popular zarzuela:

Sotero; no te cases
con niña hermosa;
que es broma para viejos,
muy peligrosa!

Paris, Enero 1873.



CANTO DE HUERFANOS

Durante la permanencia del gran pianista Luis Moreau Gottschalk en la isla de Jamaica y en una de las excursiones para ver y estudiar la ciudad de Kingston, penetró en un templo protestante, el cual se hallaba atestado de concurrentes oyendo la plática evangélica, de un pastor metodista. Trataba el ministro de desarrollar algunos textos del Evangelio sobre la caridad, con objeto de mover á los fieles á la beneficencia, auxiliando las familias de unos infelices naufragos, perdidos en aquellos dias entre las borrascas del mar de las Antillas.

Las viudas y los inocentes y numerosos huérfanos de todos sexos y edades, de los pobres marineros desaparecidos en las profundidades del Océano, hallábanse allí, ante los ojos de los concurrentes agrupados en el primer banco, á poco trecho del pastor exortante.

Apelaba este á todos los recursos de su elocuencia para conmover al auditorio, inclinándole á que todos depositaran su

óbolo, espléndido ó modesto, para aliviar el desamparo de tantos infelices.

Gottschalk oyó conmovido las palabras del ministro y le inspiraron el propósito de contribuir á la obra que aquel se proponía. Divisó en uno de los ángulos del templo un órgano al cual se fué acercando disimuladamente como si tratara de cometer un delito.

Llegado al instrumento, levantó en silencio la tapa, sentóse delante de él, imprimió movimiento al fuelle y dió principio á una melodía impregnada de sabor religioso y dolorido, como los quejidos de un moribundo. La suavidad de la composición era tal, que no impedía á las fieles oír la voz evangélica del pastor, pero poco á poco, éste, dominado por la inspiración cada vez más arrobadora de Gottschalk, puso fin á sus palabras fascinado como todos los circunstantes, por las deliciosas armonías escapadas del órgano.

Nadie pudo evitar la seducción más completa por el raudal melódico de una pieza sublime, en que parecían oírse las preces de centenares de ángeles en un coro apasionado y dulce como el primer amor de una virgen.

Poco á poco el tema fué perdiéndose en notas divinas, indescriptibles, que pusieron fin á aquella música improvisada y fascinadora.

Entonces Gottschalk, cogiendo en la diestra el sombrero, depositó en él algunas monedas, recorrió todos los bancos del templo, recibiendo de todos los circunstantes sendos donativos y, apenas llegado á la puerta de salida, vació el sombrero en la falda de una respetable anciana y desapareció.

La cosecha de monedas fué pingüe y al virtuoso le cupo la satisfacción de haberla producido con la extrañeza de su aparición y la originalidad de su genio.

A esta composición llamó Gottschalk *Canto de huérfanos*, pero no lo escribió jamás, ni figura entre sus obras. Una de las veces que se la oí ejecutar en el seno de la confianza, en la habitación núm. 11 del *Hotel Americano* de Montevideo, me dijo solamente:

—Tengo gran predilección por esta pieza y pienso hacer de ella un gran canto elegíaco. Por ahora no está notada sinó en mi memoria y solamente he escrito algunos compases del tema principal, en una de las hojas del álbum de la señorita de Acevedo.

Es todo cuanto sé de esta composición, cuya belleza la hace una de las más inspiradas y dignas de la fama del gran pianista.

Madrid, Octubre de 1873.



RECUERDOS DE ANDALUCÍA

Los que han visto la edición hecha en París del capricho para concierto que el inolvidable pianista americano Luis Moreau Gottschalk publicó con el título que encabeza estas líneas, habrán leído, talvez sin fijarse en ella, una nota puesta por el editor en la portada y que traducida á la letra dice así: «El cuadro de esta pieza fué improvisado en el concierto que dió el autor en el *Teatro del Circo* de Madrid el 16 de diciembre de 1851 y despues fué ejecutado, tal como ahora existe, en la velada de gala que dió S. A. R. el duque de Montpensier en su palacio de San Telmo, en Sevilla, el 25 de agosto 1862.»

Esta nota confirma mis datos acerca del origen de esta composición, una de las de más éxito entre todas las del célebre compositor. Este origen, por más que sea sencillo, no deja de ser interesante y tal como lo conozco lo incluyo en estas páginas.

Gottschalk, durante su primera estancia en Sevilla, había visitado con gran con-

fianza la familia de un cónsul extranjero establecido en aquella capital. Hacíase música en casa del cónsul algunas noches de la semana y de vez en cuando realizaba la familia alegres excursiones campestres con los amigos de mayor confianza. Mientras el *virtuoso* permaneció en las márgenes del Guadalquivir, no dejó de formar parte de las deliciosas veladas del cónsul ni de sus pintorescas giras de campo.

Frecuentaba la casa una sevillana de quien Gottschalk no tardó en enamorarse y que sin negarse á sus pretensiones, jamás contestó afirmativamente á ellas. Tenia por costumbre, cuando el pianista la asediaba con sus protestas amorosas y cuando ya se veia estrechada hasta el último extremo en que debía desengañar ó alentar al *virtuoso*, tararear entre dientes un canto que era siempre, invariablemente el mismo, y alejarse dellado de Gottschalk lanzándole una seductora mirada de alientò. El pianista ni comprendia tal conducta, ni podia darse razon de ella.

Un dia fué invitado por el cónsul á una de las excursiones habituales á los alrededores de Sevilla y tuvo el placer de encontrar, formando parte de la comitiva, á su bella incomprendible. Siguió, como era natural, sitiando de amor á la sevillana; pero sin adelantar por entonces mas que las otras veces. Pasó la comitiva las pintorescas casas de Santiponce llegando á las imponentes y abandonadas ruinas de la célebre ciudad que inspiraron en el siglo XVII á Francisco de Rioja la célebre cancion que empieza con la inolvidable estancia:

Estos Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa:
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué: por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla y lastimosa
 Reliquia es solamente
 De su invencible gente.
 Solo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo,
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales:
 Del gimnasio y las termas regaladas,
 Leves vuelan cenizas desdichadas:
 Las torres que desprecio al aire fueron
 A su gran pesadumbre se rindieron.

.....

Llegada la expedición al sitio de aquellas imponentes ruinas, desparramáronse los visitantes por entre sus accidentes, admirando los campos sembrados de preciosos mosaicos, enormes masas de arcos y columnas, cortados por el vasto circo minado por sombrías é intrincadas galerías. Excusado es decir que el pianista no dedicó las horas de la gira sino á asediarse con más vehemencia que nunca á su amada, con esperanza de que acogiera sus pretensiones.

Sentados ambos en una de las hendidas gradas del monumento romano, creíase Gottschalk próximo al colmo de sus deseos, cuando la sevillana empezó á tararear por lo bajo las notas que eran la desesperación de Gottschalk. Disponíase la jóven á separarse de su lado, cuando de pronto aquel, sujetándola por el vestido la dijo en la mayor agitación:

—No: hoy no me dejará usted en la penosa incertidumbre de siempre. Hoy no estamos delante de ojos importunos, ni al alcance de oídos que nos pongan en peli-

gro: gozamos la libertad del campo; y antes de que me abandone de la manera extraña de otras veces, exijo, siquiera en obsequio á la pasión que me inspira, que me diga el significado de esa tenaz cantinela con que V. pone término á todas mis conversaciones.

Sonrióse con expresiva tristeza la joven, lanzó al virtuoso una penetrante mirada como para infundirle confianza en el porvenir, y por toda explicacion de lo que le pedia, entonó con voz vibrante y conmovida este cantar:

Corazon que sufre y calla
No se encuentra donde quiera;
No hay corazon como el mio,
Que sufra y calle las penas.

No bien acabó la copla con las mismas notas que Gottschalk habia oido tararear tantas veces, levántose con rapidez, y dirigiéndose donde estaba el resto de la comitiva, dejó solo á Gottschalk, entregado á sus meditaciones.

Quedó este pensativo, tratando de hallar en las palabras de la copla alguna frase de esperanza ó que explicara la conducta incomprendible de su amada. Perdido en conjeturas, incorporóse á sus demás compañeros de excursion y regresó á Sevilla, sin que en los dias siguientes pudiera avanzar un paso más en sus pretensiones amorosas.

Más tarde llegó á Madrid y durante su permanencia en la Corte, no dejaba de vez en cuando de entristecerse con la memoria de su inolvidable andaluza.

Llegó la noche del 16 de diciembre de 1851 en que Gottschalk dió unos espléndidos conciertos en el escenario del tea-

tro de la Plaza del Rey. Hallábase el virtuoso ejecutando las composiciones del programa, cuando de pronto, en uno de los palcos de platea más inmediatos al escenario, vió aparecer radiante de hermosura á la bella sevillana que sobre las ruinas de la patria de Trajano le cantó que *no habia corazon como el suyo*.

Gottschalk fué en aquel momento presa de una de las fuertes emociones de su vida. Todo su ser parecia conmoverse y vacilar, sus dedos paralizáronse un instante sobre el piano; balbucearon como perdidos algunos acordes llenos de disonancia y atrevimiento; y de pronto, rompiendo el ritmo y el tono de la pieza que ejecutaba, hizo oír un brillante tema en que dominaba escondido entre mil arabescos y portento de cánones é imitaciones aquella cantinela que le habia desesperado tantas veces en Sevilla, salida de los labios de su misteriosa andaluza.

La composicion fué derecha al alma de aquella, que la recibió con una deliciosa sonrisa y expresando con miradas de fuego cuánto agradecía á Gottschalk el recuerdo de los dias que pasaron juntos á orillas del Guadalquivir.

Aquella composicion improvisada, fué más tarde objeto de una forma artística más completa y severa, recibiendo el título de *Recuerdos de Andalucía*.

En los dias siguientes al concierto, el pianista volvió á ver y hablar á la bella sevillana, la cual, segun afirmaciones del propio artista, jamás correspondió á sus pretensiones, porque su corazon era presa de las penas causadas por otro amor secreto, y que por causas insuperables no podia satisfacer sus aspiraciones. Por es-

to la andaluza, constante en su cariño y fuerte en los dolores del alma, se contentaba con tararear á su amigo la copla popular sevillana:

Corazon que sufre y calla
No se encuentra donde quiera:
No hay corazon como el mio,
Que sufra y calle las penas.

. .

Sevilla, abril de 1877.



INOCENTES!

Para nosotros el día llamado de los inocentes es un misterio.

Mejor dicho: se nos figura que es una burla con que la humanidad se escarnece á sí misma.

No comprendemos que los hombres hayan escogido el día 28 de diciembre para reírse de los incáutos que caen en los engaños y bromazos de sus burladores. Y no lo comprendemos, porque en los días de nuestra vida venimos presenciando que media humanidad es víctima durante todo el año, de las inocentadas que le juega la otra media.

Siempre, pues, se nos ha figurado que nuestra sociedad ha elegido el día 28 de diciembre para dedicarlo á reírse de cuantas inocentadas ha cometido durante el año.

De ahí deducimos que el día de los inocentes no es más que un símbolo.

El símbolo del estado normal y permanente de la humanidad.

Una inocentada perpetua.

Y, sin embargo, véase lo que son las cosas. Llamar inocente á un hombre ó á una mujer en los 364 días que no sean el 28 de diciembre, es imputacion que si no se toma por ofensa, se juzga poco menos que como un disfavor, y casi siempre como una libertad de mal género.

Llamárselo cuatro días antes de acabar el año, es una gracia, un chiste, una ocurrencia de buen tono.

Rarezas de la sociedad.

No se tiene por inocente el que día tras día frecuente inútilmente las antecámaras de los diputados y ministros en demanda de una credencial.

No se juzga inocente quien fia en las promesas de la coqueta, que alimenta sus esperanzas al par de las de una docena de pretendientes.

Tampoco se cree inocente quien á trueque de ver en letras de molde sus embudidos literarios ó sus disparates políticos y económicos, enflaquece deplorablemente su hacienda para prolongar, con cataplasmas de billetes de banco, la vida de periódicos sin lectores.

Ni se reputan inocentes esa nube de maridos que creen á puño cerrado en la fidelidad de sus emperifolladas esposas, siempre acompañadas de obsequiosos *primos* ó de galante *cavaliere servente*.

No llamamos inocentes durante todo el año á tales gentes, ni á cuantos día tras día, y mes tras mes, dan su dinero, su corazón, su influencia ó su apoyo á los bribones... y bribonas, que explotan su candidez y buena fé con la máscara de todas las farsas sociales, de todas las fórmulas de la urbanidad y de los gestos de la hipocresía.

Todos ellos, inocentes de cada día, inocentes de cada hora, inocentes de cada instante, no quieren confesar que lo sean sino cuando en el breve período del 28 de diciembre, un amigo les arranca un puñado de reales para que pague un almuerzo ó le abrasa el paladar con la pimienta de un pastel que parecía dulce.

¡Este es el mundo estrambótico en que vivimos!

Y aun se dan casos de que aquellos que durante doce meses se burlan de la inocencia de las víctimas que explotan ó ridiculizan, preparan ocasiones y coincidencias en que, tres días después de la Navidad aparezcan burlados por alguna *inocentada* de aquellos que son sus víctimas inocentes de todo un año.

Y entre este oleaje incesante de inocentadas, llegamos cada 365 días al final de un año de nuestra existencia, como para enseñarnos que, después de todo, la vida no es otra cosa que una verdadera inocentada.

Hasta ahora ningún sábio ha probado de una manera irrefutable que el hecho de vivir en nuestro planeta no sea la inocentada más supina.

Nadie ha demostrado tampoco hasta la fecha, la verdad de que sean inocentes incurables quienes alientan apego, calor ó ilusión por las cosas de la tierra.

Pero no porque no esten probadas estas cosas, no hemos de seguir pensando los excépticos de mayor ó menor cuantía, que la vida sea tal vez la más inútil y ridícula de todas las inocentadas del año.

Pasar 52 semanas consecutivas, una tras otra, atadas todas ellas á la misma rutina, como los antiguos galeotes lo es-

taban á la barra de grillos que les cargaban los cuadrilleros de Santa Hermandad; pasar esas 52 semanas del año empleándonos sempiternamente en comer, beber, dormir, reir y llorar; gastar doce meses consecutivos estudiando para llegar á saber que nada sabemos; trabajando para poseer, amando para ser amados, odiando para satisfacer pasiones despreciables, hacer bien para llenar una necesidad enaltecedora; edificar para destruir, destruir para volver á edificar, satisfacer, en fin, todas las necesidades, luchar ó someternos á todas las pasiones, dar rienda suelta á todos los vicios, agujonear todas las esperanzas, ver perdidas todas las ilusiones, vivir un día para ver lucir otro día, afanarse un mes para alcanzar otro mes, y luego acabar un año y tras aquel año otro, y otro, y despues concluir la vida, todo esto tiene apariencia de una inocentada sin límites, que no se sabe de dónde viene ni á dónde va.

Por esto entendemos que el mundo podría llamarse la festividad perenne de los Santos Inocentes.

Todos los pueblos más ó menos cristianos solemnizan su infinita inocencia por medio del día 28 de Diciembre.

Su inocencia es tan innata, tan inveterada, tan fatal, que la humanidad no sabe ni puede librarse de ella, ni aun á pesar de sus propósitos.

En efecto: pasa el día clásico; llega el día último del año; empieza el mes de Enero; todos nos disponemos á lo mismo.

Quien no lo dice en voz alta, se lo promete en el foro interno de sus planes: *Año nuevo, vida nueva!*

Y ni es nuevo el *año nuevo*, ni la *vida nueva* es nueva.

El mundo persiste en las mismas inocentadas de siempre.

Continúan iguales errores é idénticas faltas.

La guerra sigue á la guerra.

La ambicion sigue á la ambicion.

Los vicios continúan los vicios.

El mundo nuevo es digno satélite del mundo viejo.

La sociedad de hoy sufre los males que minaban á la sociedad de ayer.

Los hombres y... (permítase que lo digamos) y las mujeres de este año, están infiltrados con el mismo virus que los corroía el año anterior.

¿Se quiere más grande inocentada?

Nosotros no la conocemos mayor.

Hasta la moda lo ha reconocido así al legar á la sociedad del año 1880, el aguilardo del 1879.

Esta soberana, la más despótica de todas las soberanas, ha querido dejar un testimonio de la inocentada constante en que vivimos; y para ello ha impuesto al bello sexo el color de la inocencia.

Paris, Madrid, Viena, todos los grandes centros de la elegancia, se han convertido en verdaderos prados de margaritas.

El testamento del año 1879 ha sido el color blanco.

La Moda ha querido que la sociedad se vista con él, para recordar que la sociedad es una inocentada sempiterna.

Desde ahora, donde no hay blanco no hay buen tono, no hay distincion, no hay elegancia, en una palabra: no hay *chic*.

Los paseos, los teatros y los salones se

han vuelto hervideros con oleajes de blancura.

Si la mujer es la inocencia, lo cual no está siempre comprobado, y el hombre es la malicia, lo cual no es todavía un axioma, la moda ha querido que las palomas se distinguan de los gavilanes, no sólo por el sexo, sino también por la librea.

Los palacios, los espectáculos, los clubs y los centros del *high life* se han inundado de blancura. La moda ha entronizado en ellos el color más brillante, el más simpático y el más caro.

Allí no domina más color que el blanco: blancas las alfombras, las tapicerías, las flores, los encajes, los prendidos; todo blanco.

Nadie luce sombreros que no sean un modelo de blancura; blancos los vestidos y las plumas y los guantes; son blancos los abanicos y las pieles y hasta los arneses y las libreas á la *dernière*, son completamente blancos.

Diríase que la moda se ha complacido en nevarlo todo, menos el severo frac.

Ya no existe elegancia sin blancura.

La mujer que aspire á ser tenida como modelo en que se miren las otras, no puede brillar ante sus admiradores sino ofreciéndose á los ojos de todos ellos como un ampo de nieve.

Tal es el último decreto que ha dictado el despotismo absoluto de la Moda.

Es la inocentada más deliciosa de nuestra sociedad.

Es el legado más significativo del año 1879.

Nos dice que, la inocencia no es cosa exclusiva del día 28 de Diciembre.

El bello sexo, uniformado con el color

de los inocentes, nos dice á todas horas
que la vida es una inocentada que sólo se
interrumpe una vez.

En el Cementerio.

Habana, Diciembre 23 de 1879.



UNA ASCENSION AL CORCOVADO

Era el año 1869.

Hallábame en la capital de la República Argentina, cuando á principios de diciembre, recibí la siguiente carta, de letra desconocida y con un garabato al pie, semejante al que usaba el malogrado Luis M. Gottschalk para firmar:

«Rio, 27 de noviembre de 1869:

«No me he equivocado y se realizan todos mis presentimientos. Quisiera verte y decirte mucho de mis cosas.

«Tal vez no puedas venir. Seria una verdadera contrariedad, porque me hallo en «el *prestissimo del mio finale*.—G.»

Aquella misma tarde, un oficial de la marina brasilera, embarcado en el acorazado *Alagoas*, amigo mio y del pianista, vino á decirme que su familia acababa de escribirle que Gottschalk se hallaba enfermo de muerte.

No podia trasladar al papel la impresion que recibí. Mi posicion entonces no

permitía alejarme ni un día de Buenos Aires; era para mí un compromiso de honor no abandonar un solo momento la cruzada que sostenía contra los jesuitas mi periódico *El Progreso*; pero no vacilé ni un instante. Pasé por encima de todas las consideraciones, y aquella misma tarde partí para Rio de Janeiro á bordo del transporte de guerra *Presidente*, que venía del Paraguay con rumbo al Brasil. Llegué á la capital del Imperio á las diez de la mañana del 18 de diciembre; abandoné el buque y el puerto; y apenas asomé por la *Rua Dereita*, supe la fatal noticia. Gottschalk había muerto durante la madrugada anterior.

Jamás había estado en el Brasil; no conocía un sér viviente en Rio de Janeiro y por lo mismo me fué difícil orientarme en medio de la confusión y la pena que me dominaban. Quería ir á la morada de mi amigo, pensé volar á la casa de aquella Clelia tan fatal á su existencia, todo quería hacerlo á la vez, y nada hacía. Por fin reflexioné. El negro que llevaba mi maleta me contemplaba con extrañeza; le ví parado á mi lado y le pregunté dónde estaba el hotel más cercano. Me condujo á uno que se encontraba á pocos pasos, llamado *Hotel de Francia*, en una espaciosa plaza cuyo nombre no recuerdo, pero que creo era el *Largo do Paço* (Plaza de Palacio), por encontrarse en ella el de los emperadores de la dinastía de Braganza.

En el hotel descansé un instante, tomé noticias de algunas gentes sobre el suceso del día y formé mi plan de conducta. Ante todo se trataba de ver por última vez á Gottschalk. Dijéronme que al enfermarse

lo habian llevado á Tijuca, y sin perder más tiempo tomé el camino de aquel pintoresco *plateau*; llegué á la casa mortuoria y ví en ella las queridas facciones del artista. ¡Pobre Gottschalk! ¡Cuánta inteligencia, cuánto genio, cuánta grandeza de corazón inertes para siempre, reducidos á unos restos mudos é insensibles! ¡Tan privilegiado espíritu tornado en miserable pedazó de materia inmunda!

No tuve valor para seguir al lado del cadáver. Junto á él bullian y se daban importancia personas á quienes no conocia y en cuyas maneras descubria el afán de hacerse los grandes amigos del virtuoso, ellos, que tal vez no le dieron dos veces la mano durante su vida. Admiréme de tan gran número de amistades *postumas* y el dolor que me aquejaba me aconsejó retirarme sin que se me ocurriera el darme á conocer por el amigo íntimo á quien Gottschalk llamara en los últimos dias de su vida. Fermin, el *grand Fermin*, secretario, ayuda de cámara, comodín y *factotum* del pianista, estaba allí revuelto en aquel torbellino de amigos improvisados. Apenas me vió vino á hablarme y de sus labios oí multitud de datos que confirmaron lo que yo ya sabia de las causas de la muerte de Gottschalk. Todos vinieron á justificar las predicciones de los médicos de Buenos Aires. Pregunté á Fermin las señas de la morada de Clelia; me dijo que vivia en la Plaza d'*Aclamação*, y despues de acercarme al cadáver y de contemplarle dolorosamente por última vez durante algunos minutos, salí de la casa, dejé Tijuca, bajé á Rio Janeiro y dirigí mis pasos á la casa de Clelia.

Allí encontré la sombra deaquella por-

tentosa belleza. Clelia no era la misma mujer. En todo su estado hallábanse impresas las huellas de un profundo dolor. Apenas me vió, lanzóme una expresión eléctrica, una frase salida, al parecer, de una garganta metálica y estridente:

Il s'est tué! me dijo.

No quise contestar aquellas palabras que parecían un descargo de conciencia. Yo sabía bien que ella, solamente ella, había muerto al *virtuoso*; pero no era entonces la hora de las recriminaciones: sentéme en una butaca y permanecí mudo, contemplando aquella criatura tendida desesperadamente en un canapé, Nada interrumpía ni mis meditaciones, ni sus sollozos.

Era más de la una de la madrugada cuando se incorporó; y fijando en mí sus inmensas pupilas, brillando en el dilatado círculo negruzco que invadía sus pómulos, me pidió que le hiciera el último favor antes de que abandonara la América. La contesté que estaba pronto, y entonces, levantándose y abriendo un armario de palo-santo, empezó á sacar algunas ropas, diciéndome:

—Aquí está mi amazona; pronto ¡Luis! pronto! un caballo, manda traer un caballo, quiero ver por última vez á nuestro Moreau; pero desde lejos, desde las nubes. El *Corcovado* está lejos y es necesario no perder tiempo. La última vez que he salido con Moreau me llevó al *Corcovado*. Desde allí quiero ver por vez postrera su hermoso cuerpo; acompáñame; es el último favor que podrás hacerme; acompáñame!

Había en las palabras de aquella fatal mujer algo tan imperioso y de un pesar

tan interesante y tan sincero y tan irresistible, que me levanté dispuesto á secundar sus planes.

La dije que se vistiera y sali en busca de dos caballos. Fómese el lector idea de mis apuros en busca de dos caballos á la una de la madrugada en una ciudad inmensa, desconocida por completo, puesto que me hallaba en ella por primera vez. Desisto de describir las dificultades con que luché y la fatiga que debí vencer. Por fin obtuve los caballos. Al llegar con ellos á la plaza *d' Actunigo*, ya Clelia esperaba impaciente en el dintel de su casa. Parecia la estátua del dolor, tallada en contornos de la más exquisita elegancia; aun aquel cuerpo fatal para un gran genio conservaba todo el atractivo de unas curvas fascinadoras, reveladas por el corte ajustado, severo y sencillo de un traje de amazona. Monto de un salto á caballo y juntos emprendimos silenciosos la expedición. Al salir de la ciudad y apenas en las primeras pendientes de la meseta de Tijuca, ví que algunas lágrimas brillaban como perlas en las mejillas de Clelia. Nada dije, y seguimos la ascension sin cruzar ni una sola palabra; ambos estábamos bajo la influencia de un gran dolor, y ante una de las magnificencias más imponentes de la naturaleza.

Andábamos por un camino que serpenteaba caprichosamente sobre un fondo negro, formado por la espesura de los árboles de la colosal montaña. En aquella oscuridad, brillaban sembrados en una extension dilatada las luces de algunos faroles fijos de trecho en trecho á los bordes del camino; y, entre ellos, las ventanas de las innumerables y pintorescas

quintas mal escondidas en los recodos y vericuetos del titánico promontorio. Asemejaban aquellas luces las emanaciones fosforescentes de un cementerio sin límites y, á veces, los ojos imponente de miles de fieras apostadas entre áquel laberinto de árboles, picos, sendas y masas informes, conjunto pavoroso, que en aquellas horas, con aquella compañía y en tan dolorosas circunstancias, preñaban el cerebro de fatídicas ideas y el corazón de punzantes palpitaciones.

Sobre nuestras cabezas erguía soberbia, irregular, casi insultante, la cima del *Corcovado*, besando con su negruzca corona de peñascos el disco de la esplendente luna, torciendo el cuerpo de su gigantesco promontorio sobre la dormida ciudad americana, cual si fuera un Korigán inmenso, velando el sueño de la más humilde aldea de Bretaña. Pasamos Tijuca, pasamos docenas de mesetas más, sino tan extensas, tan pintorescas y más caprichosas: parecía que con la ascension la atmósfera que respirábamos era más etérea; nuestros pulmones respiraban con mayor amplitud; la mente parecía sutilizarse; creía la imaginacion que se acercaba á otra luz más pura y más vibrante á la vista. El camino fué estrechándose; Clelia tuvo que cederme el paso; su caballo seguía al mio y, poco á poco las rocas del camino rozaban más frecuentemente nuestros cuerpos; el borde de precipicios espantosos desmoronábase bajo las herraduras de los caballos; las ramas de enormes arbustos, arraigados en los flancos del Titán, azotaban nuestros rostros y espantaban las cabalgaduras con punzantes arañazos. Era el espectáculo imponente y lle-

vaba el espíritu á replegar sobre sí sus alas, sobrecogido por aquella grandiosidad inconmensurable.

De pronto, un color negro cubrió cuanto se ofrecia á nuestra vista. Los reflejos de la luna desaparecieron, los caballos relincharon y, sin el tiempo necesario para preverlo ni pensarlo, nos vimos envueltos por una bruma que empapaba en humedad todas nuestras ropas. El fenómeno era maravilloso. No llovía, y todo á nuestro alrededor estaba mojado, nuestros caballos cubiertos de agua y todo nuestro cuerpo como en un baño. Nos hallábamos dentro de una nube. En tal situacion parecióme que la montaña abria su seno, haciendo explosion todas sus entrañas y cavernas: fué un estrépito horrible que se oía y se tocaba; que no puedo describir y que no puedo comparar con ninguna de las detonaciones que he sentido en toda mi existencia. Dos ó tres veces nos vimos envueltos en una luz desgarradora, blanca, punzante como una espada; luz que más que herir las desancajadas pupilas, parecia lacerar las carnes. En tanto, las estridencias ensordecedoras de la electricidad parecian rodar por entre precipicios inmensos; hubiera jurado que arrancado de los pies de mi caballo, caía todo aquel estrépito como avalancha destructora sobre todas las ciudades del globo, las reducía á arena, despeñábase sobre todos los mares del mundo, combatía con sus olas, y sacudia en una vibracion sin límites, todos los ámbitos del universo.

No transcurrieron muchos minutos sin que nos halláramos fuera de aquella atmósfera de agua, de fuego y de oscuridad; no sé si la nube nos dejó ó si nuestros ca-

ballos, espoleados por el terror, nos sacaron de la nube. Fué lo cierto que la tempestad quedó á nuestras espaldas, y media hora despues la admiramos á nuestros piés desde uno de los ángulos salientes del camino.

Al expirar la noche, estábamos en una especie de parador, taberna y casa de guarda, y allí nos apeámos para dar algun descanso á los caballos. Yo tomé algo para confortar mi cuerpo, que se sentia débil. No habia comido desde el almuerzo del dia anterior, á bordo del *Presidente*. Clelia no quiso probar bocado.

La meseta en que nos encontrábamos era larga, estrecha, y una de las más pintorescas de la moutaña. Desde ella á la cumbre del *Corcovado* hay que subir á pié por un camino empinado y peligroso, cuyo trayecto calculo en poco más de media legua.

Quedaron los caballos á cargo del guarda y, con Clelia del brazo, acometí la última parte de la ascencion.

Colorábase el horizonte con las primeras luces de la alborada. Iban tomando color de esperanza y desenmarañándose de la confusion, las oscuras masas de árboles que nos rodeaban; enrojeciase por momentos la tierra que pisabamos, y los cubiertos peñaescos que rasgaban la verde vestidura del *Corcovado* iban blanqueando su faz y dibujando sus caprichosas vetas.

Terminada la ascencion, penetramos en la meseta de la elevada cumbre, formada por el cono truncado de una soberbia roca, en toda una superficie de cincuenta metros cuadrados proxicamente.

¡Espléndido espectáculo!

Es fama entre los navegantes, que nada hay tan grandioso á la vista humana como Rio de Janeiro, Sidney y el Bósforo. No he visto de los tres sinó el primero pero dudo que el Bósforo y Sidney ofrezcan sobre el fondo imponente de sus colosales bellezas un gigante de granito desde cuyos hombros pueda admirarse la naturaleza más lujuriente y aspirar el aroma embriagador de inmensos bosques de ceibas, palmas y bananeros; en donde ver ondular las aguas del anchuroso puerto sembradas de islas y de escuadras; contemplar el bullicio de la metrópoli brasileira rodeada de populosos arrabales y de pintorescos caserios cual enjambre de cortesanos; admirar el *Pan de Azúcar* y cien moles graníticas cual él, sembradas en el océano á manera de celosos atalayas del puerto, apostados por la naturaleza entre el choque de las alas, en las propias fauces de la grandiosa Bahía; dominar las cordilleras de toda una provincia, y ver arquearse á sus pies la serpentina raya con que el Atlántico espata la baba de su impotencia contra la valla altísima del continente; y á lo lejos, en los más apartados horizontes, perder la vista sobre la cerúlea curva que corta la espléndida cortina de nubes y arreboles. Cortina mágica á través de la cual llegan las memorias de la patria europea y en cuyo fondo retrata el cariño los rostros de cuantos séres acariciaron nuestra infancia, guiaron nuestra adolescencia y encendieron de amor nuestros corazones.

¡Espectáculo grandioso y fascinador!

Quién no ha visto alumbrarse los ámbitos del mundo desde la cresta del *Corcovado*, no conoce la mayor de las gran-

dezas de la tierra. A nuestros piés el abismo atrayéndonos con un iman irresistible; nuestros oídos heridos por el mugido eterno del acuático coloso; ante los ojos las gasas tórnasoladas é inconmensurables del vacío; en derredor, todos los efluvios y emanaciones de una vegetación que todo lo infiltra de lujuria y molicie: el mundo todo de las altas esferas, sutilizando y embelleciendo en un conjunto ábrumador de lo inmensamente grande, los sorprendentes conciertos de lo infinitamente pequeño.

Clelia y yo permanecemos fascinados durante un tiempo que no puedo determinar.

Desde que el sol rasgó las últimas gasas de la alborada, nuestro silencio era interrumpido tan solo por alguna que otra aclamación de sorpresa ó de entusiasmo. No articulamos ni una palabra; transcurrieron horas de profunda meditación, hasta que de pronto Clelia señaló con el dedo un hormigueo de gentes apenas perceptible que desde la últimas calles de Rio fué extendiéndose por la anchurosa y dilatada calzada que desde el *Largo da Lapa* se prolonga por los bordes de la bahía, hasta la cristalina curva de *Botafogo*. De vez en cuando llegaban á nuestros oídos los ecos de una marcha fúnebre que tocaba una orquesta á la cabeza de un cortejo numeroso. Era aquello la comitiva mortuoria del malogrado Gottschalk.

La orquosta, el carro fúnebre, la muchedumbre, y un séquito inmenso de coches fueron recorriendo todo el camino por delante de *Larangeiras* por entre las quintas de *Catete* hasta la iglesia, que elevada su techo casi á nuestros piés

no lejos de las inmensas avenidas de palmeras del *Jardin Botanico*. Clelia dió rienda suelta á sus lágrimas hasta que el cortejo fué desapareciendo de nuestra vista. Entonces cambiamos una mirada que era todo un diálogo de acusaciones y de disculpas.

Volvimos á tender nuestras miradas por todas las grandezas de aquella naturaleza que nos rodeaba, y, siempre silenciosos, nos retiramos de la cúspide del *Corcovado* y principiamos su descenso. Una vez en la casa del guarda, volvimos á montar en nuestros caballos, y, siguiendo la senda de la ciudad, llegamos á ésta al declinar aquella tarde.

Una vez en su casa, Clelia me hizo saber su resolucion de abandonar la América, asegurándome que aprovecharia la marcha del vapor *Gironde*, anunciada para el dia siguiente, yéndose en él á Europa. Despedíme de ella y veinticuatro horas despues me embarqué en el *Picardie*, que salió para el Rio de La Plata.

De Montevideo, me condujo el vapor *Villa del Salto* á Buenos Aires, á donde llegue en la madrugada del dia de Navidad.



EXTASIS

En 1855, estando Luis Moreau Gottschalk en Nueva Orleans, su patria, verificó una ascension en globo, de cuyo hecho dió cuenta á un amigo de la Isla de Cuba (1), y con tal motivo le escribió estas líneas: «Yo pienso volver á subir, pero esta vez llevaré conmigo un pequeño

(1) Esta carta fué dirigida á D. José Angelet de la Habana hoy ya difunto, y la publiqué íntegra en las páginas 95 y siguientes de mi libro *Gottschalk*. En ella relata el grande artista su primera ascension en globo con estas frases:— «He experimentado lo que ninguna pluma podría describir; lo que ninguna imaginacion podría concebir. Me he sentido dominado por una exaltacion tal, cuando á 3700 pies he visto desarrollarse, por decirlo así, el universo debajo de mi barquilla, cuando he podido abarcar la tierra y toda la bóveda celeste de una sola ojeada, cuando en fin, el Océano, el golfo, apartaban más los límites de mi horizonte, me he sentido presa de una exaltacion tal, que llegué á temer un instante el ex'ravio de mi razon. No tuve el sentimiento del peligro, sino en tanto que algun lazo me sugetaba á esta tierra: pero apenas fueron cortados los últimos cables, cuando me he visto surcar francamente los espacios, me parecia sutilizarme; yo no era sino la quinta esencia de mi mismo...»

harmonium portatil y me entregaré á alguna improvisacion en las regiones etéreas.»

Así aconteció.

Gottschalk volvió más tarde á elevarse en globo, en compañía de Godard, el intrépido aereonauta. Esta vez llevó su pequeño *harmonium* y se entregó á los impulsos de su inspiracion. El fruto de tal viaje fué su preciosa composicion publicada con el titulo de *Extasis*.

En 1868 me explicaba una vez, durante una excursion que hicimos á Chascomús en las cercanias de Buenos Aires, las impresiones que recibió en la navecilla del aereostático y que dieron origen á la obra citada.

En un principio, me decia, parece que una mano agita la barquilla por el fondo; nótese una suave sacudida y, cas inmediatamente, quédase aquella en la más absoluta inmovilidad. Acaece entonces un fenómeno de ilusion óptica sorprendente y que desconcierta las cabezas más bien organizadas. La tierra, que antes tocaba el fondo de la barquilla, va descendiendo como si huyera de nosotros y parecenos mantenernos en la más absoluta inmovilidad. Al mismo tiempo, los objetos que veiamos como más lejanos en todo nuestro alrededor, van acercándose, ensanchando el círculo del horizonte sensible; y detras de ellos van descubriéndose incesantemente otros nuevos, como si fuesen surgiendo del vacio, formando encantados horizontes nuevos, que van sucediéndose unos tras otros.

Más tarde, en las varias excursiones que he realizado en globo en Paris y Londres, he visto exactamente confirmadas estas

impresiones que había oído de boca de Gottschaik.

Refiriéndose luego al origen de su *Ex-tasis*, agregó á su relato estas palabras: —Cuando ya la tierra ha ido retirándose lejos, muy lejos á unas profundidades asombrosas y despues que los horizontes se han ido sucediendo, siempre nuevos, siempre sorprendentes, entonces nótase que la cabeza pierde su densidad, diríase que se volatiliza, los oídos perciben ruidos y vibraciones ledas y delicadas que jamás habíamos oído, y los ojos aguzan su poder perceptor hasta el punto de ver las ondulaciones de los rayos luminosos; los órganos respiratorios absorben el oxígeno en más cantidad y con menor trabajo: todo se hace más sutil, más ténue y vaporoso, y hasta el alma parece ponerse en contacto con un mundo espiritual que revolotea en torno del aereonauta. En tal situación, fijé mi vista en la atmósfera nacarada que me rodeaba, parecíame que los cambiantes de luz se iban torciendo en espirales tornasoladas, en cuyas curvas dibujábanse y se evaporaban incesantemente con la misma rapidez del pensamiento visiones celestiales con rostros de paz y sonrisas de hadas. Mis manos sin ser movidas por mi voluntad, cayeron sobre el marfil del *harmonium*, y á mis oídos llegó un eco que parecía venir de regiones de nubes, apoderándose de mis sentidos con tan poderosa influencia, que acabaron por adormecerme y hacerme perder la conciencia de mi situación y del lugar en que me hallaba.

Largo rato resonaron en mi interior los ecos de la melodía que antes me fascinara, hasta que una violenta sacudida me

hizo volver á la realidad de la vida. Abrí los ojos, ví que la tierra habia vuelto á subir hasta mis pies, y pronto, rápido como el pensamiento, salí de la barquilla, volé desalentado á mi casa con el *harmónium* debajo del brazo, y al llegar á mi aposento estampé en el papel aquel arrullo que me deleitó en las regiones del águila.

Aquel escrito de Gottschalk, fué su preciosa composición que denominó: *Ex-tasis*.

Habana, enero de 1880.



TERREMOTOS EN CUBA ⁽¹⁾

Habia llegado á la mitad de su carrera la última semana en tanto que nos preocupaba, y grandemente, el hallazgo de emociones y acontecimientos con los cuales entretener la atención de nuestros lectores habituales, cuando la llegada y desembarco del ilustre general Ulises Grant nos brindaba simpática y abundante materia para un artículo que interesase al público habanero.

Gozosos de tener al alcance de nuestra pluma materia tan agradable como la venida del vencedor de Richmond y las ceremonias y festejos con que nuestra ciudad celebrase la llegada, dábamos en pensar cómo sacaríamos el mejor partido de tan plausible acontecimiento.

Pensábamos unas veces ocuparnos de los antecedentes del glorioso soldado; otras nos proponíamos elucubrar sobre la representación del gran pueblo nor-

(1) Publicado en «El Triunfo» de la Habana día 25 de enero de 1880.

te-americano en su persona; y por último, nos inclinábamos á circunscribir nuestra tarea relatando los actos de aquel personage, dar cuenta de sus palabras, pintar su fisonomía, maneras y costumbres y describir punto por punto, sus emociones y visitas en esta buena ciudad de la Habana.

En todo esto, hallábase engolfados nuestros sentidos, cuando sin pensarlo, estremeciéronse todas las fibras de nuestro cuerpo y... temblamos.

Sí, temblamos desde la planta de nuestros pies hasta el más delgado de nuestros cabellos.

Y no vayan á imaginar nuestros lectores que fué de ira, ni de pavor, ni de frío, ni de tantas otras causas de que tiembla comunmente la humanidad vulgar, por un quitame allá esas pajas... ó esos granos. Nada de esto.

Nuestro temblor fué más planetario, y solemne.

Fué un temblor esencialmente criollo, habanero, de color absolutamente indígena y local.

Con nosotros tembló la Isla, tembló la Habana, tembló el país entero sin exepctuar las altas dignidades, ni las alcurnias más elevadas.

Temblaron hasta las instituciones sociales que feliz ó infelizmente nos rigen.

Temblamos nosotros y con nosotros los pobres y los ricos, los flacos y los obesos, las feas y las hermosas y hasta las catedrales y los conventos y el Capitan General y el Arzobispo y... parece mentira, hasta la Fiscalia de Imprenta!

Aquello fué el sufragio universal del temblor.

Un temblor que aunque estuvo en nosotros no era nuestro, sino ageno, prestado, externo. Estremecimiento que sin nacer, ni producirse en nuestro organismo, nos sacudió violentamente dos veces en la noche del juéves ó viérnes pasados.

En una palabra: temblamos... de temblor de tierra.

Un terrèmoto!

No puede aspirar á mayor dicha un peiodista, que encontrarse por estos mundos de Dios, de manos á boca con un terremoto *de verdad*, é inofensivo para mayor fortuna.

Una novedad de tanta magnitud es un manantial de ideas, palabras, cuartillas y artículos sobre el mismo tema, casi tan inagotable y monótono como esas notas de *Carnaval de Venecia*, tan manoseadas por todos los compositores y concertistas del globo, disfrazadas siempre con tantas variaciones y filigranas desde el malhadado momento en que se escribieron hasta la hora en que hilvanamos sobre el tema de los temblores de tierra los siguientes párrafos.

Un terremoto!

Ahí es nada! Figúrese el benévolo lector todo lo que puede decirse acerca de una materia tan movediza!

Por de pronto, lo primero que se nos ocurre es destruir una calumnia lanzada contra la Habana.

Desde los sacudimientos de la citada noche del 22 del corriente hemos oído y leído en todos tonos y en casi todos los sitios que no habia memoria de que la Habana hubiese usado la moda de los terremotos hasta el presente.

Esto no pasa de ser una calumnia con

la cual se pretende suponer que nuestra ciudad no es capaz de lo mismo que cualquier otra isla del archipiélago filipino, ó de cualquiera aldea de Sicilia, ó de cualquier ranchería de las vertientes andinas.

La Habana se ha permitido el lujo de los terremotos por lo menos siete veces hasta ahora.

Y por lo visto está dispuesta á servirse de ellos en lo porvenir.

D. Manuel Aranda y San Juan, en sus notas sobre *Los fuegos subterráneos*, consigna que la parte occidental de la isla de Cuba no está tan castigada como la oriental por los terremotos, como lo prueba que en la Habana no se tenga noticias sino de cinco.

Con que cinco más uno á las 11 de la noche del juéves 22, más otro á las 4 de la madrugada del viérnes 23, forman un total de siete.

Siete terremotos de los cuales los habaneros han salido siempre ilesos, sin más desperfectos que el susto y algunas paredes rajadas; y que, por lo mismo, no han producido juntos, las desgracias del menor de otras regiones no tan felices en los anales de los vaivenes de la costra terrestre.

El de Lisboa, en 1744, arruinó la ciudad en cinco minutos é hizo sentir su influjo hasta las Antillas, en donde las aguas se pusieron negras de pronto y subieron más de 7 metros de altura. En 5 de febrero y 28 de marzo de 1783, hace cerca de un siglo, la Calabria sufrió dos temblores de tierra que destruyeron absolutamente 320 pueblos y aldeas. Hace cinco años, el día de San Pedro de 1875, cuando los habitantes de la mayor parte de las

poblaciones de la Alta Italia, entre Suiza, Baviera é Iliria, se hallaban en los oficios divinos, una terrible sacudida terrestre destruyó infinitos edificios aplastando á sus habitantes. El terremoto de Riobamba de 1835 arrasó por completo esta poblacion y ofreció las singularidades de que el Monte Cayambae creciese durante una hora envuelto en una lluvia de meteoros y de que el Moya vomitase un lodo que dió muerte á más de 40 mil indios sobre la meseta de Quitambo entre el Tunguragua y el Cotopaxi. La ciudad de Arica fué destruida dos veces por los temblores de tierra; primero de 1600 y despues en agosto de 1868. En octubre de 1746, un temblor de tierra destruyó en el Perú las ciudades de Lima y Callao, penetrando el mar una legua tierra adentro y abriéndose el suelo para dar paso á gran número de animales que jamas habian visto la luz del dia. La capital de la República de San Salvador dejó de existir el 10 de marzo de 1873: abrióse la tierra de repente y tragó la ciudad, de modo que no quedaron de ella más edificios que la fonda del Parque, el palacio de Gobierno y el colegio religioso Tridentino. En Grecia, un mismo terremoto hundió á principios del siglo XIII las ciudades de Buzo y Hélice. En abril de 1817, no lejos del lugar donde estuvo esta última, un terremoto destruyó gran parte de Vostitza, desapareciendo además bajo las aguas, el cabo Alikí. Recientemente, cuentan Zuber y Margollé, que hallándose en el puerto de Vostitza, presenciaron otro temblor de tierra que arruinó muchos edificios.

En 1839 los habitantes de la Martinica vieron su ciudad destruida por un terre-

moto que por sus estragos se ha hecho célebre en los anales de las grandes catástrofes. Más tarde, el 8 de febrero de 1843, otro cataclismo igual conmovió las islas Martinica y Guadalupe y si bien no causó grandes desgracias en la primera, derrumbó completamente en pocos segundos la ciudad de Point-á-Pitre, capital de la segunda, y cuyas ruinas fueron luego presa de un voraz incendio. La isla de Sumatra sufrió en febrero de 1861 un temblor de tierra reiterado durante muchos días, por efecto del cual, el mar penetró en la tierra arrasando grandes comarcas, al paso que se desplomaban y quedaban sepultados en el Océano los fuertes establecimientos y poblaciones de Singkel, Polo, Nyas, Baros, Silboga, y otras. En marzo del mismo año 1861, acaeció el terrible terremoto de los Andes, arrasando por completo la ciudad de Mendoza, arruinando en gran parte la de San Juan, derrumbando la iglesia de Córdoba y sintiéndose, pero sin consecuencias, en Buenos Aires y otros puntos de la República Argentina. Citar los temblores que tienen lugar en el archipiélago Filipino, sería tarea interminable: allí el terremoto es un fenómeno común que demuestra la actividad subterránea de aquella cuenca del océano.

El acaecido en noviembre de 1852 en Santiago de Cuba, ofrece particularidades dignas de conocerse, y por ser cosa que nos atañe de cerca, no queremos dejar de copiar la descripción que hizo el ingeniero señor Latorre, el cual experimentó el fenómeno en el interior de una mina de cobre.

Hé aquí sus palabras:

«Me hallaba en la galería 132 del pozo San Juan, dirigiendo los trabajos de una cuadrilla que constaba de 24 hombres: estábamos preparando los barrenos, cuando oímos un estruendo tan raro como terrible, que nos hizo creer que la mina se venía abajo. Sentimos luego que la tierra se levantaba y hundía echándonos á la vez de una parte á otra de la galería. Juzgamos prudente sentarnos en el suelo para no perecer de momento, pues creíamos inevitable la muerte.

Las luces se cayeron de la pared en que estaban, y quedamos á oscuras: crujían las maderas de las fortificaciones, causando un ruido semejante al de una gran hoguera alimentada con leña verde; las filtraciones se aumentaban de un modo prodigioso: la mina parecía un árbol frondoso y copudo que, estando cargado de rocío, se vé sacudido por el huracán ó por la mano de Dios; percibíamos un olor de azufre y el ruido de las piedras que se derrumbaban y bajaban con estrépito de las cuevas superiores á las inferiores. Nos hallábamos en las más densas tinieblas; no había quedado más que una luz distante, que solo servía para dejarnos ver lo horrorosa de nuestra situación; estábamos juntos y no osábamos hablarnos; y creo que llegamos á figurarnos sepultados entre la vida y la muerte.

El ruido duró más de cuatro minutos, si bien habían cesado ya los sacudimientos. Tardamos mucho rato en resolvernos á salir, y cuando subíamos, por las escaleras, sentimos otro sacudimiento que, á no estar bien prevenidos, nos hubiera precipitado. Después de mil angustias, logramos vernos en la superficie

sintiendo un placer difícil de explicar. Nuestros oprinidos corazones se ensancharon, como pudiera ensancharse el de un delincuente que recibiese la noticia del perdón en el patíbulo.»

¡Imponente, aterradora idea la de un terremoto!

Espantosa manifestación la de un poder que no admite lucha, que no tolera resistencia, que hierde sin sentir y que no da espacio á la inteligencia, ni lugar á la huida.

El rayo se esclaviza por medio del acero y del hierro: el incendio se combate con el aislamiento, se amortigua con las bombas y la arena; y hasta las inundaciones más devastadoras hemos presenciado como se atajan con diques y terraplenes ó como se evitan con la fuerza muscular y con la destreza en el manejo de balsas, botes y vejigas.

Las tempestades del mar se estrellan en la dureza de las costas ó se combaten con la grandeza del espíritu y las leyes de la náutica; la furia de los huracanes se resiste con el arte de los parapetos ó la gravitación de las moles, de la misma manera que las explosiones de los pueblos y las irrupciones de los invasores se aniquilan con el hierro y el fuego y se humillan con la sangre.

El terremoto, en cambio, ni tiene rival que le venza, ni reconoce ley que le domine.

Es la convulsión de la eternidad elaborando las entrañas de una molécula sideral.

El último temblor de tierra en la Habana, responde quizá al hundimiento de una caverna en la profundidad del mar

Caspio ó á la abertura de una sima en el Himalaya.

Imagínese el lector la potencia de aquellas ondas de vibraciones, que al sucederse tan frecuentemente durante dos días decían á los trausentes de nuestras calles, que mientras hacian vacilar sus piés, surgia una nueva isla en el archipiélago de la Sonda, ó se perdia en las profundidades del mar polar una península de Islandia ó un promontorio de las costas de Behering.

Siempre que una trepidacion terrestre pone en nuestra plantas el hilo telegráfico de los volcanes que elaboran el centro de la Tierra, quedamos sobrecogidos de estupor pensando en la miseria de la especie humana.

Nacer, aprender, sufrir y caer en el sepulcro, para formar parte de esta corteza creciente que encierra las convulsiones de todos los volcanes!

Esta es la ley.

¡Pobre humanidad! ¡Tanta soberbia, tanto orgullo, tantos crímenes y tantos afanes, para tal obra!

Medítese bien lo que es el placer, lo que son la ciencia, la riqueza, el poder, y todos los vicios, y todos los esfuerzos, y todas las ideas, comparados con esa corriente de fiebre que atraviesa las entrañas del globo con la rapidez del pensamiento; que cruza por debajo de todos los mares y de todos los continentes; que rompe el granito y hace bullir el Océano; que estalla en el crater de los volcanes ó rasga la superficie de las llanuras; que levanta las cordilleras; engulle las ciudades y bebe los rios y los lagos; que sacude, en suma, todo el planeta y elabora des-

de la eternidad hasta la eternidad, la morada de cuántas especies se han sucedido y se sucederán en todas las miríadas de siglos.

El terremoto es la manifestacion más grande del mundo,

Es la voz de la eternidad; el testimonio aterrador de un trabajo sempiterno.

Comprendemos la supersticion de los pueblos primitivos atribuyendo los sacudimientos volcánicos a la cólera de los Dioses; porque aquella manifestacion era la más poderosa y terrorífica que conocian. Pero comprendemos mejor el sabio simbolismo de los griegos, viendo la representacion del trabajo en el formidable misterio de los volcanes.

Cada oscilacion de un terremoto es la obra de una fuerza que trabaja en la arquitectura del mundo; cada uno de sus rugidos, cada vibracion de sus estruendos es una voz que anuncia un paso más en la organizacion de la masa terrestre.

La dama que el juéves salia de nuestros teatros, la feliz pareja que se deslizaba por nuestros salones, el ocioso tertuliano de nuestros cafés, el estudiante que adquiria los secretos de la ciencia en su gabinete, el banquero que analizaba el balance del dia, el guardia nocturno que rondaba nuestras calles y el mendigo que reposaba sus miembros sobre los asientos del Parque, todos recibian con terror ó con indiferencia ó con curiosidad, pero todos sin pensarlo, el más imponente y sublime de los pregones.

Era la voz de la Eternidad avisando con un temblor titánico, que el trabajo de la materia es infinito y que debajo de nuestros pies elabora sin cesar la morada que

'ha de devorarnos para dar forma á nuevas existencias, más perfectas tal vez....
ó tal vez inferiores!



HABANA EN SEMANA SANTA

No es en la capital de la opulenta Cuba, época de recogimiento y tristeza, como en el resto de los países cristianos, la semana en que estos conmemoran las persecuciones y la muerte del reformador nazareno.

Las músicas, las galas y los paseos, constituyen la preocupación capital de la sociedad habanera en tales días.

La Habana parece que durante la Semana Santa hace un esfuerzo por escarnecer lo que debe respetarse en tales días y que empeña en convertirlas en reminiscencia de los de Carnaval.

Y decimos esto al tanto de lo ocurrido durante la semana que acaba de pasar.

El juéves y el viénes santos los templos han recibido innumerables concurrentes no solo del vecindario en general sino de varios cuerpos, institutos y corporaciones que anduvieron las Estaciones parroquiales en colectividad.

Por fin el sábado, burlando todas las conveniencias sociales y las órdenes de

la autoridad, turbóse en la hora de la Resurreccion la tranquilidad general, no solo por el atronador repique de campanas, sino con el estruendoso correr de las carretas, carretilas, coches y volantas de la ciudad, con el destemplado chirrido de las matracas, con el golpeo de millares de mazos, con las detonaciones de infinitas y variadísimas armas de fuego, y por último, con el barullento ladrido de cuantos perros pudieron ser rabi-atados por obra y gracia de niños y de adultos mal intencionados, á las latas, peroles y cacerolas más viejas y sonoras de que aquellos pudieron echar mano.

Y tras toda esta sucesion de hechos y emociones, hemos llegado al domingo de la Páscoa del año de gracia de 1880, en cuya noche nos ofrecen: el Casino, baile de sala; la sociedad del Pilar, *La Caridad* del Cerro, el Liceo de Guanabacoa, el Liceo Social y el Ateneo, bailes de disfraz; y el teatro Albisu, la representacion de *Las campanas de Carrion*, que segun se nos dice, consiste en un mal arreglo de la opereta francesa titulada *Les Cloches de Corneville*.

Y con todo, esto hemos atrevesado y concluido la Semana Santa y sus ceremonias, no sin que durante ella hiciéramos reflexiones que dicen bien poco en pro del fervor religioso y de la cultura de la Habana.

Ante todo, recordamos que la Semana Santa se va pareciendo cada vez más al Carnaval, en lo mismo que hizo poner el grito en el cielo á la prensa, hace siete³ semanas.

En la escandalosa exhibicion de todas las categorias de meretrices que encierra la

Habana, desde la ramera de cuartel hasta la más aristocrática *femme galante*.

La prostitucion ha ido desterrando del paseo de Carnestolendas á las familias honradas de la Habana

La prostitucion la irá desterrando de las calles y de los templos en los dias santos y, sobre todo, de las retretas que se celebran en las noches del juéves y viérnes.

Ni es nuestra mision defender las costumbres del catolicismo, ni atacarlas; pero, sí es nuestro derecho, y hacemos con ello obra meritoria, meditar sobre las causas que convierten en irreverencia y ridiculez aquellas prácticas.

En los dias de la conmemoracion del martirio y muerte de Jesus no están en su lugar las pasiones, los vicios y los escándalos, ni las alegrías de la sociedad.

Por esto todá conciencia justa se indignará de que se aprovechen dias de recogimiento, dias de dolorosos recuerdos de la historia humana, para convertir las calles y plazas de una ciudad que se dice católica, en teatro de vanidad, de holgorio y de tráfico de la prostitucion.

Creemos que la Habana es la solá poblacion del mundo en que esto acontece.

So capa de Semana Santa y á pretexto de las procesiones, circulan las bandas militares por las calles, atronando todos los oidos y perturbando todas las meditaciones con aires á cual más profano é impropio de la solemnidad del dia.

Nosotros hemos oido sonatas dignas de *Maville*, trozos de *Madame Angot* y piezas tan poco cuaresmales como las de *Rigoletto* y *La Traviata*.

Allado de esto hemos visto pulular en todas las aceras y templos, mujeres mercenarias que denunciaban el libertinage con el descoco de sus trages, el desembarazo de sus maneras y el arte decorativo de sus fisonomias y peinados.

En considerable tropel las hemos contemplado invadir los senderos, aceras, sillas del Parque Central y de la Plaza de Armas en las noches del juéves y viérnes santos, codeándose con las familias más respetables y convirtiendo aquellos sitios en un mercado y exposicion impropios de las horas que la Religion del país dedica á otras prácticas y á otras tendencias.

No son todas estas verdades cargos ni censuras, porque sabemos cuán imposible se hace corregir ciertos abusos de las costumbres populares.

Todo lo que decimos es un simple desahogo contra la inconsecuencia y torpeza de esas mismas costumbres.

Si los grandes recuerdos históricos de estos dias han de ser meditados con solemnidad y respeto, si el sacrificio del Nazareno del Golgotha ha de ser conmemorado con lágrimas y recogimiento, si la tristeza de la Semana Santa ha de ser una verdad imponente, creemos firmemente que deberian prohibirse las músicas y alborotos que sirven de cita á los vanidosos y casquivanos y, por último, recoge de plazas y calles, por mano de los agentes del orden público, las sacerdotizas de la prostitucion y del escándalo.

Esta es nuestra manera de pensar, en la cual seguramente no nos encontraremos solos.

Pero como todo lo dicho no ha de ser causa de que se ponga remedio al abuso,

hacemos punto final en la materia, no sin dejar de referir como conclusion un diálogo digno de que lo conozcan nuestros lectores.

Engolfados en nuestros pensamientos frente á uno de los lujosos altares de la catedral y apretados entre la muchedumbre de curiosos que admiraban los adornos del templo, sorprendimos la siguiente conversacion enigmática y casi telegráfica.

—¡Hola! ¿Cómo estas?

—Bien; ¿y tú?

—Perfectamente; ¿y tú mujer, ya...

—Sí.

—¿Y que ha sido?

—Cuatro chicos gemelos, que dá gusto mirarlos!

—¿Y llamas gemelos á todo esto?

—¿Pues cómo lo he de llamar?

—¡Hombre, eso ya tiene honores de botonadura completa.

Habana, 28 de marzo de 1880.



RELIGION Y BACALAO

Digan lo que quieran los sostenedores de las costumbres cuaresmales,

O su observancia es una precaucion higiénica para el cuerpo humano que va á experimentar los efectos de un cambio de estaciones, ó no es, ni significa absolutamente nada.

Ya, ni la manera de ser de las sociedades modernas, ni el fervor religioso, pueden tomar en serio las privaciones y rigores de nuestro abuelos durante las siete semanas que median entre Carnaval y los dias llamados Santos; pero la rutina, que se sufre y no se justifica, es una causa de que las prácticas arcaicas de la cuaresma continúen observándose por el vulgo y los timoratos, que ni las comprenden, ni se someten á ellas más que tibia é hipócritamente, haciendo gala de lo mismo que ridiculizan y maldicen en su fuero interno y que infringen de tapallido, ó á espaldas de los mismos á quienes recomiendan y hasta imponen su cumplimiento.

Y de esto nace la ridiculidad de las costumbres cuaresmales, dándose el caso de que los cafés y *restaurants* se atesten de devotos, que van á saciarse beatíficamente en tales establecimientos, y de los mismos manjares que condenan y se privan en el hogar, á presencia de la familia ó de sus superiores.

Búsquese con la mismísima linterna de Diógenes el hombre que en nuestros días entienda y cumpla las privaciones cuaresmales como las entendían y cumplían nuestros tatarabuelos y demás respetables antepasados, y me conformo con someterme rigurosamente á tales mortificaciones por toda las cuaresmas que todavía me restan de vida en este valle de hipocresías y de elecciones gatunas, si se logra dar con un solo ser humano que tenga de la cuaresma el verdadero concepto que originó su institucion, y que acepte con sinceridad y cumpla el pié de la letra las prescripciones que la misma impone.

Porque no hay que olvidar que la razon de ser de la Cuaresma no es un alarde farsáico de continencia en la gula, sino una verdadera mortificacion de la carne en todos, *absolutamente en todos* sus apetitos, á fin de disponer el espíritu á la languidez, á la oracion, á los recogimientos místicos, y á todos los arranques espiritualistas, desde la alucinacion hasta el delirio religioso.

La historia rebosa ejemplos que testifican la verdad de estos asertos, desde los mártires y ascetas, hasta los fanáticos y energúmenos.

Y tan cierto era el concepto que he apuntado de la abstinencia de todos los sentidos, que los *Hechos de los Apóstoles* y la

Epistolas á los corintios demuestran que el mismo San Pablo, el enemigo declarado de los actos externos, practicaba y encomiaba el ayuno; y los mismos *Hechos* citados, justifican que no tan solo los judios que se cristianizaron fueron quienes prosiguieron la costumbre del ayuno, sino que hasta los paganos convertidos tomaron su ejemplo, imitándolos desde los primeros dias de la Iglesia.

Lutero mismo, encarece la abstinencia en los dias que preceden á las grandes festividades de la Pascua, Navidad, Pentecostes y los viérnes de cada semana; Calvino preconiza tambien el ayuno en su *Institucion Cristiana*, llegando á declarar en el libro IV, «que cuando se halla el vientre lleno, el espíritu no está en condiciones buenas para elevarse á Dios.»

Lo cierto es que el origen de la cuaresma remonta, segun afirma Wolley, á los tiempos apostólicos, llegándonos el nombre este de corrupcion en corrupcion filiológica, de la voz primitiva *quadragésima* que corre desde la *quincuagésima* ó Carnaval, hasta la Pascua de Resurreccion.

A través de tantos siglos, ha llegado hasta nosotros la observancia cuaresmal que tan hipócritamente y con tal elasticidad de criterio y de conciencia cumplen las sociedades modernas; lo cual, dicho sea de paso, refleja claramente la diferencia de apreciacion con que se ha cumplido aquella en todas las edades. Ante todo, no han estado jamás de acuerdo los tiempos ni los países en la verdadera duracion de la Cuaresma; pues si en Roma por los años 439 era de tres semanas, en Iliria, Acaya y Alejandria era de siete; y

Gregorio el Grande, muerto á principios del siglo VII, no habla más que de 36 días de ayuno cuaresmal. Por otra parte, en los primeros siglos la observancia fiel del ayuno exigía la abstinencia total de alimento en las 24 horas y entre los griegos el ayuno del sábado *Santo* debía prolongarse no solamente hasta la noche, sino hasta el canto del gallo al amanecer del domingo.

Hasta en lo relativo á la naturaleza de los alimentos ha presidido diferente criterio y han regido opuestas reglas, pues la Iglesia Griega ha llegado á prescribir la abstinencia del pescado, leche, huevos y aceite al paso que la Iglesia Romana al paso que dictaba prohibiciones las dispensaba á precio de oro, convirtiendo en fábrica de moneda las mismas leyes religiosas de la abstinencia.

Por esto tal vez ha llegado la Cuaresma á desacreditarse tanto en los tiempos que corremos y por esto se considera como fútil apariencia de religiosidad por los mismos que la predicán y defienden en público, para escarnecerla é infringirla en privado.

Uno de los países en que las clases poco ilustradas la observan más ó menos fielmente, es España y sus posesiones asiáticas y americanas (1). Y por esto, en la Península, en Filipinas y en las Antillas, la Cuaresma es motivo de excentricidades y farisaismos que mortifican á los que no disponen de su voluntad y de albedrío,

(1) Ya no hay ahora tales posesiones, perdidas por la incapacidad colonizadora y el criterio retrógrado y egoísta de los gobiernos monárquicos españoles.

al paso que da origen á excesos de verdadera glotoneria y de abusos lamentables en aquellos y aun en aquellas que pueden resarcirse á cencerros tapados de las hipócritas privaciones que alardean en público ó entre las paredes del hogar, al lado de quienes deben sufrir su autoridad ó ante aquellas de quienes han de soportarla.

Y en medio de esta farsa social entre sacerdotes y laicos, entre padres é hijos y entre superiores é inferiores, solo hay en nuestra tierra una víctima verdadera, por todos consumida y hasta maldecida por todos.

El bacalao, el abadejo, la momia de mar como le han llamado algunos y verdadera representacion zoológica de las siete semanas de ficticio ayuno en todos los ámbitos de la tierra donde la civilizacion española ha mantenido las prácticas cuaresmales.

Desconsoladora é inevitable fatalidad la de que no pueda hacer ni concebirse cuaresma en los pueblos de nuestra raza, sin su correspondiente inundacion de abadejo en todas las cocinas, en todas las mesas, y en todos los actos y oportunidades gastronómicas; y por esto el bacalao absorve todas las facultades intelectuales de la raza hispana en la clásica temporada de la vigilia y del ayuno, siendo pesadilla de los amigos de sacar el vientre de mal año y materia para sus burlas y anatemas.

Por esto sobrevino sin duda aquel diálogo celebre en que dos españoles discutian un dia (seguramente de cuaresma) sobre la condicion excepcional del referido habitante de los mares.

—¿Cual es el pez que tiene la cabeza más distante de la cola? preguntaba uno.

—El bacalao; contestaba el otro; porque tiene la cola en España y la cabeza en Escocia.

Esto solo, pues, presindiendo de muchas otras cosas nadie negará que los bacalaoos son los seres más desventurados de la tierra, es decir del mar; y allá va la prueba.

No contento el hombre con maltratarlos *hasta dejarlos secos*, les arranca la lengua, los decapita en sus playas natales, luego los prensa, y como si esto no fuera bastante, los envia á España y á otras partes del planeta; pero sobre todo y lo que es más terrible á los pueblos hispanos de ambos hemisferios y allí los expone á la pública vergüenza desnudos y acartonados en los escaparates y portales de los almacenes y bodegonos.

¿Se quiere más?..... Pues hasta hay quien se los comel

No es posible ser más cruel con un nadador tan inofensivo.

Por fortuna no siempre quedan impunes estos abusos; y el pez ofendido se vengá de los hombres haciéndole purgar sus culpas.

Segun los zoólogos, el bacalao, (llamado por mal nombre *abadejo*) pertenece á la familia de los gádidos.

Hay familias muy desgraciadas, y por lo visto, la familia de los gádidos es una de ellas.

Todos sus individuos son huérfanos, como que todos se hallan descabezados: *Ergo* no hay uno que tenga siquiera cabeza de familia.

Otra anomalia de estos animales consiste en que,—segun afirma un autor,—los

abadejos solo se conservan bien cuando están curados.

Después de esto no hay que fiarse de ellos: siempre se me figura que todos los bacalaos están convalécientes.

Y sobre esto se me ocurre una pregunta que jamás he podido contestarme satisfactoriamente: ¿cómo se curan los abadejos?

¿Se curarán con aceite de hígado de bacalao?

¡Quién sabe!

¡Lo cierto es que la pregunta anterior justifica esta otra:

Si el bacalao es el abadejo *momificado* ¿de qué hígado sacarán ese aceite?

Francamente, el sacar jugo de una momia se me figura el negocio más redondo que puede caerle á un boticario.

De todas maneras, no olvidemos que según dice un naturalista célebre, el señor Valencianas, es decir, hablando en francés, *Monsieur Valenciennes* (con doble *n* y todo) asegura que el bacalao es un pez de una voracidad extraordinarias.

¡Quién había de decirlo!

¡Y á pesar de comer tanto, estar tan flacucho!

Ahora me explico la enfermedad que padecen los bacalaos.

Tendrán la solitaria.

El mismo *monsieur Valenciennes*, ó Valencianas, que por esto no hemos de reñir con nadie, dice que en el vientre de los abadejos y en prueba de su heliogabalismo, se llegan á encontrar pedazos de hierro, maderos, guijarros, y..... ¡hasta los guantes de los pescadores!

¡Los guantes de los pescadores!

No se puede pescar de una manera más *fina y distinguida*.

Sin embargo apostaría sin vacilar (y estoy seguro de que ganaría todo un siglo de cuaresmas contra cualquiera cosa, que los peces gálidos agradecerían que se empleara con ellos menos etiqueta.... y sobre todo, menos anzuelos.

Y como en el comercio se conocen varias clases de bacalao, y como en Cuaresma conviene conocer todo lo que al género atañe, diremos que el más reputado es el de Escocia, pero no el más estimado en todo el mundo: .

El bacalao, el abadejo, la momia de mar como le han llamado algunos, es verdadera representación zoológica de las siete semanas de ficticio ayuno, en todos los ámbitos de la tierra donde la civilización española ha mantenido las prácticas cuaresmales.

Habana, marzo 1880.



MUERTA!

Gottschalk, el originalísimo é inspirado artista americano, tiene una composicion que se titula ¡*Muerta!*

He aqui de qué manera se describe el efecto de esta obra en las columnas del periódico *La España Musical* de Barcelona:

«Gottschalk empezó á tocar, empezó á hacer sentir frio, el frio que produce la proximidad de un muerto; sentí despues campanas que doblaban, lágrimas y sollozos que se confundian al ruido de un acompañamiento fúnebre; he creido aspirar el perfume de la blanca guirnalda de la virgen, y sentir mezclado al *De profundis*, los rezos y el ruido tétrico del sepulturero que abre una tumba, todo en vision sombría, todo en religioso movimiento, todo precediendo y preparando un ruido que vino á helarme bien luego; el ruido del féretro que caia en el fondo de una sepultura, el ruido de una piedra caída sobre el féretro.

« Mi imaginacion estaba en el cementerio.

« Miré alrededor mio, Gottschalk estaba aun sentado en el piano con sus ojos lánguidos y empañados, con sus manos caídas sobre el teclado.

« Comprendí entonces que el pobre *yankee* amase á *Muertal* como el más delicioso de los cuadros á que él ha dado vida.»

Ahora, tras esta descripción, léase la historia de la obra.

Durante la estancia de Gottschalk en San Francisco de California fué rogado para que tomara parte en una gran fiesta religiosa, á la cual quiso darse el carácter de una gran solemnidad musical. Accedió Gottschalk á lo que se le pedía y se comprometió á ejecutar una gran meditación religiosa en el órgano del convento donde habia de verificarse la ceremonia.

Las consecuencias de lo que aconteció aquel día, me las ha relatado el *virtuoso*, poco más ó menos en la siguiente forma:

—Desde el principio de la ceremonia llegó á mis oídos un acento que parecia descender del paraiso. Me extasiaba un timbre de voz angélico, que dominaba el conjunto de todas las voces lanzadas á los ámbitos del templo, desde el interior de unas galerías cubiertas de rejas, por las religiosas y demás reclusas de aquella santa casa.

Me fascinaba aquel acento de tal manera, que cuando llegó el momento de pulsar las teclas del órgano para hacer oír la composición que me habian pedido, puedo asegurar que no era dueño de todas mis facultades.

Concluí, y volvieron á resonar las voces de las monjas y educandas.

Por entre todas ellas, sobresalía el mismo timbre argentino y celestial de antes.

Trataba con mis ojos de escudriñar entre los hierros cuál era la criatura á quien la naturaleza, dotó con voz tan portentosa, y por último, aun cuando la oscuridad y la distancia confundían los objetos, logré descubrir unos ojos de fuego que me miraban con fijeza y que eran del mismo ser cuya voz me fascinaba.

Quien cantaba era una preciosa reclusa de facciones indescriptibles; no era un portento de hermosura, pero era un tesoro de poesia. Del marco de una blanquísima toca monjil, salió un rostro ideal jojeroso!, nevado, lánguido en el color, ardiente y varonil en la expresion.

Hasta que terminó la ceremonia, aquellos ojos y mis ojos no cesaron de mirarse. Salí del templo sin tener conciencia de mis actos. Anduve sin norte ni direccion, hasta que el cansancio volviómeme en mí. Regresé á mi vivienda y resolví volver á ver á aquella mujer á todo trance».

Sonreime al oír estas últimas palabras de Gottschalk, pensando en la imposibilidad de que hubiera podido realizar mi amigo sus propósitos; pero el *virtuoso* continuó diciendo, poco más ó menos:

«No te asombre mi determinacion, porque solo seria incomprendible no proceder así, despues de oír y ver aquella desgraciada. Desde aquel dia traté de ponerme en relacion con la Abadesa del convento, buscando cualquier pretexto, cuando la casualidad vino en mi ayuda. Poco despues, recibí una comunicacion de la comunidad religiosa, dirigiéndome algunas alabanzas sobre mi mérito de artista

y agradeciéndome efusivamente la parte que tomé en la referida fiesta.

Quise aprovechar aquella ocasion para visitar á la superiora del convento; pero no me fué posible sin intervencion del Rector encargado de la Iglesia. Me presentaron á él y, en su compañía, pasé á un locutorio especial en que pude hablar á la Abadesa.

Excusado es decir que la conversacion recayó sobre cosas de arte musical y sobre la brillantez de la última funcion en que yo tomé parte. Se habló de las cantoras de la comunidad, y, gracias á mi habilidad, pude saber el nombre de la encantadora reclusa de mis pensamientos.

Satisfecho mi primer deseo, ocupéme en lograr un intermediario entre ella y mi creciente pasion.»

Aquí Gottschalk me relató los medios de que se valió para poder hacer llegar un billete á manos de la joven, medios que la prudencia me impide dar á la publicidad, por intervenir en ellos personas á quienes aun podria ofender y perjudicar este relato.

Dos cartas tuvo que escribir el artista para obtener una palabra suya; pero tales y tan ardientes y tan bien sentidas fueron sus expresiones, que *ella* contestó al fin.

Este primer paso debia forzosamente ser origen de otros más graves, y lo fué. Queden á un lado los rodeos y detalles: una noche tras algunas entrevistas en el jardín del convento, con harto peligro de la vida del pianista, *ella* abandonó el claustro, huyendo en brazos del feliz amante.

Todo San Francisco se conmovió al dia siguiente con la noticia de la fuga de la reclusa, sin saberse el nombre del raptor.

Ella pertenecía á una de las primeras familias de California y su padre era rico é influyente, y esto, que acrecentó el escándalo, fué causa de que se pusieran en juego severas medidas contra la fugitiva pareja. De tal modo peligraba Gottschalk, en aquellas circunstancias, que los amigos íntimos, conocedores del suceso, temieron por el artista y determinaron su alejamiento de San Francisco.

Narrar las peripecias de aquellas tribulaciones, sería cosa de innumerables páginas. Para abreviar, es suficiente decir que las autoridades y la familia descubrieron la verdad de la aventura, y que para Gottschalk no hubo más salvacion que la fuga y el abandono de su adorada.

—Mi separacion de los brazos de *ella*, me decia aquel inolvidable amigo, fué el trance más doloroso de mi agitada existencia: su pena y la mia fueron tales, que ninguno de los que presenciaron el acto dejaron de derramar abundantes lágrimas.

Al dejarla, creí salvarme y salvarla, y facilitar despues nuestra perpétua union; pero, ¡ay! cuán engañado estaba! Cometí una cobardia que he expiado con todos los dolores del mundo. Por huir de una pena pasagera y por evitarle una humillacion la perdí para siempre y arrojé sobre mi conciencia una pena perpétua. *Ella*, nuestros amigos y yo, todos padecemos el más desgarrador de los horrores.

Ella volvió á su hogar, en donde, la ausencia, el rigor y la vergüenza extinguieron su hermosura y su existencia. Yo me lancé á la voragine del mundo y al martirio de verla morir todos los días en mis

ensueños y remordimientos, representándola mi fantasía tendiendo hacia mí los brazos, sin que me fuere dable recoger en mi boca su último suspiro.»

Efectivamente, el *virtuoso* era presa sin cesar de tales visiones, cuando tras la fatiga de sus viajes y sus conciertos, huía del bullicio de la sociedad.

En tal estado, durante su permanencia en el Rio de la Plata, dejó de pronto de recibir noticias de su amada, cuyo nombre me conservó siempre secreto.

Las cartas de aquella mujer fueron interrumpidas para siempre. Despues de dos correos del Pacifico sin recibirlas, llegó á Montevideo el vapor *Jhon Elder*, portador de la nueva de la muerte de ella.

Gottschalk no tuvo calma para recibir este golpe, y fingir mientras tanto en el mundo su tranquilidad habitual. Alejóse de todas las miradas y permaneció retirado cerca de un mes y despues de este tiempo me hizo oír la composicion que hoy se denomina *Muerta!*

Al tocarla, Gottschalk tenia el rostro literalmente inundado en lágrimas. Ha sido la única vez que lo he visto llorar en toda la acepcion de la palabra.

Apenas pérdidas las últimas notas de aquella magnífica composicion, me decía lánguidamente:

—Aquí, aquí, en estos compases, está su voz. Paréceme que oigo aquel acento de ángel á través de las rejas de su encierro. Aquí he puesto las frases que cantaba con un acento robado á los coros del Paraiso.»

Tal fué el origen de *Muerta!*



EL GOMOSO

Este tipo es exclusivamente de hoy. Carece de equivalente entre los tipos de otros días.

No es el lechuguino, ni el currutaco, ni el petimetre, ni siquiera el *dandy*.

Todos estos denotan un sér que raya en lo ridículo por la exageracion de la moda en su vestido.

El gomoso lleva su exageracion y ridiculez no solo al modo de vestirse y presentarse, sino hasta en la manera de proceder y de pensar.

Los antiguos currutacos y petimetres eran risibles por fuera. Los gomosos lo son por fuera y por dentro.

No sabemos á punto fijo el origen de la denominacion de gomoso, porque aun cuando se derive del *gommeux* francés, esto no explica la causa del calificativo.

Gomoso en español ó *gommeux* francés nada nos dice sino cosa que destile goma. Tal idea, apropiada al tipo de que nos ocupamos, no expresa con propiedad y exactitud la vida, costumbres y extravagancias del gomoso.

Para formar concepto aproximado de

ellas, es necesario examinar este tipo desde que se exhibe en público; seguirle hasta el menor de sus pasos; apuntar aunque sea la más insignificante de sus palabras. El gomoso no puede confundirse con ningún otro tipo de los que pululan en la sociedad moderna.

Donde se vean hombres robusto, figuras de verdaderos hombres; en donde haya actitudes y costumbres varoniles, siempre que aparezca desarrollo en la estatura del sexo fuerte y que éste se presente con todos los atributos de naturalidad, fuerza, sencillez, espontaneidad y desembarazo peculiares de los hombres; donde luzcan todas estas circunstancias, es inútil cansarse en buscar gomosos. Todo ello es incompatible con tales tipos.

El gomoso es la negación de tales cosas.

Por regla general, (y todas las reglas generales tienen excepciones que las ratifican y fortalecen), el gomoso es lo opuesto á toda apariencia y rastro de virilidad.

Basta analizar al gomoso, para convenirse de que esto es innegable.

Si el lector vive en Madrid y quiere hacer el estudio con los gomosos no ha de tomarse más trabajo que permanecer en la carrera de San Jerónimo delante los cristales de Sharde ó en cualquiera de las Cuatro Esquinas; si se halla en Barcelona basta que se detenga junto á la confitería Llibre en la esquina de la Rambla y calle de Fernando VII; si en Sevilla ha de dar con ellos en la calle de las Sierpes frente á los casinos *Sevillano* y de *Labradores*; en Lisboa en cualquiera *Maruteria* del Chiado; en París á lo largo del bou-

levar desde los portalones del *Grand Hotel* hasta la puerta del café de *Brebaut*; si quiere hallarlos en Londres no han de faltarle en el *Crescent Picadilly*, en las salas de *Simrusan's Divans* ó frente los aparadores de *Regent street*; en Milan en la *Galeria*; en Monte-Carlo junto al vestíbulo del Casino y en la América misma se da de manos á boca con ellos en Buenos Aires en las raquíticas aceras de la calle de Florida entorpeciendo el paso á los transeuntes; en Montevideo lanzando desvergüenzas á los oídos del bello sexo que discurre por las calles Sarandí y 25 de Mayo; en Rio Janeiro á lo largo de *Ouvidor*; en la Habana á las puertas del Louvre y en Nueva York ante los más deslumbrantes escaparates de la Quinta Avenida y en los senderos del *Central Park*. En todos estos parages y en otros equivalentes de otras mil poblaciones, puede estar persuadido el lector, de que no han de pasar cinco minutos sin que se presente á sus ojos el tipo clásico del gomoso.

Sus señas son mortales.

Diríase á primera vista que el sér que se contempla es un sietemesino, un escarnio de hombre, una criatura contrahecha y enfermiza; pero no lo es.

Aquello parece todo esto, es la personificación auténtica del gomoso.

Aquello es, como decían los vendedores de calendarios, el *verdadero zaragozano*.

Lo primero que llama la atención, es que no hay un gomoso siquiera que lleve un sombrero á su medida.

El sombrero de nuestro tipo, parece hecho casi siempre para sujetos más chicos

que él, para cabezas más pequeñas que la suya.

La ley de la *gomería* exige, por lo visto, que el viento más insignificante baste para llevarse aquella prenda de vestir. Sin embargo, esta contingencia acontece muy raramente, porque la etiqueta *gomistera* prescribe que el cráneo de nuestro héroe, su cabello y su sombrero constituyen tres cosas distintas y un solo conglomerado verdadero, por obra y gracia de cierto charal ó pringue que acaba por convertir la cabellera en parche y el sombrero en aditamento del cabello.

Lo repetimos, las señas son mortales y el gomoso no es susceptible de confusión con ningún otro ser humano.

Le acompaña indefectiblemente un bastoncillo cuyo puño hace cambiar cada mes, para que parezca siempre un bastón nuevo; no puede ir sin guantes y raras veces sale á la calle sin corset.

El gomoso debe ir prensado y enguantado, si no quiere faltar al santo y seña del gremio á que pertenece.

Sus manos han de competir con las de una muchacha y su cuerpo debe lucir la delgadez de cintura más exagerada que sea posible.

Por esto el gomoso usa guantes hasta para ponerse los botines y se lava cien veces al día las manos con pasta de almendra y las embadurna con cascarilla de Yucatan y leche cutánea de marcas Venus, Cleopatra ó Adelina Patti.

Por esto también el gomoso se encierra en un verdadero laberinto de ballenas ó se oprime y ahoga con ajustadísimas fajas y cinturones que estrujan su talle, le ponen los bofes en los labios, agolpan la

sangre á sus carrillos y le adelgazan por abajo tanto cuanto le abotargan por arriba, dando á su pecho, hombros y espaldas la apariencia de una joroba circular.

Imagine el lector la clase de martirio en que vive el gomoso, lanzándose por estos mundos de Dios; duro y envarado como cachiporra de tambor mayor, merced á las operaciones de reforma corporal que sufre para presentarse en público con todos los requisitos toques y pinceladas que caracterizan la benemérita orden de que forma parte.

Su tipo no puede despintarse ni confundirse.

Visto de lejos, siempre nos ha hecho el efecto de un tapon de vinajeras sosteniéndose por el vértice.

Visto de cerca, lo hemos considerado en todas ocasiones como un hombre reducido á la dosis más homeopatizada posible de la seriedad del género humano, ó, en otros términos, nos ha parecido siempre una cantidad de estrafalaria ridiculez elevada á todas las potencias y ampliaciones que sean capaces los más sabios matemáticos del planeta.

Podría definirse al gomoso diciendo que consiste en un pedazo de insipidez humana que, principiando por algunos ojos de gallos prensados en un par de zapatos de bailarín sube, se encarna y concluye en un mantecoso mechón de pelo que asoma por bajo las alas de un sombrero.

La muestra sería siempre prueba palpable de la definición.

Anda el gomoso con un vaiven que no permite duda sobre el martirio de que es víctima.

El calzado, la moda, el furor de mos-

trar unos pies distintos de los que realmente le dió la naturaleza, hacen del tipo que nos ocupa un verdadero émulo de las damas chinas.

Toda su estatura es insignificante; y cuando, por rarísimas excepciones su talla y talle se asemejan á los de los hombres, aparecen desfigurados por las opresiones á que el gomoso sujeta su cintura, ó se transformán con el aire afeminado de todo su sér, empaquetado entre las costuras de un traje destinado á presentar un cuerpo humano con formas completamente distintas de las que realmente tiene.

La exhibicion de su cuerpo es la mision más sagrada que concibe y cumple el gomoso.

Invierno y verano se contonea con el mismo entusiasmo, mostrando por calles y plazas el perfil de su naturaleza artificial.

Los abrigos que guarecen del frio ó los tejidos ténues que contrarrestan el calor, están para él prohibidos por completo.

El gomoso anda siempre á cuerpo gentil.

Luce su cintura aunque tirite de frio ó se exponga á una pulmonía, y no deja su corset, sus fajas ballenas y cinturones, aunque le ahogue el sol de la canícula ó le asfixie la temperatura del Ecuador.

Tal es el gomoso visto por fuera.

Añádanse algunos toques más á la pintura y nadie podrá desconocerlo.

Esos toques son imprescindibles, porque forman las insignias consagradas por el gremio. Consisten en la flor sempiterna que aparece en el ojal de la solapa, las

cortinillas de pelo charolado que luce aplastados sobre el frontal y el pañolito de puntos de colores y perfume de heno inglés ó plantas chinas que aroma por el bolsillo abierto sobre el lado del corazón.

Ecce Homo!

Esto acaba el retrato del gomoso en su parte de perspectiva.

Su vida, sus clases, su carácter y naturaleza no son menos dignos de darse á luz.

La vida del gomoso es la ociosidad.

Generalmente nuestro tipo es un vago; lo cual no impide que algunos, muy contados, trabajen para ganarse el sustento; pero como estos últimos son rarísimos y constituyen la excepcion de la regla, resulta de ahí que no pueden aspirar á imprimir carácter en el gremio.

El gomoso clásico no sabe lo que es levantarse de la cama antes de mediodia.

Abandona el lecho, emplea de dos á tres horas en las operaciones de su reforma personal, y se lanza á la calle sobre las cuatro de la tarde en invierno y las seis en verano.

Apenas fuera, acude invariablemente al mismo punto de reunion en que sabe ha de hablar á sus colegas de *gomeria*. Poco á poco va engrosando el grupo y cuando los gomosos se consideran falange bastante numerosa se dedican á hombrear.

El gomoso no se cree hombre sino en corporacion.

Aislado, no sirve sino para recibir resignadamente un bofeton de cualquiera: acompañado, es capaz de pegárselo hasta al lucero del alba..... si juzga que el lucero del alba no ha de devolvérselo.

Nada hay más digno de lástima que esos grupitos de sietemesinos de pelo mantecoso y violetas en el ojal, cuando se tropiezan con una joven tímida ó un obrero de pocos años.

Allí de los piropos pornográficos para la primera y de provocaciones para el segundo.

Pero asoma entre ellos un hombre y hace ademan de repartir mofletes..... Los gomosos se apartan entonces prudentemente y, en menos tiempo que se necesita para escribirlo, desaparecen del alcance de la mano de cualquiera que se pare delante de ellos.

De noche el gomoso suele usar baston de estoque y revólver de seis tiros; pero apesar de tales utensilios gratifica al sereno ó al vigilante del barrio para que le custodien hasta la puerta de su domicilio.

El acto más importante en la vida de nuestro héroe es la conquista del bello sexo.

El gomoso cree que su mision en la tierra, es seducir todas las doncellas, pervertir todas las casadas y enloquecer todas las viudas. Cuántos actos realiza están encaminados á obtener el amor de las mujeres. No se viste sino para atraer las miradas de aquellas, por su elegancia; ni habla sino para convencer al bello sexo de sus dotes de conquistador.

El gomoso ignora que la mujer aborrece el afeminamiento y adora la virilidad.

Cree que seduce, y aburre; piensa que e buscan y le evitan; está convencido de que conquista, y repugna; y por esto cuando se halla en lo más elevado de sus

ilusiones y juzga que las mujeres más recatadas y más difíciles están subyugadas á sus atractivos, suele dar en el gabinete de un médico especialista en curaciones reservadas, que le convence dolorosamente de sus derrotas platónico-sensuales.

Si el gomoso no fuera digno de lástima, sería cosa de diversion.

Tiene figura de hombre y apenas llega á serlo; habla y nada expresa; trata de embellecerse y se hace grotesco; está entre hombres y le toman por mujer, alterna con mujeres y lo tratan como niño; el gomoso es un *quid pro quo* viviente, un error en forma humana, un ser inútil é inservible que come y se agita en el bullicio humano.... porque sí.

Hay quien cree en la existencia de varias clases de gomosos, pero los que así opinan, lo han examinado mal.

Se pretende que hay gomosos por naturaleza y gomosos por afición.

Es un error.

Desde el momento en que el hombre se hace esclavo del corset ó de los cinturonés, y se fringa la frente con menjurjes que le abrillantan las cortinillas y rizitos de la misma y se embadurna de *cold cream* y se baña en leche de Vénus, y se blanquea manos y cara con cascarilla mexicana ó polvos de arroz de Rimels; desde que hace todo esto y aprisiona sus pies en botitos rivales de los borceguis del Santo Oficio, y se contonea como muchacha por las calles y habla con voz atiplada á todas horas, no es más que gomoso puro.

Cuando á tanto se llega, es que se ha perdido hasta el concepto de la virilidad. Es que se ha desconocido ya toda nocion

de la dignidad y de la mision del hombre en la tierra.

Los individuos que se hallan en tales condiciones no forman ni pueden formar otra cosa, que una familia indivisa é indivisible.

La familia de los sietemesinos amariados.

Esta familia es la que comprende el tipo de la gomeria, porque retrata, asimila y comprende á todos los gomosos en en una sola categoria de seres, que en todos los países, bajo todos los meridianos y en todas las zonas del globo, equivale al doctorado en imbecilidad humana.

Madrid, septiembre de 1881.

INDICE

	<u>Pag.</u>
El Veterano.....	7
Espejo de curas.....	21
Caprichos.....	29
El nido del águila.....	39
El crimen frustrado.....	47
La última esperanza.....	59
Tierra natal.....	69
Amor del Cáucaso.....	83
Cármén.....	91
Risas y llantos.....	97
El tres de bastos.....	105
Canto de huérfanos.....	113
Recuerdos de Andalucía.....	117
Inocentes.....	123
Una ascension al Corcovado.....	131
Extasis.....	143
Terremotos en Cuba.....	147
Habana en Semana Santa.....	159
Religion y bacalao.....	165
Muerta!.....	173
El gomoso.....	179

Lennon 17-2-33

